
Las CRÓNICAS de
NARNIA
C. S. LEWIS
La última batalla
DESTINO

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO VII

LA ÚLTIMA BATALLA

I. JUNTO A LA POZA DEL CALDERO

EN los últimos días de Narnia, muy lejos hacia el oeste, más allá del Páramo del Farol y muy cerca de la gran catarata, vivía un Mono. Era tan viejo que nadie podía recordar cuándo había venido a vivir en aquellos parajes, y era el Mono más listo, más feo y más arrugado que te puedas imaginar. Tenía una casita hecha de madera y con techo de hojas en la horcadura de un árbol inmenso, y su nombre era Truco. Había muy pocas Bestias que Hablan, u Hombres o Enanos en aquella parte del bosque, pero Truco tenía un amigo y vecino que era un burro llamado Cándido. Al menos ellos decían que eran amigos, pero como estaban las cosas podrías pensar que Cándido era más bien el sirviente de Truco que su amigo. Él hacía todo el trabajo. Cuando iban juntos al río, Truco llenaba de agua las grandes botellas de cuero, pero era Cándido quien las llevaba de vuelta. Cuando necesitaban algo de los pueblos que hay más allá del río, era Cándido el que bajaba con cestos vacíos en su lomo y regresaba con los cestos repletos y muy pesados. Y todas las cosas buenas que Cándido traía se las devoraba Truco; pues Truco decía: “Entiende, Cándido, yo no puedo comer pasto y cardos como tú, así es que lo más justo es que me las arregle de alguna otra manera”. Y Cándido siempre respondía: “Por supuesto, Truco, por supuesto. Ya entiendo”. Cándido jamás se quejaba, porque sabía que Truco era lejos más inteligente que él y pensaba que Truco era muy bondadoso sólo con permitirle ser su amigo. Y si alguna vez Cándido pretendió discutir sobre algo, Truco de inmediato le decía: “Mira, Cándido, yo entiendo mejor que tú cómo deben hacerse las cosas. Sabes que no eres muy listo, Cándido”. Y Cándido siempre decía: “No, Truco. Es muy cierto. *No* soy listo”. Exhalaba un suspiro y hacía todo lo que Truco había dicho.
Una mañana, a comienzos del año, la pareja caminaba por la orilla de la Poza del Caldero. La Poza del Caldero es la poza grande que queda justo debajo de los acantilados del confín occidental de Narnia. La gran catarata vierte en ella con el estrépito de un perpetuo trueno, y al otro lado fluye el Río de Narnia. La catarata mantiene a la poza constantemente bailando y borboteando y removiéndose como si estuviese hirviendo y es por eso, claro está, que fue llamada la Poza del Caldero. Esto se hace más intenso al principio de la primavera cuando el caudal de la catarata aumenta con toda la nieve que se derrite en las montañas donde nace el río, mucho más allá de Narnia, en las Tierras Vírgenes del Oeste. Y cuando estaban mirando la Poza del Caldero, de súbito Truco señaló con su dedo oscuro y brillante, diciendo:
—¡Mira! ¿Qué será eso?

—¿Qué será qué? —preguntó Cándido.
—Esa cosa amarilla que acaba de bajar por la catarata. ¡Mira! Ahí va de nuevo, está flotando. Tenemos que saber qué es.
—¿Es preciso? —dijo Cándido.
—Claro, es preciso —repuso Truco—. Podría ser algo que nos sirva. Lo único que tienes que hacer es saltar dentro de la Poza como un buen chico y sacarlo. Entonces podremos darle una mirada.
—¿Meterme a la Poza? —dijo Cándido, moviendo nerviosamente sus largas orejas.
—¿Y de qué otra forma vamos a sacarlo si no lo haces? —dijo el Mono.
—Pero..., pero —balbuceó Cándido—, ¿no sería mejor que fueras *tú?* Porque ya ves que eres tú el que quiere saber qué es eso, yo no mucho. Y tú tienes manos, además. Eres hábil como cualquier hombre o enano cuando se trata de coger cosas. Yo sólo tengo mis pezuñas.
—Realmente, Cándido —dijo Truco—. Jamás pensé que podrías decir algo semejante. No lo esperé de ti, realmente.
—¿Por qué? ¿Qué he dicho para ofenderte? —dijo el Asno, hablando en tono más humilde, pues se dio cuenta de que Truco estaba profundamente ofendido—. Sólo quería decir que...
—Pretender que *yo* me meta al agua —dijo el Mono—. ¡Como si no supieras perfectamente bien lo débil que los simios tenemos el pecho y lo fácilmente que nos resfriamos! Muy bien. Me meteré. Ya tengo suficiente frío con este viento atroz. Pero me meteré. Moriré, probablemente. Y entonces te arrepentirás.
Y la voz de Truco sonó como si estuviera al borde de romper en lágrimas.
—Por favor, no lo hagas, por favor no, por favor no —dijo Cándido, mitad rebuznando y mitad hablando—. Nunca pretendí nada así, Truco, te juro que no. Sabes lo estúpido que soy y que no puedo pensar más de una cosa a la vez. Había olvidado lo delicado de tu pecho. Claro que seré yo quien entre en la poza. No debes ni pensar en hacerlo tú. Prométeme que no lo harás, Truco.
De modo que Truco lo prometió y Cándido se fue, haciendo sonar clopeticlop sus cuatro cascos por el borde rocoso de la Poza, en busca de un lugar por donde poder penetrar. Incluso sin considerar el frío, no era ningún chiste meterse en esa agua temblorosa y espumante, y Cándido tuvo que detenerse tiritando por un momento antes de decidirse a hacerlo. Pero entonces Truco le gritó desde atrás:
—Quizás sea mejor que vaya yo después de todo, Cándido.
Y cuando Cándido lo escuchó, dijo:
—No, no. Tú prometiste. Ahora me meto.
Y entró.
Una gran masa de espuma le golpeó la cara y le llenó la boca de agua, cegándolo. Después se hundió totalmente por unos pocos segundos, y cuando volvió a salir a la superficie, se encontró en otro lugar de la Poza. Luego lo cogió el remolino y lo arrastró cada vez más y más rápido hasta llevarlo justo bajo la catarata, y la fuerza del agua lo sumergió en las profundidades, tan abajo que creyó que jamás sería capaz de retener la respiración hasta salir otra vez. Y cuando logró subir y cuando por fin pudo acercarse algo a la cosa que trataba de coger, ésta se alejó de él y quedó a su vez bajo la cascada y se hundió hasta el fondo. Cuando emergió de nuevo se encontraba más lejos que nunca. Pero por fin,

cuando ya se sentía muerto de cansancio, lleno de magullones y entumecido de frío, logró atrapar la cosa con sus dientes. Y salió arrastrándola delante de él y sus cascos se enredaban con ella, porque la cosa era tan grande como una alfombra de esas que se colocan frente a la chimenea, y estaba muy pesada y fría y llena de fango.

La tiró al suelo a los pies de Truco y se quedó parado chorreando en agua y tiritando y tratando de recuperar el aliento. Pero el Mono ni lo miró ni le preguntó cómo se sentía. El Mono estaba demasiado ocupado paseándose alrededor de la Cosa y extendiéndola y acariciándola y olfateándola. Luego un fulgor de maldad brilló en sus ojos y dijo:

—Es una piel de león.

—Ee... au... au... oh, ¿eso es? —jadeó Cándido.

—Y me pregunto..., me pregunto..., me pregunto —dijo Truco para sí mismo, pues estaba pensando con gran concentración.

—Me pregunto quién habrá matado al pobre León —dijo Cándido de pronto—. Hay que enterrarla. Debemos hacer un funeral.

—¡Oh, no era un León que Habla! —dijo Truco—. No te preocupes por *eso*. No hay Bestias que Hablan allá arriba detrás de las Cataratas, allá en las Tierras Vírgenes del Oeste. Esta piel debe haber pertenecido a un león mudo y salvaje.

Esto era, por lo demás, muy cierto. Meses atrás un cazador, un hombre, había matado y desollado a este león en algún lugar de las Tierras Vírgenes del Oeste. Pero eso no tiene nada que ver con esta historia.

—De todos modos, Truco —dijo Cándido—, aunque la piel haya pertenecido a un león mudo y salvaje, ¿no deberíamos enterrarla decentemente? Quiero decir, ¿no son todos los leones algo..., bueno, algo bastante solemne? Debido a tú sabes Quién. ¿No lo crees?

—No te estés metiendo ideas en la cabeza, Cándido —advirtió Truco—. Porque, ya lo sabes, el pensar no es tu fuerte. Haremos de esta piel un elegante y cálido abrigo para ti.

—¡Oh, no creo que me guste! —protestó el Burro—. Parecería..., es decir, los demás animales podrían creer..., quiero decir, no me sentiría...

—¿De qué estás hablando? —dijo Truco, rascándose al revés, como hacen los Monos.

—Creo que sería una falta de respeto para con el Gran León, el propio Aslan, si un asno como yo se paseara vestido con una piel de león —dijo Cándido.

—Mira, no te pongas a discutir, por favor —replicó Truco—. ¿Qué entiende un asno como tú de esa clase de cosas? Ya sabes que no eres bueno para pensar, Cándido, de modo que ¿por qué no me dejas a mí pensar por ti? ¿Por qué no me tratas como yo te trato a ti? *Yo* no pienso que puedo hacerlo todo. Sé que tú eres mejor que yo en algunas cosas. Por eso fue que te dejé entrar a la Poza; sabía que lo harías mejor que *yo*. Pero ¿por qué no puedo tener mi turno cuando se trata de algo que yo puedo hacer y tú no? ¿No me dejarás nunca hacer algo? Sé justo. Cada cual su turno.

—¡Oh!, está bien, por supuesto, si lo pones así —dijo Cándido.

—Yo te diré lo que hay que hacer —exclamó Truco—. Lo mejor será que te vayas de un buen trote río abajo hasta Chippingford y veas si tienen algunas naranjas o plátanos.

—Pero estoy tan cansado, Truco —suplicó Cándido.

—Sí, pero estás muy helado y mojado —repuso el Mono—. Necesitas algo para entrar en calor. Un trote rápido es justo lo que te hace falta. Por otra parte, hoy es día de mercado en Chippingford.

Y entonces, por supuesto, Cándido dijo que iría.

En cuanto se quedó solo, Truco se fue con su paso pesado e inseguro, a veces en dos patas y a veces en cuatro, hasta llegar a su árbol. Después saltó de rama en rama, chillando y sonriendo todo el tiempo, y entró en su casita. Encontró aguja e hilo y un enorme par de tijeras allí; pues era un Mono listo y los enanos le habían enseñado a coser. Puso el ovillo de hilo (era sumamente grueso, más similar a una cuerda que al hilo) en su boca y su mejilla se hinchó como si estuviera chupando un pedazo inmenso de caluga. Sostuvo la aguja entre los labios y tomó las tijeras con su pata izquierda. Luego bajó del árbol y se alejó arrastrando los pies hasta donde estaba la piel de león. Se agazapó y comenzó a trabajar.

Se dio cuenta de inmediato de que el cuerpo de la piel de león era demasiado largo para Cándido y su pescuezo demasiado corto. De manera que cortó un buen pedazo del cuerpo y lo utilizó para hacer un largo cuello para el largo pescuezo de Cándido. Después cortó la cabeza y cosió el cuello entre la cabeza y los hombros. Puso unas hebras a ambos lados de la piel para poder amarrarla por debajo del pecho y del estómago de Cándido. De vez en cuando pasaba algún pájaro volando y Truco detenía su labor, mirando ansiosamente hacia lo alto. No quería que nadie viera lo que estaba haciendo. Pero ninguno de los pájaros que vio eran Aves que Hablan, de modo que no le importó mayormente.

Cándido regresó ya entrada la tarde. No trotaba sino que caminaba con paso cansino, pacientemente, como acostumbran los burros.

—No había naranjas —dijo— y no había plátanos. Y estoy muy cansado.

Se echó.

—Ven a probarte tu precioso abrigo nuevo de piel de león —dijo Truco.

—A la porra esa vieja piel —exclamó Cándido—, me la probaré en la mañana. Estoy demasiado cansado esta noche.

—Eres bien poco amable, Cándido —dijo Truco—. Si *tú* estás cansado, ¿cómo crees que estoy *yo*? Todo el día, mientras tú te dabas un delicioso y refrescante paseo por el valle, yo he estado trabajando sin parar para hacer tu abrigo. Mis manos están tan cansadas que apenas puedo sujetar las tijeras. Y ni siquiera me dices gracias... y ni siquiera miras el abrigo... y no te importa... y... y.

—Mi querido Truco —exclamó Cándido, incorporándose de inmediato—, lo siento tanto. Me he portado pésimo. Claro que me encantará probármelo. Y se ve simplemente maravilloso. Pruébamelo ya, por favor.

—Bien, quédate quieto, entonces —dijo el Mono.

La piel era demasiado pesada para que pudiera levantarla, pero al final, con una cantidad de tirones y empujones y jadeos y resoplidos, logró ponérsela encima al burro. La amarró por debajo del cuerpo de Cándido y ató las piernas a las piernas de Cándido y la cola a la cola de Cándido. Se podía ver una buena parte de la nariz y cara color gris de Cándido a través del hocico abierto de la cabeza del león. Nadie que hubiese visto un león verdadero se habría dejado engañar ni por un instante. Pero si alguien que no hubiese visto jamás un león viera a Cándido con su piel de león, podría confundirlo con un león, si es que no se acercaba

demasiado, y si la luz no era muy clara, y si Cándido no dejaba escapar un rebuzno ni hacía algún ruido con sus cascos.
—Te ves fantástico, fantástico —exclamó el Mono—. Si alguien te viera ahora creería que eres Aslan, el Gran León en persona.
—Eso sería tremendo —dijo Cándido.
—No lo sería —replicó Truco—. Todos harían cualquiera cosa que tú les dijeras.
—Pero yo no quiero decirles nada.
—¡Pero piensa en el bien que podríamos hacer! —exclamó Truco—. Me tendrías a mí para aconsejarte, ya sabes. Yo pensaría órdenes muy sensatas para que tú las dieras. Y todos tendrían que obedecernos, hasta el mismo Rey. Pondríamos todo en orden en Narnia.
—Pero ¿no está todo en orden ya? —preguntó Cándido.
—¡Qué! —gritó Truco—. ¿Todo bien..., cuando no hay naranjas ni plátanos?
—Mira, has de saber —dijo Cándido— que hay poca gente..., en realidad creo que nadie, salvo tú..., a quien le gusta ese tipo de cosas.
—También el azúcar —dijo Truco.
—Hum, sí —dijo el Asno—. Sería muy bueno que hubiera más azúcar.
—Muy bien entonces, está convenido —declaró el Mono—. Tú te harás pasar por Aslan y yo te diré lo que hay que decir.
—No, no, no —protestó Cándido—. No digas esas cosas tan terribles. Estaría muy mal hecho, Truco. No seré muy listo, pero eso sí que lo sé. ¿Qué nos pasaría si apareciera el verdadero Aslan?
—Supongo que estaría encantado —repuso Truco—. Es muy probable que él nos haya enviado la piel de león a propósito, para que pudiéramos poner las cosas en su lugar. Por lo demás, él nunca aparece, ya lo ves. No se aparece hoy en día.
En ese instante se escuchó un gran trueno justo arriba de ellos y el suelo tembló con un ligero terremoto. Ambos animales perdieron el equilibrio y cayeron de narices.
—¡Ahí tienes! —resolló Cándido, cuando logró recuperar el aliento para hablar—. Es una señal, una advertencia.
Sabía que estábamos haciendo algo horriblemente perverso. Sácame esta maldita piel de una vez.
—No, no —argumentó el Mono (cuya mente trabajaba a gran celeridad)—. Es una señal en el otro sentido. Estaba justo por decir que si el verdadero Aslan, como lo llamas tú, quería que continuáramos con esto, nos enviaría un trueno y un temblor de tierra. Lo tenía precisamente en la punta de la lengua, sólo que la señal llegó antes de que pudiera dejar salir las palabras. Ahora *tienes* que hacerlo, Cándido. Y por favor, basta de discusiones. Tú sabes que no entiendes de estas cosas. ¿Qué puede saber un burro sobre señales?

II. LA TEMERIDAD DEL REY

Unas tres semanas más tarde, el último de los Reyes de Narnia se hallaba sentado bajo el gran roble que crecía al lado de la puerta de su pequeño pabellón de caza, donde con frecuencia pasaba diez o más días en la agradable época de primavera. Era un edificio de poca altura, con techo de paja, cercano al extremo

oriente del Páramo del Farol y algo más arriba de la confluencia de los dos ríos. Le encantaba vivir allí con simplicidad y a sus anchas, alejado del ceremonial y pompa de Cair Paravel, la ciudad real. Su nombre era Rey Tirian, y tenía entre veinte y veinticinco años de edad; sus hombros eran ya anchos y fuertes y sus brazos y piernas tenían músculos duros, pero su barba era aún muy corta. Tenía ojos azules y un rostro de expresión intrépida y franca.

Aquella mañana de primavera estaba acompañado solamente de su más querido amigo, Alhaja, el Unicornio. Se querían como hermanos y cada cual había salvado la vida del otro en la guerra. El majestuoso animal estaba de pie junto a la silla del Rey, con el cuello doblado mientras pulía su cuerno azul contra la cremosa blancura de su anca.

—No puedo concentrarme en ningún trabajo o deporte hoy día, Alhaja —dijo el Rey—. No puedo pensar en otra cosa que en las maravillosas novedades. ¿Crees que hoy sabremos algo más?

—Son las noticias más maravillosas que jamás se han escuchado en nuestros días o en los de nuestros padres o nuestros abuelos, Señor —repuso Alhaja—, si es que son verdaderas.

—¿Cómo podría no ser verdad? —dijo el Rey—. Hace más de una semana que los primeros pájaros vinieron volando a contarnos que Aslan está aquí, que Aslan ha venido a Narnia una vez más. Y después fueron las ardillas. No lo habían visto, pero dijeron que era cierto que estaba en los bosques. Luego vino el Venado. Dijo que él lo había visto con sus propios ojos, muy a lo lejos, a la luz de la luna en el Páramo del Farol. Enseguida vino ese hombre moreno con barba, el mercader de Calormen. Los calormenes no aman a Aslan como nosotros; mas el hombre habló de ello como algo fuera de toda duda. Y anoche vino el Tejón; también él había visto a Aslan.

—En verdad, Señor —respondió Alhaja—, creo todo eso. Si parece que no lo hago es sólo que mi dicha es demasiado grande para pensar y creer con serenidad. Es casi demasiado hermoso para creerlo.

—Sí —dijo el Rey con un hondo suspiro, más bien un estremecimiento de deleite—. Sobrepasa todo lo que jamás haya yo esperado en toda mi vida.

—¡Escucha! —exclamó Alhaja, ladeando la cabeza y levantando 1as orejas.

—¿Qué pasa? —preguntó el Rey.

—Cascos, Señor —repuso Alhaja—. Un caballo al galope. Un caballo muy corpulento. Ha de ser uno de los centauros. Y mira, ya está aquí.

Un enorme Centauro de dorada barba, con sudor humano en su frente y sudor de caballo en sus ancas color castaña, llegó a toda velocidad ante el Rey, se detuvo, e hizo una profunda reverencia.

—¡Salve, Rey! —gritó con una voz grave como la de un toro.

—¡Eh, allá adentro! —exclamó el Rey, mirando por encima de su hombro en dirección a la puerta del pabellón de caza—. Un tazón de vino para el noble Centauro. Bienvenido, Perspicaz. Cuando hayas recuperado el aliento nos contarás qué te trae por aquí.

De la casa salió un paje llevando un inmenso tazón de madera, de curioso tallado, y se lo pasó al Centauro. El Centauro levantó el tazón diciendo:

—Bebo en primer lugar por Aslan y por la verdad, Señor, y en segundo lugar por Su Majestad.

Bebió el vino (suficiente como para seis hombres fornidos) de un solo sorbo y devolvió el tazón vacío al paje.
—Y ahora, Perspicaz —dijo el Rey—, ¿traes más noticias sobre Aslan?
Perspicaz estaba muy serio, y fruncía un poco el entrecejo.
—Señor —dijo—. Sabes que he vivido largos años y sabes lo mucho que he estudiado los astros; pues nosotros los Centauros vivimos más que vosotros los Hombres, y aún más que los de tu especie, Unicornio. Nunca en todos mis días he visto cosas tan terribles escritas en los cielos como las que aparecen noche a noche desde que comenzó este año. Las estrellas no dicen nada de la venida de Aslan, ni de paz, ni de alegría. Gracias a mis artes sé que desde hace quinientos años no ha habido una conjunción tan desastrosa de los planetas. Ya tenía en mente venir a advertir a Su Majestad que algún mal muy grande se cierne sobre Narnia. Pero anoche me llegó el rumor de que Aslan anda por Narnia. Señor, no creas esta patraña. No puede ser. Las estrellas no mienten jamás, pero los Hombres y los Animales sí. Si efectivamente Aslan fuese a venir a Narnia, el cielo lo habría vaticinado. Si realmente hubiese venido, las más amables estrellas se habrían reunido en su honor. Es una mentira.
—¡Una mentira! —exclamó el Rey, con violencia—. ¿Qué criatura en Narnia o en todo el mundo osaría mentir sobre algo así?
Y, sin darse cuenta, puso su mano sobre la empuñadura de su espada.
—Eso no lo sé, mi Rey —respondió el Centauro—. Pero sé que hay mentirosos en la tierra; no los hay entre los astros.
—Me pregunto —intervino Alhaja—, si acaso Aslan no vendría aunque todas las estrellas predijeran lo contrario. El no es un esclavo de los astros sino su Hacedor. ¿No se dice en todas las antiguas historias que Él no es un león domesticado?
—Bien dicho, bien dicho, Alhaja —exclamó el Rey—. Esas son las palabras exactas: *no es un león domesticado.* Así se menciona en muchos relatos.
Perspicaz recién levantaba su mano y se inclinaba hacia adelante para decir al Rey algo de suma gravedad, cuando los tres volvieron la cabeza al escuchar un rumor de gemidos que se acercaba rápidamente. El bosque era tan espeso hacia el oeste que no podían ver todavía al nuevo visitante. Pero pronto pudieron escuchar sus palabras.
—¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí! —clamaba la voz—. ¡Ay de mis hermanos y hermanas! ¡Ay de los árboles sagrados! Han asolado los bosques. Han descargado el hacha contra nosotros. Nos están derribando. Caen enormes árboles, caen, caen.
Al decir el último “caen”, quien hablaba apareció ante ellos. Tenía aspecto de mujer, pero tan alta, que su cabeza quedaba al nivel de la del Centauro; y, sin embargo, también se parecía a un árbol. Es difícil de explicar si no has visto nunca una Dríade, pero es absolutamente inconfundible una vez que la has visto; tiene algo diferente en el colorido, la voz y el cabello. El Rey Tirian y las dos bestias supieron de inmediato que era la ninfa de un haya.
—Justicia, mi Rey —gritó ella—. Ven en nuestro auxilio. Protege a tu pueblo. Nos están devastando en el Páramo del Farol. Cuarenta inmensos troncos de mis hermanos y hermanas ya están en el suelo.
—¡Qué dices, señora! ¿Devastando el Páramo del Farol? ¿Asesinando a los árboles que hablan? —gritó el Rey poniéndose de pie de un salto y desenvainando

su espada—. ¡Cómo se atreven? ¿Y quién se atreve a hacerlo? Por la Melena de Aslan...

—A-a-ah —musitó la Dríade con voz entrecortada, estremeciéndose de dolor, estremeciéndose una y otra vez como si estuviese recibiendo repetidos golpes. Y de pronto cayó hacia un lado, tan súbitamente como si le hubiesen cortado los dos pies. Por un segundo la vieron muerta tendida sobre el pasto y luego desapareció. Sabían lo que había sucedido. Su árbol, a kilómetros de distancia, había sido derribado.

Durante algunos minutos la aflicción y la ira del Rey fueron tan intensas que no fue capaz de hablar. Luego dijo:

—Vamos, amigos. Hemos de ir río arriba en búsqueda de los villanos que han hecho esto, con la mayor prontitud posible. No dejaré uno solo de ellos con vida.

—Con todo agrado, Señor —dijo Alhaja.

Sin embargo, Perspicaz advirtió:

—Señor, sé cauteloso hasta en tu justa cólera. Se avecinan extraños sucesos. Si hubiera rebeldes armados más allá del valle, nosotros tres somos demasiado pocos para enfrentarlos. Si quisieras esperar hasta que...

—No esperaré ni un décimo de segundo —exclamó el Rey—. Mas, en tanto Alhaja y yo avanzamos, ve en tu más veloz galope a Cair Paravel. Aquí tienes mi anillo que te servirá de credencial. Reúne una veintena de hombres de armas, todos bien montados, y una veintena de Perros que Hablan, y diez Enanos (que sean todos avezados arqueros), y un par de Leopardos, y el Gigante Pedregal. Tráelos a todos ante nosotros lo más rápido que puedas.

—Con todo gusto, Señor —dijo Perspicaz.

Y al instante se volvió y emprendió el galope por el valle rumbo al este.

El Rey caminaba a grandes zancadas, musitando para sí mismo algunas veces y otras apretando los puños. Alhaja iba a su lado, sin decir una palabra; de manera que no había el menor ruido, salvo el tenue tintinear de una espléndida cadena de oro que colgaba del cuello del Unicornio, y el resonar de dos pies y cuatro cascos.

Pronto llegaron al río y siguieron hacia arriba por un camino cubierto de hierba: tenían el río a su izquierda y la selva a su derecha. Poco después llegaron al lugar donde el suelo se hacía más áspero y un espeso bosque bajaba hasta el borde del agua. El camino, lo que había de él, continuaba ahora por la ribera sur y tuvieron que vadear el río para tomarlo. El agua le subía a Tirian hasta el pecho, por lo que Alhaja (que tenía cuatro patas y era por lo tanto mucho más firme) se colocó a su derecha para cortar la fuerza de la corriente, y Tirian puso su robusto brazo alrededor del robusto cuello del Unicornio y ambos lograron salir sanos y salvos. El Rey estaba todavía tan furioso que apenas notó lo fría que estaba el agua. Sin embargo, en cuanto llegaron a la playa secó cuidadosamente su espada en el hombro de su capa, que era la única parte seca de su vestimenta.

Ahora se encaminaban al oeste con el río a su derecha y el Páramo del Farol justo frente a ellos. No habían andado más de mil metros cuando se detuvieron bruscamente y ambos hablaron a la vez. El Rey dijo: “¿Qué es esto que hay aquí?” y Alhaja dijo: “¡Mira!”

—Es una balsa —dijo el Rey Tirian.

Y era una balsa. Media docena de espléndidos troncos de árbol, recién cortados y recién podados, habían sido amarrados unos con otros para construir una balsa, y se deslizaban velozmente río abajo. En la parte delantera de la balsa iba una rata almizclera guiándola con una vara.

—¡Eh! ¡Rata Almizclera! ¿Qué estás haciendo? —gritó el Rey.

—Llevo los troncos para vendérselos a los calormenes, Señor —contestó la Rata, tocando su oreja al saludar como lo habría hecho con su gorra si la hubiese tenido.

—¡Calormenes! —rugió Tirian—. ¿Qué quieres decir? ¿Quién ordenó derribar aquellos árboles?

El río fluye tan rápido en esa época del año que la balsa ya había dejado atrás al Rey y a Alhaja. Pero la Rata Almizclera miró hacia atrás por encima de su hombro y gritó:

—Ordenes del León, Señor. Del propio Aslan.

Añadió algo más pero no pudieron oírlo.

El Rey y el Unicornio se miraron fijamente y ambos parecían más asustados de lo que habían estado jamás en cualquiera batalla.

—Aslan —murmuró finalmente el Rey, en voz muy baja—. Aslan. ¿Podrá ser verdad? *¿Podría* él estar derribando los árboles sagrados y asesinando a las Dríades?

—A menos que todas las Dríades hayan hecho algo espantosamente malo —musitó Alhaja.

—¡Pero vendérselos a los calormenes! —exclamó el Rey—. ¿Será posible?

—No lo sé —repuso Alhaja, tristemente—. No es un León *domesticado*.

—Bien —dijo el Rey por fin—, tendremos que seguir adelante y enfrentar la aventura que se nos presenta.

—Es lo único que nos queda por hacer, Señor —repuso el Unicornio.

No comprendía por el momento la locura que era seguir adelante los dos solos; tampoco lo pensó el Rey. Estaban demasiado enojados para pensar con claridad. Pero al final, grandes males sobrevinieron por culpa de su temeridad.

De repente el Rey se apoyó con todas sus fuerzas en el cuello de su amigo e inclinó la cabeza.

—Alhaja —dijo—, ¿qué se nos avecina? Horribles pensamientos anidan en mi corazón. Seríamos más felices si hubiéramos muerto antes de este día.

—Sí —asintió Alhaja—. Hemos vivido demasiado tiempo. Nos ha acontecido lo peor que podía acontecernos.

Se quedaron en silencio por algunos minutos y luego continuaron.

Muy pronto pudieron oír los machetazos de las hachas sobre la madera, a pesar de que no veían nada todavía, porque había una pendiente frente a ellos. Cuando llegaron a la cima, lograron ver perfectamente todo el Páramo del Farol. Y el rostro del Rey se demudó.

Justo en medio de aquella antigua selva —aquella selva donde una vez brotaron árboles de oro y de plata y donde una vez un niño de nuestro mundo plantó el Árbol de la Protección— vieron abierto un ancho camino. Era un sendero monstruoso, semejante a una tosca cuchillada en la tierra, lleno de surcos de barro por donde los árboles derribados habían sido arrastrados hasta el río. Había una enorme cantidad de gente trabajando, y un chasquido de látigos, y caballos

forcejeando y tironeando a medida que acarreaban los troncos. Lo primero que impactó al Rey y al Unicornio fue el hecho de que casi la mitad de la gente en esa muchedumbre no eran Bestias que Hablan, sino hombres. Lo siguiente fue que esos hombres no eran los hombres de pelo claro de Narnia: eran los hombres morenos y barbudos de Calormen, ese poderoso y cruel país situado más allá de Archenland, cruzando el desierto hacia el sur. No había motivo, por supuesto, para que uno no tropezara con un par de calormenes en Narnia, un mercader o un embajador, pues Narnia y Calormen estaban en paz en aquellos tiempos. Pero Tirian no podía entender por qué había tantos de ellos; ni menos por qué estaban talando un bosque narniano. Apretó fuerte su espada y enrolló su capa envolviendo su brazo izquierdo. Bajaron presurosos hasta donde estaban los hombres.

Dos calormenes conducían un caballo que había sido enganchado a un tronco. Justo cuando el Rey los alcanzaba, el caballo se quedó atascado en un sitio sumamente fangoso.

—¡Arriba, grandísimo flojo! ¡Tira, cerdo perezoso! —gritaron los calormenes, chasqueando sus látigos. El caballo hacía su máximo esfuerzo; tenía los ojos rojos y estaba cubierto de espuma.

—Trabaja, bestia holgazana —gritó uno de los calormenes, y al decir esto golpeó salvajemente al caballo con su látigo. Fue entonces cuando sucedió lo realmente espantoso.

Hasta ese momento Tirian había dado por sentado que los caballos que guiaban los calormenes eran los suyos propios; animales mudos y sin inteligencia, iguales a los de nuestro mundo. Y aunque detestaba ver que se hiciera trabajar en exceso aun a un caballo mudo, tenía, indiscutiblemente, su pensamiento puesto en la matanza de los árboles. Jamás cruzó por su mente la idea de que alguien osara enjaezar a los libres Caballos que Hablan de Narnia, y mucho menos castigarlos con un látigo. Pero al caer el salvaje golpe, el caballo retrocedió y dijo, casi gritando.

—¡Tirano idiota! ¿No ves que hago lo más que puedo?

Cuando Tirian se dio cuenta de que el Caballo era uno de sus propios caballos narnianos, él y Alhaja se sintieron poseídos de tal cólera que no supieron lo que hacían. Se alzó la espada del Rey, bajó su cuerno el Unicornio. Juntos se precipitaron hacia adelante. En un momento ambos calormenes cayeron muertos, uno decapitado por la espada de Tirian y el otro con el corazón atravesado por el cuerno de Alhaja.

III. EL MONO EN SU ESPLENDOR

—Maese Caballo, Maese Caballo —dijo Tirian, mientras cortaba apresuradamente sus correas—, ¿cómo han llegado estos extranjeros a esclavizarte? ¿Han conquistado Narnia? ¿Ha habido una batalla?

—No, Señor —resolló el caballo—. Aslan está aquí. Todo es orden suya. El ha ordenado...

—Ten cuidado, Rey —exclamó Alhaja.

Tirian miró hacia arriba y vio que los calormenes (mezclados con unas pocas Bestias que Hablan) corrían hacia ellos desde todos lados. Los dos muertos habían

perecido sin un grito, de modo que pasaron unos momentos antes de que los demás supieran lo que había ocurrido. Pero ahora lo sabían. La mayoría traía sus cimitarras desnudas en la mano.

—Rápido. Sobre mi lomo —dijo Alhaja.

El Rey montó precipitadamente sobre el lomo de su amigo, quien se dio vuelta y emprendió el galope. Cambió de rumbo dos o tres veces en cuanto se encontraron fuera de la vista de sus enemigos, cruzó un arroyo, y gritó sin reducir el paso:

—¿Hasta adónde, Señor? ¿A Cair Paravel?

—Detente, amigo —respondió Tirian—. Déjame bajar. Se bajó del lomo del Unicornio y lo miró a la cara.

—Alhaja —dijo el Rey—. Hemos cometido un crimen horrible.

—Fuimos gravemente provocados —replicó Alhaja.

—Pero echarnos sobre ellos, que estaban desprevenidos..., sin desafiarlos..., estando desarmados..., ¡uf! Somos dos asesinos, Alhaja. Estoy deshonrado para siempre.

Alhaja dejó caer la cabeza. También él estaba avergonzado.

—Y además —dijo el Rey—, el Caballo dijo que eran las órdenes de Aslan. La Rata dijo lo mismo. Todos dicen que Aslan está aquí. ¿Mas si fuera verdad?

—Pero, Señor, ¿cómo *podría* Aslan ordenar cosas tan horribles?

—El no es un León *domesticado* —repuso Tirian—. ¿Cómo podríamos saber lo que haría? Nosotros, que somos unos asesinos. Alhaja, yo voy a regresar. Depondré mi espada y me entregaré en manos de aquellos calormenes y les pediré que me lleven ante Aslan. Deja que él me haga justicia.

—Irás a tu muerte, entonces —exclamó Alhaja.

—¿Crees que me importa si Aslan me condena a muerte? —dijo el Rey—. No será nada, absolutamente nada. ¿No sería mejor estar muerto antes que tener este terrible miedo de que Aslan haya venido y no se parezca al Aslan en que hemos creído y a quien hemos anhelado? Es como si un día el sol saliera y fuera un sol negro.

—Ya lo sé —repuso Alhaja—. O como si bebieras agua y fuera agua seca. Tienes razón, Señor. Este es el final de todo. Vamos y entreguémonos.

—No es necesario que vayamos ambos.

—Si alguna vez nos hemos querido, déjame ir contigo ahora —dijo el Unicornio—. Si tú mueres y si Aslan no es Aslan, ¿qué vida me queda a mí?

Se volvieron y regresaron juntos, derramando amargas lágrimas.

En cuanto llegaron al sitio de los trabajos, los calormenes prorrumpieron en gritos y corrieron hacia ellos con sus armas en la mano. Mas el Rey les tendió su espada con la empuñadura dirigida hacia ellos y dijo:

—Yo que he sido Rey de Narnia y que soy ahora un caballero deshonrado, me rindo a la justicia de Aslan. Llevadme ante él.

—Y yo me rindo también —dijo Alhaja.

Entonces los hombres de tez oscura los rodearon formando un denso gentío que olía a ajo y a cebollas, y el blanco de sus ojos relampagueaba amenazante en sus caras morenas. Colocaron un ronzal de cuerda alrededor del cuello de Alhaja. Le quitaron su espada al Rey y ataron sus manos detrás de su espalda. Uno de los calormenes, que usaba un casco en lugar de turbante y parecía ser quien mandaba,

arrebató el cintillo de oro de la cabeza de Tirian y presurosamente lo escondió entre su ropa. Condujeron a los prisioneros cerro arriba hasta un lugar donde había un gran claro. Y esto vieron los prisioneros.

En medio del claro, que era a la vez el punto más alto del cerro, había un pequeño cobertizo semejante a un establo con techo de paja. La puerta estaba cerrada. En el pasto frente a la puerta se hallaba sentado un Mono. Tirian y Alhaja, que esperaban ver a Aslan y que no habían aún escuchado hablar del Mono, quedaron desconcertados al verlo. Claro que el Mono era el propio Truco, pero estaba diez veces más feo que cuando vivía junto a la Poza del Caldero, pues ahora iba vestido con gran lujo. Vestía una chaqueta escarlata que no le quedaba nada de bien, ya que había sido hecha para un enano. Usaba unas babuchas adornadas con piedras preciosas en sus patas traseras, que no se le sujetaban debidamente porque, como tú sabes, las patas traseras de un Mono son más bien manos. Llevaba algo que parecía ser una corona de papel en la cabeza. Había un gran montón de nueces a su lado y él las cascaba una tras otra con sus mandíbulas y escupía las cáscaras. Y a cada rato se levantaba la chaqueta escarlata para rascarse. De pie ante él se hallaban numerosas Bestias que Hablan, y prácticamente todas las caras en aquella muchedumbre tenían un aire penosamente preocupado y perplejo. Cuando vieron quiénes eran los prisioneros todos empezaron a gemir y a lloriquear.

—¡Oh, Señor Truco, portavoz de Aslan! —dijo el jefe calormene—. Te traemos unos prisioneros. Gracias a nuestra destreza y valentía y con el permiso del gran dios Tash hemos podido coger vivos a estos dos encarnizados asesinos.

—Denme la espada de ese hombre —dijo el Mono.

Tomaron entonces la espada del Rey y se la pasaron al Mono, con su talabarte y todo. Y él se la colgó del cuello; y esto lo hizo lucir aún más ridículo.

—Nos ocuparemos de estos dos más tarde —dijo el Mono, escupiendo una cáscara hacia ambos prisioneros—. Tengo otros asuntos que resolver primero. Ellos pueden esperar. Ahora escúchenme todos. Lo primero que quiero decirles es sobre las nueces. ¿Dónde anda esa Ardilla Jefe?

—Aquí, Señor —dijo una ardilla roja, adelantándose y haciendo nerviosamente una semirreverencia.

—¡Ah! , ahí estás, ¿no es cierto? —exclamó el Mono, con una mirada aviesa—. Ahora vas a escucharme. Quiero, es decir Aslan quiere muchísimas más nueces. Las que me has traído no son ni cerca lo suficiente. Debes traer muchas más, ¿entiendes? Por lo menos el doble. Y han de estar aquí para la puesta de sol de mañana, y no debe haber ninguna mala ni chica.

Un murmullo de desaliento corrió en medio de las demás ardillas, y la Ardilla Jefe se armó de valor para decir:

—Por favor, ¿no podría Aslan en persona hablarnos acerca de esto? Si se nos permitiera verlo...

—Pero no podrán —replicó el Mono—. Tal vez en su excesiva bondad (aunque sea mucho más de lo que ustedes merecen) salga por unos pocos minutos esta noche. Entonces todos tendrán ocasión de darle una mirada. Pero no podrán conglomerarse a su alrededor y acosarlo con preguntas. Todo lo que quieran decirle debe pasar a través mío: si es que considero que vale la pena molestarlo a él. En tanto, ustedes, ardillas, es mejor que vayan a procurarse esas nueces. Y

asegúrense de que estarán aquí mañana en la tarde o les juro que se ganarán una paliza.
Las pobres ardillas salieron disparadas como si las persiguiera un perro. Esta nueva orden fue algo terrible para ellas. Las nueces que habían acumulado con tanto esmero para el invierno ya habían sido comidas; y de las pocas que quedaban, ya le habían dado al Mono lejos más de lo que podían permitirse.
Entonces una voz profunda, que pertenecía a un Jabalí peludo y de grandes colmillos, se escuchó desde otra parte de la multitud.
—Pero *¿por qué* no podemos ver a Aslan como es debido y hablar con él? —preguntó—. Cuando se aparecía en Narnia en los viejos tiempos, cualquiera podía hablar con él cara a cara.
—No lo creas —arguyó el Mono—. Y aunque fuera cierto, los tiempos han cambiado. Aslan dice que ha sido hasta ahora demasiado blando con ustedes, ¿comprendes? Bueno, no va a seguir siendo blando. Esta vez, él los va a disciplinar. ¡Les enseñará a creer que él es un león domesticado!
De entre las Bestias surgieron un sordo lamento y algunos gemidos; y, después, un silencio mortal que era todavía más lastimero.
—Y hay otra cosa más que deben aprender —continuó el Mono—. He oído que algunos de ustedes dicen que soy un Mono. Pues no; soy un Hombre. Si parezco un Mono es sencillamente por lo viejo que soy: tengo cientos y cientos de años. Y debido a mi vejez, soy muy sabio. Y porque soy muy sabio soy el único a quien Aslan hablará. No se le puede molestar para que hable con un montón de animales estúpidos. El me dirá a mí lo que tienen que hacer ustedes, y yo se los comunicaré. Y les doy un consejo: háganlo todo con la mayor rapidez, pues El no va a tolerar ninguna tontería.
Hubo un silencio sepulcral, excepto el ruido de llanto de un tejón pequeñito a quien su madre trataba de mantener callado.
—Y ahora otra cosa —prosiguió el Mono, poniendo una nueva nuez dentro de su carrillo—. He oído que algunos de los caballos dicen: "Apurémonos y liquidemos lo más pronto posible este asunto de acarrear madera y volveremos a recuperar nuestra libertad". Bueno, pueden sacarse esa idea de sus cabezas inmediatamente. Y no crean que sólo los caballos. Cualquiera capaz de trabajar será de ahora en adelante obligado a hacerlo. Aslan ha convenido todo con el Rey de Calormen, el Tisroc, como lo llaman nuestros amigos de la cara morena, los calormenes. Todos ustedes, caballos y toros y burros serán enviados a Carlormen a ganarse la vida trabajando, de tiro y de carga como hacen todos los caballos y sus semejantes en los demás países. Y ustedes, los animales que saben cavar como los topos y los conejos y los Enanos, irán a trabajar a las minas del Tisroc. Y...
—No, no, no —aullaron las Bestias—. No puede ser verdad. Aslan jamás nos vendería como esclavos al Rey de Calormen.
—¡No es eso! ¡Callen ese griterío! —exclamó el Mono, con un gruñido—. ¿Quién ha hablado de esclavitud? No serán esclavos. Se les pagará, y muy buenos salarios. Es decir, la paga que reciban irá a las arcas de Aslan y él la usará sólo para el bien de todos.
Luego dio una rápida mirada, casi haciendo un guiño, al calormene jefe. El calormene hizo una reverencia y contestó en el pomposo estilo calormene:
—Muy sapiente Portavoz de Aslan, el Tisroc (que viva para siempre) está

absolutamente de acuerdo con Su Señoría respecto a este juicioso plan.
—¡Ahí tienen! ¡Ya lo ven! —exclamó el Mono—. Está todo arreglado. Y todo para vuestro propio bien. Nos será posible, con el dinero que ustedes ganen, hacer de Narnia un país donde valga la pena vivir. Habrá naranjas y plátanos en abundancia, y caminos y grandes ciudades y escuelas y oficinas y látigos y bozales y monturas y jaulas y perreras y prisiones... ¡Oh, habrá de todo!
—Pero nosotros no queremos todas esas cosas —dijo un anciano Oso—. Queremos ser libres. Y queremos escuchar a Aslan hablando en persona.
—Mira, no empieces a discutir —replicó el Mono—, porque eso es algo que no voy a tolerar. Soy un Hombre; tú eres sólo un Oso gordo, estúpido y viejo. ¿Qué sabes tú de libertad? Crees que la libertad significa hacer lo que quieras. Bueno, estás muy equivocado. Esa no es la verdadera libertad. La verdadera libertad consiste en hacer lo que yo te diga.
—Grñmmm —gruñó el Oso, rascándose la cabeza; le parecía que esta clase de cosas era muy difícil de entender.
—Por favor, por favor —dijo la voz aguda de un lanudo cordero, tan joven que todos se sorprendieron de que se atreviese a hablar.
—¿Qué pasa ahora? —dijo el Mono—. Habla rápido.
—Por favor —continuó el Cordero—, no puedo entender. ¿Qué tenemos que ver nosotros con los calormenes? Nosotros pertenecemos a Aslan. Ellos pertenecen a Tash. Tienen un dios llamado Tash. Dicen que tiene cuatro brazos y la cabeza de un buitre. Matan Hombres ante su altar. Yo no creo que exista un ser como Tash. Pero si lo hubiera, ¿cómo podría Aslan ser amigo de él?
Todos los animales ladearon sus cabezas y sus ojos brillantes relampaguearon mirando al Mono. Sabían que era la mejor pregunta que se había hecho hasta ahora.
El Mono dio un salto y escupió al Cordero.
—¡Qué infantil! —silbó—. ¡Tú, tonto balador! Andate a tu casa con tu mamacita a tomar tu leche. ¿Qué sabes tú de estas cosas? Pero los demás, escuchen. Tash es simplemente otro nombre de Aslan. Todas esas antiguas ideas de que nosotros estamos en lo cierto y los calormenes equivocados, es una tontería. Ahora lo sabemos mejor. Los calormenes usan diferentes palabras, pero todos queremos decir la misma cosa. Tash y Aslan son sólo dos nombres diferentes para Quién ustedes saben. Es por esa razón por la cual jamás puede haber una disputa entre ellos. Métanselo en sus cabezas, brutos estúpidos. Tash es Aslan; Aslan es Tash.
Tú sabes lo triste que puede ponerse a veces la cara de tu perro. Piensa en eso y piensa luego en las caras de aquellas Bestias que Hablan —todos aquellos honrados, humildes, desconcertados pájaros, osos, tejones, conejos, topos y ratones—, muchísimo más tristes todavía. Todos tenían la cola gacha, los bigotes caídos. Se te habría partido el corazón de pena de ver sus caras. Había uno solo que no parecía desdichado.
Era un gato rojizo, un inmenso Tom en la flor de la edad, que estaba sentado muy derecho con la cola enroscada en sus pies, en plena primera fila del grupo de Bestias. Había estado mirando fijo al Mono y al capitán calormene todo el tiempo y no había pestañeado jamás.
—Perdóname —dijo el Gato con gran cortesía—, pero esto me interesa. ¿Tú

amigo de Calormen dice lo mismo?
—Ciertamente —contestó el calormene—. El ilustrado Mono, Hombre quiero decir, está en lo correcto. *Aslan* quiere decir, ni más ni menos, *Tash.*
—En especial, ¿Aslan no significa *más* que Tash? —sugirió el Gato.
—No significa más en absoluto —respondió el calormene, mirando al Gato directo a los ojos.
—¿Es suficiente para ti, Jengibre? —preguntó el Mono.
—¡Oh, por supuesto! —dijo Jengibre, con toda calma—. Muchas gracias. Sólo quería tenerlo bien claro. Creo que ya empiezo a entender.
Hasta ahora el Rey y Alhaja no habían dicho una palabra; esperaban que el Mono los invitara a hablar, ya que pensaban que no tenía objeto interrumpir. Pero cuando Tirian miró las caras tristes de los narnianos, y vio que estaban por creer que Aslan y Tash eran una sola cosa, no pudo soportar más.
—Mono —gritó a toda boca—, mientes. Mientes como un condenado. Mientes como un calormene. Mientes como un Mono.
Pretendía seguir y preguntar cómo el terrible dios Tash, que se alimentaba de la sangre de su pueblo, podría de alguna manera ser lo mismo que el buen León, cuya sangre salvó a toda Narnia. Si le hubiesen permitido hablar, probablemente el reinado del Mono habría terminado ese mismo día; las Bestias hubieran comprendido la verdad y habrían depuesto al Mono. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra más, dos calormenes lo golpearon con todas sus fuerzas en la boca, y un tercero, por detrás de él, le dio un puntapié, haciéndole una zancadilla. Cuando cayó, el Mono chilló de rabia y terror:
—Llévenselo. Llévenselo. Llévenlo donde no pueda oírnos, ni nosotros podamos oírlo a él. Amárrenlo a un árbol allá. Yo, es decir Aslan, lo someterá a juicio más tarde.

IV. LO QUE SUCEDIO AQUELLA NOCHE

El Rey se sentía tan mareado después de que le pegaron, que apenas sabía lo que estaba ocurriendo hasta que los calormenes le desataron las muñecas y le bajaron los brazos a lo largo de su cuerpo y lo pusieron de espaldas contra un fresno. Luego ataron cuerdas alrededor de sus tobillos y rodillas y su talle y su pecho y allí lo dejaron. Lo que más le molestaba en ese momento —pues con frecuencia son las pequeñas cosas las que resultan más difíciles de soportar— era que su labio sangraba donde lo habían golpeado y no podía secarse el hilillo de sangre a pesar de que le hacía cosquillas.
Desde donde se encontraba podía ver todavía el pequeño establo en la punta de la colina y el Mono sentado frente a él. Alcanzaba a escuchar la voz del Mono que hablaba y hablaba y, de vez en cuando, alguna respuesta de parte de la concurrencia, pero no distinguía las palabras.
—¿Qué habrán hecho con Alhaja? —se preguntaba el Rey.
De pronto el conjunto de Bestias se dispersó y todos comenzaron a marcharse en distintas direcciones. Algunos pasaron cerca de Tirian. Lo miraron como si estuvieran a la vez asustados y pesarosos de verlo atado, pero nadie habló. Muy luego desaparecieron todos y se hizo silencio en el bosque. Entonces comenzaron a pasar las horas y Tirian tuvo al principio sed y luego hambre; y mientras la tarde

se alargaba y caía el crepúsculo, empezó también a sentir frío. Le dolía mucho la espalda. El sol bajó y comenzó el ocaso.

Cuando ya estaba casi oscuro, Tirian escuchó un tamborileo de pasos ligeros y vio que venían hacia él unas criaturas menudas. Las tres de la izquierda eran Ratones, y había un Conejo en el medio; a la derecha venían dos Topos. Ambos traían unas pequeñas bolsas en la espalda, que les daban un curioso aspecto en la oscuridad, de modo tal que al principio él se preguntaba qué clase de bestias eran. Luego, en un momento, todos se pararon en sus piernas traseras, apoyaron sus patas heladas en las rodillas del Rey y las cubrieron con húmedos besos de animal. (Podían alcanzar sus rodillas, porque en Narnia las Bestias que Hablan de esa especie eran más grandes que las bestias mudas de la misma especie en Inglaterra.)

—¡Nuestro Rey, nuestro querido Rey! —exclamaron sus voces chillonas—, estamos tan apenados por ti. No nos atrevemos a desatarte, porque Aslan podría enojarse con nosotros. Pero te hemos traído tu cena.

En el acto el primer Ratón trepó ágilmente hasta encaramarse en la soga que ataba el pecho de Tirian, y arrugaba su nariz roma justo frente al rostro de Tirian.

Luego el segundo Ratón trepó y se sujetó un poco más abajo que el primer Ratón. Las otras bestias permanecieron en el suelo y comenzaron a pasar cosas para arriba.

—Bebe, Señor, y después te sentirás en condiciones de comer —dijo el Ratón de más arriba, y Tirian se encontró con que sostenían una pequeña copa de madera junto a sus labios. Era sólo del tamaño de una copa para huevos, de modo que apenas alcanzó a probar el vino cuando ya estaba vacía. Pero entonces el Ratón la pasaba para abajo y los otros la rellenaban y la subían de nuevo y Tirian la vaciaba por segunda vez. Así lo hicieron hasta que hubo bebido un buen trago, que hace mejor al venir en pequeñas dosis, porque así aplaca más la sed que un trago largo.

—Aquí tienes queso, Señor —dijo el primer Ratón—, pero no mucho, porque temo que te pueda dar demasiada sed.

Y después del queso lo alimentaron con galletas de avena y mantequilla fresca, y luego le dieron un poco más de vino.

—Ahora suban el agua —ordenó el primer Ratón—, y lavaré la cara del Rey. Tiene sangre.

En seguida Tirian sintió algo como una diminuta esponja acariciando su cara, y fue muy refrescante.

—Amiguitos —dijo Tirian—, ¿cómo podré agradecerles por todo esto?

—No hay de qué, no hay de qué —dijeron las vocecitas—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? *Nosotros* no queremos ningún otro Rey. Nosotros somos tu pueblo. Si fueran sólo el Mono y los calormenes los que estuvieran en tu contra, habríamos luchado hasta que nos hicieran pedazos antes de permitir que te ataran. Lo habríamos hecho, de verdad. Pero no podemos ir contra Aslan.

—¿Creen que es realmente Aslan? —preguntó el Rey.

—¡Oh, sí, sí! —contestó el Conejo—. Salió del establo anoche. Todos lo vimos.

—¿Cómo era? —preguntó el Rey.

—Parecido a un terrible y enorme León, te aseguro —dijo uno de los Ratones.

—¿Y ustedes creen que es realmente Aslan el que está asesinando a las Ninfas del Bosque y convirtiéndolos a ustedes en esclavos del Rey de Calormen?
—¡Ah, eso está mal!, ¿no es cierto? —dijo el segundo Ratón—. Más nos hubiera valido morir antes de que todo esto empezara. Pero no caben dudas. Todos dicen que son las órdenes de Aslan, y lo hemos visto. No creíamos que Aslan fuera así. Hasta *queríamos* que él volviera a Narnia.
—Parece que esta vez ha regresado muy enojado —dijo el primer Ratón—. Debemos haber hecho algo espantosamente malo, todos, sin saberlo. Debe estar castigándonos por algo. ¡Pero pienso que deberían decirnos de qué se trata!
—Supongo que lo que estamos haciendo ahora podría estar mal —dijo el Conejo.
—A mí no me importa si está mal —opinó uno de los Topos—. Lo volvería a hacer.
Pero los otros dijeron: "¡Oh, cállate!", y "ten cuidado", y luego todos dijeron: "lo lamentamos, querido Rey, pero hemos de regresar. No sería nada de bueno para nosotros que nos cogieran aquí".
—Déjenme de inmediato, queridas Bestias —dijo Tirian—. Ni por toda Narnia querría ponerlos en peligro.
—Buenas noches, buenas noches —dijeron las Bestias, refregando sus narices contra las rodillas del Rey—. Volveremos... si es posible.
Después se alejaron correteando y el bosque pareció quedar más oscuro y más frío y más solitario de lo que estaba antes de que ellos llegaran.
Salieron las estrellas y el tiempo transcurrió lentamente, imagínate cuán lentamente, mientras el último Rey de Narnia permanecía rígido y adolorido y muy derecho contra el árbol en su cautiverio. Pero por fin algo sucedió.
A lo lejos apareció una luz roja. Luego desapareció por un momento y volvió a aparecer otra vez, más grande y más fuerte. Entonces pudo ver siluetas oscuras que iban y venían a este lado de la luz, llevando unos bultos que arrojaban al suelo. Ahora supo lo que estaba viendo. Era una fogata, recién encendida, y la gente le estaba tirando haces de leña picada. De pronto se encendió y Tirian pudo ver que estaba sobre la punta de la colina. Veía claramente el establo detrás, todo iluminado con el rojo resplandor, y una gran multitud de Bestias y Hombres reunida entre el fuego y el propio Rey. Una figura pequeña, encorvada al lado del fuego, debía ser el Mono. Decía algo a la muchedumbre, pero él no alcanzaba a oír sus palabras. En seguida se fue e hizo tres reverencias hasta el suelo ante la puerta del establo. Después se incorporó y abrió la puerta. Y algo de cuatro patas, algo que caminaba con paso muy tieso, salió del establo y se paró frente al público.
Se elevó un gran lamento o rugido, tan sonoro que Tirian pudo escuchar algunas de las palabras.
—¡Aslan! ¡Aslan! ¡Aslan! —gritaban las Bestias—. Háblanos. Confórtanos. No sigas enojado con nosotros.
Desde donde se hallaba, Tirian no podía distinguir claramente qué cosa era; pero alcanzaba a ver que era amarillo y peludo. El no había visto nunca al Gran León. El no había visto nunca ni un león común. No podía estar seguro si lo que veía no era el verdadero Aslan. No esperaba que Aslan se pareciera a esa cosa tiesa que se paraba sin decir nada. Pero ¿cómo puede uno estar seguro? Por unos instantes acudieron a su mente pensamientos horribles; entonces recordó los

disparates sobre que Tash y Aslan eran la misma cosa, y se convenció de que toda esta historia debía ser una superchería.

El Mono puso su cabeza cerca de la cabeza de la cosa amarilla como si escuchara algo que el otro le susurraba. Después se volvió y habló a los espectadores, que nuevamente empezaron a gemir. Entonces la cosa amarilla se volvió con torpeza y caminó —podrías hasta decir que se contoneó como un pato— de regreso al establo y el Mono cerró la puerta tras él. Después de esto deben haber apagado el fuego, pues la luz se desvaneció súbitamente, y Tirian se encontró una vez más solo con el frío y la oscuridad.

Pensaba en otros Reyes que vivieron y murieron en Narnia en los antiguos tiempos y le parecía que ninguno de ellos había sido jamás tan desdichado como él. Pensó en el bisabuelo de su bisabuelo, el Rey Rilian, quien fue raptado, cuando era tan sólo un joven príncipe, por una Bruja que lo tuvo escondido por años en cavernas oscuras bajo la tierra de los Gigantes del Norte. Pero todo había salido bien a la postre, ya que dos misteriosos niños habían aparecido de repente, viniendo de una tierra más allá del fin del mundo, y lo habían rescatado; él había regresado a su hogar en Narnia y tuvo un largo y próspero reinado. “No pasa lo mismo conmigo”, se dijo Tirian. Luego se fue más atrás y pensó en el padre de Rilian, Caspian el Navegante, cuyo perverso tío el Rey Miraz trató de asesinarlo, y cómo Caspian huyó a los bosques y vivió entre los Enanos. Pero igualmente esa historia había terminado bien: pues Caspian también fue ayudado por unos niños, sólo que aquella vez eran cuatro que venían de algún lugar más allá del mundo, y libraron una gran batalla para devolverle el trono de su padre. “Pero eso fue hace tanto tiempo”, se dijo Tirian. “Esa suerte de cosas ya no suceden más ahora”. Y después recordó (porque siempre había sido bueno para la historia cuando era niño) que aquellos mismos cuatro niños que habían ayudado a Caspian habían estado en Narnia más de mil años antes; y había sido entonces cuando derrotaron a la terrible Bruja Blanca y terminaron con los Cien Años de Invierno, y luego habían reinado (los cuatro juntos) en Cair Paravel, hasta que dejaron de ser niños y fueron grandes Reyes y adorables Reinas, y su reinado fue la época de oro de Narnia. Y Aslan participó muchísimo en aquella historia. Participó en las otras historias también, según recordaba Tirian. “Aslan... y los niños del otro mundo”, pensaba Tirian. “Siempre aparecían cuando las cosas llegaban a su peor punto. ¡Oh, si pudieran hacerlo ahora! “

Y gritó: “¡Aslan! ¡Aslan! ¡Aslan! Ven y ayúdanos Ahora”.

Mas la oscuridad y el frío y el sosiego seguían siendo los mismos.

—Deja que me maten —gritó el Rey—. No pido nada para mí. Pero ven y salva a Narnia.

Y todavía no hubo ningún cambio en la noche o en el bosque, pero principió a operarse una especie de cambio dentro de Tirian. Sin saber por qué, comenzó a alentar una ligera esperanza. Y se sintió algo más fuerte.

—¡Oh, Aslan, Aslan! —susurró—. Si no vienes en persona, al menos envíame a tus colaboradores de más allá del mundo. O permite que yo los llame. Haz que mi voz alcance hasta más allá del mundo.

Entonces, casi sin saber lo que hacía, gritó de súbito, a toda voz:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Amigos de Narnia! Rápido. Vengan a mí. ¡A través de los mundos los llamo; yo, Tirian, Rey de Narnia, Señor de Cair Paravel y Emperador

de las Islas Desiertas!
Y de inmediato se hundió en un sueño (si es que fue un sueño) más vívido que cualquiera que hubiera tenido en su vida.
Le pareció estar en una sala iluminada donde siete personas se hallaban sentadas alrededor de una mesa. Parecía que recién hubieran terminado su comida. Dos de ellos eran muy viejos, un anciano de blanca barba y una anciana de ojos vivos, alegres y risueños. El que estaba sentado a la derecha del anciano no era aún un adulto, seguramente más joven que Tirian, pero su semblante ya tenía la prestancia de un rey y de un guerrero. Y podías decir prácticamente lo mismo del otro joven que se sentaba a la derecha de la anciana. Frente a Tirian, al otro lado de la mesa, había una niña de pelo claro, más joven que estos dos, y a ambos lados de ella, un niño y una niña más jóvenes aún. Todos estaban vestidos con lo que le pareció a Tirian ser los vestidos más raros del mundo.
Pero no tuvo tiempo de pensar en detalles como ese, pues en un instante el niño más joven y las dos niñas se pusieron de pie, y una de ellas lanzó un corto grito. La anciana se sobresaltó y contuvo el aliento. El anciano debe haber hecho algún movimiento repentino también, pues el vaso de vino que tenía en su mano derecha fue a dar debajo de la mesa; Tirian pudo oír el tintineo que hizo al quebrarse en el suelo.
Entonces Tirian comprendió que esa gente podía verlo a él; lo miraban como quien ve un fantasma. Pero advirtió que el que parecía rey y que se sentaba a la derecha del anciano no se movió siquiera (aunque se puso pálido) y sólo empuñó firme su mano. Luego dijo:
—Habla, si no eres un fantasma o un sueño. Tienes aspecto de ser un narniano y nosotros somos los siete amigos de Narnia.
Tirian ansiaba poder hablar, y trató de gritar fuerte que él era Tirian de Narnia, y que necesitaba desesperadamente su ayuda. Pero se dio cuenta (como me ha pasado a veces en los sueños a mí también) que su voz no hacía el menor sonido.
El que le había hablado se puso de pie.
—Sombra o espíritu o lo que seas —dijo, fijando sus ojos en Tirian—. Si eres de Narnia, te ordeno en el nombre de Aslan, háblame. Soy el gran Rey Pedro.
La sala empezó a dar vueltas ante los ojos de Tirian. Escuchó las voces de aquellas siete personas hablando todas a la vez, y todas haciéndose cada segundo más borrosas, diciendo cosas como “¡Mira! Se está desvaneciendo”. “Se está esfumando”. “Está desapareciendo”. Al minuto siguiente se encontró totalmente despierto, todavía amarrado al árbol, más helado y entumecido que nunca. El bosque estaba lleno de la pálida luz mortecina que alumbra antes de la salida del sol y Tirian estaba empapado de rocío; comenzaba a amanecer.
Aquel despertar fue casi el peor momento de toda su vida.

V. COMO LLEGO LA AYUDA PARA EL REY

Pero su aflicción no duró mucho. Casi de inmediato se sintió un porrazo, y luego un segundo porrazo, y dos niños estaban de pie ante él. El bosque enfrente suyo estaba completamente vacío un minuto antes y sabía que no habían salido de detrás del árbol, porque los habría oído. En realidad habían aparecido

simplemente de la nada. De una sola mirada vio que usaban esos vestidos tan raros y deslucidos que tenía la gente de su sueño; y vio, en una segunda mirada, que eran el niño y la niña más jóvenes del grupo de los siete.
—¡Caracoles! —exclamó el niño—, ¡te quita el aliento todo esto! Pensé que...
—Apúrate y desátalo —dijo la niña—. Ya podremos conversar después. —Luego añadió, volviéndose hacia Tirian—: Perdona que nos hayamos demorado tanto. Vinimos en cuanto pudimos.
En tanto que ella hablaba, el niño había sacado un cuchillo de su bolsillo y cortaba rápidamente las amarras del Rey; demasiado rápidamente, en realidad, pues el Rey estaba tan rígido y entumecido que cuando cortó la última cuerda cayó de rodillas y se tuvo que apoyar en las manos. No fue capaz de levantarse de nuevo hasta que hubo recuperado algo de la vitalidad de sus piernas con una buena fricción.
—¡Oye! —exclamó la niña—. ¿Eras tú, no es cierto, el que se nos apareció la noche que estábamos cenando? Hace como una semana.
—¿Una semana, hermosa dama? —dijo Tirian—. Mi sueño me condujo a tu mundo hace escasos diez minutos.
—Es el eterno embrollo con las horas, Pole —dijo el niño.
—Ya recuerdo —dijo Tirian—. Eso también sale en todos los viejos relatos. El tiempo en tu extraña tierra es diferente del nuestro. Pero hablando de tiempo, es tiempo de que nos vayamos de aquí, pues mis enemigos están muy cerca. ¿Vendrán conmigo?
—Claro que sí —respondió la niña—. Es a ti a quien hemos venido a ayudar.
Tirian logró ponerse de pie y los guió a toda prisa cerro abajo, hacia el sur, y lejos del establo. El sabía muy bien a donde quería ir, pero su primer objetivo era llegar a los sitios rocosos donde no dejarían huellas y el segundo era atravesar algunas aguas para no dejar rastros. Tardaron cerca de una hora trepando y vadeando y mientras lo hacían nadie tenía aliento ni para hablar. Pero aun así, Tirian siguió mirando a hurtadillas a sus compañeros. La maravilla de caminar al lado de criaturas de otro mundo le hacía sentir un tanto mareado; pero igualmente hacía que todas las viejas historias parecieran mucho más reales de lo que había creído antes..., ahora podía pasar cualquier cosa.
—Bien —dijo Tirian cuando llegaron a la entrada de un pequeño valle que descendía ante ellos entre abedules nuevos—, ya estamos fuera de peligro, lejos de esos villanos por un tiempo y podemos caminar con mayor tranquilidad.
Había salido el sol, en cada rama brillaban gotitas de rocío, y las aves cantaban.
—¿Qué tal una buena merienda?..., quiero decir, para ti, Señor; nosotros ya tomamos desayuno —dijo el niño.
Tirian se preguntaba perplejo qué querría decir “merienda”; sin embargo, cuando el niño abrió un abultado bolsón que llevaba y sacó un paquete grasiento y blandengue, entendió inmediatamente. Tenía un hambre voraz, a pesar de que no había pensado en ello hasta ese mismo momento. Había dos sandwiches de huevo duro y dos de queso, y otros dos que tenían algún tipo de pasta adentro. Si no hubiera estado tan hambriento, no le habría gustado nada la pasta, porque era algo que nadie come en Narnia. Cuando se había ya devorado los seis sandwiches, llegaron al fondo del valle y allí encontraron un musgoso acantilado de donde

nacía borboteando una pequeña fuente. Los tres se detuvieron y bebieron y se mojaron sus acaloradas caras.

—Y ahora —dijo la niña, apartando de su frente su cabello empapado— ¿vas a contarnos quién eres y por qué estabas amarrado y de qué se trata todo esto?

—Con mucho gusto, damisela —respondió Tirian—. Pero hay que continuar la marcha.

De modo que mientras seguían caminando, les dijo quién era y todas las cosas que le habían sucedido.

—Y entonces —dijo al final—, voy a cierta torre, una de las tres que se construyeron en tiempos de mis antepasados para proteger el Páramo del Farol contra unos peligrosos proscritos que moraban allí en su época. Gracias a la buena voluntad de Aslan no me robaron mis llaves. En esa torre encontraremos una provisión de armas y cotas de malla y algunas vituallas también, aunque nada más que galletas secas. Allí podemos también descansar tranquilos, mientras hacemos nuestros planes. Y ahora, se los ruego, díganme quiénes son y toda su historia.

—Yo soy Eustaquio Scrubb y ella es Jill Pole —contestó el niño—. Y ya estuvimos aquí una vez antes, hace siglos, más de un año en nuestro tiempo, y había un tipo llamado Príncipe Rilian, y lo tenían oculto bajo tierra, y Barro-quejón puso el pie en...

—¡Ah! —exclamó Tirian—, ¿entonces ustedes son aquellos Eustaquio y Jill que rescataron al Rey Rilian de su largo hechizo?

—Sí, esos somos nosotros —asintió Jill—. De modo que ahora él es el Rey Rilian, ¿no es así? ¡Oh!, claro que tenía que serlo. Se me olvidaba que...

—No —dijo Tirian—, yo soy su séptimo descendiente. El murió hace más de doscientos años.

Jill hizo una mueca.

—¡Uf! —exclamó—. Esa es la parte horrible de regresar a Narnia.

Pero Eustaquio prosiguió.

—Bueno, ahora ya sabes quiénes somos, Señor —dijo—. Y fue así. El Profesor y la tía Polly nos habían juntado a todos los amigos de Narnia...

—No conozco esos nombres, Eustaquio —interrumpió Tirian.

—Son los dos que vinieron a Narnia al comienzo, el día en que todos los animales aprendieron a hablar.

—Por la Melena del León —gritó Tirian—. ¡Aquellos dos! El Señor Dígory y la Señora Polly! ¡Del alba del mundo! ¿Y todavía están vivos en tu país? ¡Qué maravilla y qué gloria! Pero cuéntame, cuéntame.

—Ella no es nuestra verdadera tía, has de saber —dijo Eustaquio—. Ella es la señorita Plummer, pero la llamamos tía Polly. Bueno, ellos dos nos reunieron a todos; en parte sólo para entretenernos y para que pudiéramos hablar hasta por los codos de Narnia (porque, por supuesto, no hay nadie más con quien podamos hablar de estas cosas), pero en parte porque el Profesor tenía la sensación de que, de alguna manera, nos necesitaban aquí. Y entonces tú llegaste como una aparición o que sé yo qué y casi nos mataste de susto y te esfumaste sin decir una palabra. Después de eso, dimos por seguro que algo sucedía. La pregunta que se planteaba era cómo llegar aquí. No puedes hacerlo sólo con desearlo. Así es que hablamos y hablamos y por fin el Profesor dijo que el único medio eran los Anillos Mágicos. Fue con esos Anillos que él y la tía Polly llegaron aquí hace tanto, tanto

tiempo, cuando apenas eran unos niños, años antes de que nosotros, los más jóvenes, hubiéramos nacido. Pero los Anillos habían sido enterrados en el jardín de una casa en Londres (esa es nuestra ciudad principal, Señor) y la casa había sido vendida. Entonces el problema era cómo conseguirlos. ¡No adivinarías jamás lo que hicimos al final! Pedro y Edmundo —ese es el gran Rey Pedro, el que te habló— fueron a Londres para entrar al jardín por detrás, muy temprano en la mañana antes de que se levantara la gente. Se habían disfrazado de obreros para que, si alguien los veía, pareciera que habían venido a componer algo en los desagües. Me habría encantado haber estado con ellos; debe haber sido salvaje de divertido. Y deben haber tenido éxito, ya que al día siguiente Pedro nos envió un telegrama —ese es una especie de mensaje, Señor, ya te lo explicaré en otra ocasión— diciendo que tenía los Anillos. Y el día siguiente era el día en que Pole y yo teníamos que regresar al colegio; somos los únicos dos que todavía vamos al colegio y estamos en el mismo. De modo que Pedro y Edmundo quedaron de encontrarse con nosotros camino al colegio y entregarnos los Anillos. Teníamos que ser nosotros dos los que viniéramos a Narnia porque, sabes, los mayores no pueden volver más. Así es que nos subimos al tren —es una cosa en que la gente viaja allá en nuestro mundo: una cantidad de vagones encadenados juntos— y el Profesor y la tía Polly y Lucía vinieron con nosotros. Queríamos estar juntos lo más que pudiéramos. Bien, estábamos en el tren. Y ya íbamos a llegar a la estación donde debíamos encontrarnos con los otros, y yo miraba por la ventana para ver si podía divisarlos cuando de repente hubo una sacudida espantosa y un ruido: y estábamos en Narnia y Su Majestad estaba atado a un árbol.

—¿Entonces nunca usaron los Anillos? —preguntó Tirian.

—No —repuso Eustaquio—. Ni siquiera los vimos. Aslan lo hizo todo por nosotros a su manera, sin ningún Anillo.

—Pero el gran Rey Pedro los tiene —dijo Tirian.

—Sí —afirmó Jill—. Pero no creemos que pueda usarlos. Cuando los otros dos Pevensie —el Rey Edmundo y la Reina Lucía— estuvieron aquí la última vez, Aslan les dijo que no volverían nunca más a Narnia. Y le dijo algo parecido al gran Rey, sólo que mucho antes. Puedes estar seguro de que vendría como un balazo si lo dejaran.

—¡Cielos! —exclamó Eustaquio—. Está haciendo calor con este sol. ¿Falta mucho, Señor?

—Mira —contestó Tirian, señalando.

A escasos metros de allí se elevaban unas grandes almenas por encima de las copas de los árboles, y después de un minuto más de caminata salieron a un espacio despejado y cubierto de pasto. Lo atravesaba un arroyo y al otro lado del arroyo se alzaba una torre baja, ancha y cuadrada, con unas pocas ventanas estrechas y una puerta de aspecto pesado en la muralla que quedaba frente a ellos. Tirian miró atentamente para todos lados a fin de asegurarse de que no había enemigos a la vista. Luego se encaminó hacia la torre y se quedó inmóvil por un momento hurgando en busca del atado de llaves que usaba debajo de su traje de cazador en una delgada cadena de oro colgada del cuello. Menudo manojo de llaves el que sacó a la luz: había dos de oro y varias ricamente adornadas; te dabas cuenta de inmediato de que eran llaves hechas para abrir fastuosas y secretas habitaciones de palacios, o cofres y joyeros de fragante madera que contienen

tesoros reales. Pero la llave que puso en la cerradura de la puerta era grande y sencilla y hecha más rústicamente. La cerradura estaba apretada y por un momento Tirian temió que no sería capaz de abrirla. Pero finalmente lo logró y la puerta giró abriéndose con un tétrico chirrido.

—Bien venidos, amigos —dijo Tirian—. Me temo que este es el mejor palacio que el Rey de Narnia puede ofrecer actualmente a sus huéspedes.

Tirian tuvo el agrado de ver que los dos extranjeros habían sido bien educados. Ambos protestaron que no dijera eso y que estaban ciertos de que sería muy agradable.

A decir verdad, no era particularmente agradable. Era más bien oscuro y olía a humedad. Tenía una sola habitación y esta habitación subía directamente hasta el techo de piedra: en un rincón había una escalera de madera que conducía a una claraboya por donde podías salir a las almenas. Había algunas toscas literas para dormir, y una gran cantidad de cajones y fardos. También había una chimenea donde parecía que nadie había encendido un fuego desde hacía muchos años.

—Es mejor que salgamos a recoger un poco de leña como primera medida, ¿no creen? —dijo Jill.

—Todavía no, camarada —replicó Tirian.

No estaba dispuesto a que los sorprendieran desarmados, y comenzó a buscar en los cofres, agradeciendo que se acordaba de que siempre había tenido cuidado de mantener esas torres de guarnición bajo inspección anual con el fin de asegurarse de que estaban aperadas de todo lo necesario. Las cuerdas de los arcos se encontraban allí envueltas en seda aceitada, las espadas y lanzas estaban engrasadas para evitar el moho, y las armaduras brillaban guardadas en sus envolturas. Pero había algo todavía mejor. “¡Miren!“, exclamó Tirian al tiempo que sacaba una larga cota de malla de curioso modelo que desplegó ante los ojos de los niños.

—Es una malla bien curiosa, Señor —opinó Eustaquio.

—¡Ay, muchacho! —dijo Tirian. No fue un enano narniano el herrero que la hizo. Es una malla de Calormen, ropas extranjeras. Siempre he guardado unas pocas cotas de ésas en buenas condiciones, porque nunca se sabe si yo o algún amigo tendremos por alguna razón que entrar sin ser vistos en las tierras del Tisroc. Y miren esta botella de piedra. Contiene un jugo que si lo refregamos en la cara y manos quedaremos morenos como los calormenes.

—¡Bravo! —gritó Jill—. ¡Disfraces! Me encantan los disfraces.

Tirian les enseñó cómo echarse un poco del jugo en la palma de la mano y luego restregarlo bien en sus caras y cuellos, hasta los hombros, y después en las manos, hasta el codo. El hizo lo mismo.

—Después de que se haya secado —dijo—, podemos lavarnos con agua y no cambiará. Sólo un poco de aceite y cenizas nos convertirán de nuevo en narnianos blancos. Y ahora, dulce Jill, veamos cómo te sienta a ti esta camisa de malla. Es un poco demasiado larga, pero no tanto como yo temía. No hay duda de que perteneció a un paje del séquito de alguno de sus Tarkaanes.

Después de las camisas de malla se pusieron cascos calormenes, que son pequeños y redondos, bien apretados en la cabeza y con una punta arriba. Luego Tirian sacó del cofre largos rollos de un material blanco y los enrolló encima de los cascos hasta que parecieron turbantes: pero la pequeña punta de acero siempre

sobresalía en el centro. El y Eustaquio tomaron las curvas espadas calormenes y unos pequeños escudos redondos. No había ninguna espada suficientemente liviana para Jill, pero le dio un cuchillo de caza largo y recto que podría hacer las veces de una espada en caso de necesidad.
—¿Tienes habilidad para manejar el arco, doncella? —preguntó Tirian.
—Nada que valga la pena mencionar —repuso Jill, enrojeciendo—. Scrubb no es nada de malo.
—No le creas, Señor —dijo Eustaquio—. Ambos hemos estado practicando arquería desde que regresamos de Narnia la última vez, y ahora ella es tan hábil como yo. Aunque no creas que somos tan buenos ninguno de los dos.
Entonces Tirian le dio a Jill un arco y un carcaj lleno de flechas. El próximo paso fue encender un fuego, puesto que dentro de esa torre, más que dentro de cualquiera otra parte, se tenía la impresión de estar en una cueva, y eso te hacía tiritar. Pero entraron en calor recogiendo la leña —el sol estaba ya en su punto más alto— y cuando por fin las llamaradas rugían en la chimenea, el lugar empezó a verse más acogedor. La cena fue, sin embargo, una comida aburrida, ya que lo mejor que lograron hacer fue moler algunas de las galletas duras que encontraron en el cofre y echarlas en agua hirviendo con sal para tratar de hacer una especie de sopa de avena. Y no tenían más que agua para beber.
—Ojalá hubiésemos traído un paquete de té —dijo Jill.
—O un tarro de cocoa —añadió Eustaquio.
—No vendría nada de mal tener en cada una de estas torres una vasija o algo así de buen vino —comentó Tirian.

VI. UN BUEN TRABAJO NOCTURNO

Unas cuatro horas más tarde Tirian se tendió en una de las literas para aprovechar de dormir un rato. Los dos niños ya estaban roncando; los había hecho ir a la cama antes que él, porque iban a tener que estar levantados casi toda la noche y sabía que a su edad no podrían soportarlo sin dormir un poco. Además, los había cansado bastante. Primero hizo a Jill practicar un poco de arquería y encontró que, aunque no a los niveles de Narnia, ella no era tan torpe. En verdad logró dispararle a un conejo (no a un conejo que habla, por supuesto; hay montones de conejos comunes correteando por el oeste de Narnia), y ya estaba despellejado, limpio y colgado. Descubrió que los dos niños sabían hacer estas malolientes y repugnantes faenas; habían aprendido este tipo de cosas durante su largo viaje por la tierra de los gigantes en la época del Príncipe Rilian. Luego trató de enseñarle a Eustaquio a usar su espada y escudo. Eustaquio había aprendido sobradamente a batirse a espada en sus aventuras anteriores, pero había sido con una espada recta al estilo narniano. Nunca había manejado una curva cimitarra calormene y le fue muy difícil, porque muchos de sus golpes son sumamente distintos y algunas de las técnicas que él había aprendido con la espada larga tenía ahora que descartarlas. Pero Tirian encontró que tenía buena vista y era muy rápido de pies. Le sorprendió la fuerza de ambos niños: en realidad, los dos parecían ya ser más fuertes y grandes y mucho más adultos de lo que eran cuando los conoció hacía pocas horas. Es uno de los efectos que a menudo produce el aire de Narnia en los visitantes de nuestro mundo.

Los tres acordaron que la primerísima cosa que debían hacer era regresar al Cerro del Establo y tratar de rescatar a Alhaja, el Unicornio. Después de lo cual, si tenían éxito, tratarían de alejarse hacia el este a reunirse con el pequeño ejército que el Centauro Perspicaz traería de Cair Paravel.

Un experimentado guerrero y cazador como Tirian despierta siempre a la hora que quiere. De manera que se dio plazo hasta las nueve de esa noche y luego borró todas las preocupaciones de su mente y se quedó profundamente dormido de inmediato. Parecía haber pasado solo un momento cuando despertó, pero supo, por la luz y por la propia atmósfera reinante, que había dormido el tiempo exacto. Se levantó, se colocó su casco turbante (había dormido con la camisa de malla puesta) y después remeció a los otros dos hasta que despertaron. Se les veía, a decir verdad, bastante tristes y deprimidos al bajar de sus literas, bostezando a más y mejor.

—Ahora —dijo Tirian—, vamos derecho al norte desde aquí. Afortunadamente es una noche estrellada, y el viaje será mucho más corto que el de esta mañana, porque entonces vinimos dando rodeos, pero ahora iremos en línea recta. Si nos detienen y nos hacen preguntas, ustedes dos deben guardar silencio y yo haré todo lo que pueda para hablar como un maldito, cruel, orgulloso señor de Calormen. Si saco mi espada, entonces tú, Eustaquio, debes hacer lo mismo y que Jill salte detrás de nosotros y se quede allí con una flecha lista en el arco. Pero si yo grito "A casa", entonces ambos vuelen a la Torre. Y que nadie siga luchando, ni siquiera un solo golpe, después de que yo haya dado la orden de retirada: ese falso valor ha hecho fracasar muchos planes notables en las guerras. Y ahora amigos, en el nombre de Aslan, adelante.

Salieron a la noche fría. Todas las inmensas estrellas del norte se encendían por encima de las copas de los árboles. La Estrella del Norte de aquel mundo se llama Punta de Lanza; es más brillante que nuestra Estrella Polar.

Durante un rato pudieron ir derecho hacia Punta de Lanza, pero de pronto llegaron a una densa espesura y tuvieron que salirse de su ruta para no adentrarse en ella. Y después de hacerlo, como todavía estaban bajo la gran sombra de las ramas, les fue difícil volver a orientarse. Fue Jill la que los puso en el rumbo nuevamente; había sido una excelente Guía en Inglaterra. Y por supuesto que conocía sus estrellas narnianas a la perfección, después de haber viajado durante tanto tiempo en las salvajes Tierras del Norte, y podía calcular la dirección por otras estrellas aun si Punta de Lanza estaba oculta. En cuanto Tirian supo que ella era la mejor exploradora de los tres, la puso al frente. Y entonces quedó asombrado de ver la forma silenciosa y casi invisiole en que se deslizaba delante de ellos.

—¡Por la Melena! —susurró al oído de Eustaquio—. Esta niña es una maravilla para rastrear en los bosques. No podría hacerlo mejor si tuviera sangre de Dríades en sus venas.

—Es tan chica, eso le ayuda mucho —murmuró Eustaquio.

Pero Jill, desde adelante, dijo:

—Shshsh, menos ruido.

En torno a ellos el bosque estaba muy tranquilo. A decir verdad, demasiado tranquilo. En una normal noche narniana debería haber ruidos; algún ocasional y animado "Buenas noches" de parte de un erizo; el grito de alguna lechuza allá

arriba; quizás una flauta a la distancia delatando la presencia de Faunos en plena danza; o el ruido palpitante de los martillos de los Enanos trabajando bajo tierra. Todo eso estaba en silencio: la melancolía y el temor reinaban en Narnia.
Al cabo de un tiempo comenzaron a subir la escarpada ladera y los árboles se fueron espaciando. Tirian pudo localizar vagamente la conocida cumbre del cerro y el establo. Jill iba ahora con mucha más cautela y hacía señas con las manos a los demás para que hicieran lo mismo. Luego se quedó totalmente inmóvil y Tirian la vio hincarse poco a poco en el pasto y desaparecer sin hacer un ruido. Un minuto después se levantó nuevamente, acercó su boca al oído de Tirian y dijo en un susurro casi inaudible: “Arrodíllate. *Te* ve mejor” Ella dijo *te* en vez de *se* no porque ceceara, sino porque sabía que el silbido de la letra S en un susurro es lo que se escucha con mayor facilidad. Tirian se echó al suelo de inmediato, casi tan silenciosamente como Jill, aunque no tanto, pues era más pesado y de más edad. Y cuando estaban en el suelo, se dio cuenta de que desde esa posición podía ver la punta de la colina nítidamente contra el cielo cuajado de estrellas. Dos formas negras se perfilaban contra él: una era el establo, y la otra, a unos pocos metros frente a él, era un centinela calormene. Hacía una vigilancia bastante pobre: no se paseaba, ni siquiera estaba de pie, sino sentado con su lanza encima del hombro y la barbilla apoyada en su pecho. “¡Bravo!“, dijo Tirian a Jill. Ella le había mostrado exactamente lo que necesitaba saber.
Se incorporaron y ahora Tirian tomó la delantera. Muy lentamente, casi sin atreverse a respirar, hicieron su camino de ascenso hasta un pequeño grupo de árboles que se encontraba a unos quince metros del centinela.
—Esperen aquí hasta que yo vuelva —murmuró dirigiéndose a los otros dos—. Si fracaso, huyan.
Luego empezó a pasearse descaradamente a plena vista del enemigo. El hombre se asustó al verlo y trato de ponerse rápidamente de pie; temía que Tirian fuera uno de sus propios oficiales y que se vería metido en un lío por estar sentado. Pero antes de que pudiera levantarse, Tirian se había arrodillado a su lado, diciéndole:
—¿Eres un guerrero del Tisroc, que viva para siempre? Alegra mi corazón el encontrarte en medio de estas bestias y demonios de Narria. Dame tu mano, amigo.
Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el centinela calormene sintió su mano derecha asida en un poderoso apretón. En un instante alguien se hincaba sobre sus piernas y un puñal se apoyaba en su garganta.
—Un ruido y seréis hombre muerto —dijo Tirian en su oído—. Dime dónde está el Unicornio y viviréis.
—De... detrás del establo. ¡Oh, mi amo! —tartamudeó el infeliz.
—Bien. Levántate y condúceme a él.
En tanto el hombre se incorporaba, el puñal no dejó nunca de apuntar a su garganta. Sólo se movió (helado y un poco cosquilleante) cuando Tirian se puso detrás de él y lo acomodó en un lugar adecuado bajo su oreja. Temblando se dirigió a la parte de atrás del establo.
A pesar de la oscuridad, Tirian pudo ver inmediatamente la blanca silueta de Alhaja.
—¡Silencio! —exclamó—. No, no relinches. Sí, Alhaja, soy yo. ¿Cómo te

ataron?
—Estoy maneado por las cuatro patas y atado con una brida a una argolla en la muralla del establo —se escuchó responder la voz de Alhaja.
—Quédate aquí, centinela, con tu espalda hacia la muralla. Así. Ahora, Alhaja: pon la punta de tu cuerno contra el pecho de este calormene.
—Con el mayor gusto, Señor —repuso Alhaja.
—Si se mueve, traspásale el corazón.
Entonces, en pocos segundos, Tirian cortó las sogas. Con los restos ató al centinela de manos y pies. Finalmente lo obligó a abrir la boca, se la llenó de pasto y lo amarró desde el cráneo hasta la barbilla para impedir que hiciera el menor sonido, y lo colocó en el suelo, sentado y apoyado contra la pared.
—Me he portado un tanto descortés contigo, soldado —dijo Tirian—. Pero fue por necesidad. Si nos volvemos a encontrar otra vez, puede que te trate mejor. Vamos, Alhaja, vámonos sin hacer ruido.
Puso su brazo izquierdo alrededor del cuello de la bestia y se inclinó y besó su nariz y ambos sintieron una gran dicha. Regresaron lo más silenciosamente posible al lugar donde había dejado a los niños. Estaba más oscuro allí bajo los árboles y casi tropezó con Eustaquio antes de verlo.
—Todo está bien —murmuró Tirian—. Hemos hecho un buen trabajo esta noche. Ahora, a casa.
Se habían vuelto y caminado unos cuantos pasos cuando Eustaquio dijo:
—¿Dónde estás, Pole?
No recibió respuesta.
—¿Está Jill a tu lado, Señor? —preguntó.
—¿Qué? —exclamó Tirian—. ¿No está al otro lado *tuyo?*
Fue un momento terrible. No se atrevían a gritar, pero susurraban su nombre lo más alto que se puede en un susurro. No hubo respuesta.
—¿Se alejó de ti mientras yo no estaba aquí? —preguntó Tirian.
—No la vi ni la escuché irse —dijo Eustaquio—. Pero es posible que se marchara sin que yo supiera. Puede ser tan silenciosa como un gato; tú mismo lo has comprobado.
En ese momento se escuchó a lo lejos el sonido de un tambor. Alhaja movió sus orejas hacia adelante. “Enanos”, dijo.
—Y Enanos traidores, enemigos, es lo más probable —musitó Tirian.
—Y se aproxima algo sobre cascos, mucho más cerca —advirtió Alhaja.
Los dos humanos y el Unicornio se quedaron inmóviles como estatuas. Tenían tantas cosas distintas de qué preocuparse que no sabían qué hacer. El sonido de cascos se acercaba cada vez más. Y pronto, muy junto a ellos, una voz susurró:
—¡Hola! ¿Están todos ahí?
Gracias al cielo, era la voz de Jill.
—¿Dónde *diablos* te habías metido? —susurró furioso Eustaquio, porque se había llevado un tremendo susto.
—En el Establo —jadeó Jill, pero era una suerte de jadeo como cuando estás batallando por aguantar la risa.
—¡Oh! —gruñó Eustaquio—, crees que es divertido ¿no? Bueno, sólo te diré que...

—¿Has encontrado a Alhaja, Señor? —preguntó Jill.
—Sí. Aquí está. ¿Qué es esa bestia que viene contigo? —Es él —repuso Jill—. Pero vámonos a casa antes de que alguien despierte.
Y nuevamente tuvo unas pequeñas explosiones de risa.
Los demás obedecieron en el acto, pues ya se habían quedado lo suficiente en aquel peligroso lugar y les parecía que los tambores de los Enanos se estaban acercando. Fue sólo después de haber caminado rumbo al sur por varios minutos que Eustaquio dijo:
—¿Lo tienes *a él?* ¿Qué quieres decir?
—El falso Aslan —respondió Jill.
—¿Qué? —exclamó Tirian—. ¿Dónde estuviste? ¿Qué has hecho?
—Bueno, Señor —contestó Jill—. Cuando vi que habías sacado al centinela de en medio, pensé ¿no sería bueno que diera un vistazo dentro del establo y vea lo que hay realmente allí? Así es que me fui, paso a paso. No me costó nada levantar el cerrojo. Claro que adentro estaba oscuro como boca de lobo y olía como todos los establos. Entonces prendí una luz y..., ¿podrán creerlo?, no había allí nada, excepto este viejo burro con un bulto de piel de león amarrada por encima de su lomo. De modo que saqué mi cuchillo y le dije que tenía que venir conmigo. En realidad, no había ninguna necesidad de amenazarlo con el cuchillo.
Estaba harto del establo y muy dispuesto a venir..., ¿no es cierto, querido Cándido?
—¡Santo Cielo! —exclamó Eustaquio—. ¡Que me zurzan! Estaba terriblemente enojado contigo hace un rato, y todavía pienso que estuvo pésimo que te escabulleras sin ninguno de nosotros, pero debo admitir..., bueno, quiero decir..., bueno, que fue una cosa perfectamente sensacional lo que hiciste. Si ella fuera un muchacho, habría que armarla caballero, ¿no es cierto, Señor?
—Si ella fuera un muchacho —dijo Tirian—, sería azotada por desobedecer las órdenes.
Y en la oscuridad nadie pudo ver si lo dijo frunciendo el ceño o bien con una sonrisa. Al minuto siguiente se escuchó un sonido de metal que chirriaba.
—¿Qué estás haciendo, Señor? —preguntó Alhaja, bruscamente.
—Desenvainando mi espada para cortarle la cabeza al maldito Asno —dijo Tirian con un tono terrible de voz—. Apártate, niña.
—¡Oh!, por favor no lo hagas, por favor —imploró Jill—. De verdad, no debes hacerlo. No fue su culpa. Todo lo inventó el Mono. El no entendía mucho. Y está muy arrepentido. Es un burro encantador. Se llama Cándido. Y estoy abrazada a su cuello.
—Jill —dijo Tirian—, eres la más valiente y la más hábil en los bosques de todos mis súbditos, pero también la más pícara y desobediente. Está bien, dejemos que el Asno viva. ¿Qué tienes que decir, por tu parte, Asno?
—¿Yo, Señor? —se escuchó la voz del burro—. Te aseguro que lo lamento mucho si hice algo malo. El Mono dijo que Aslan *quería* que me disfrazara así. Y pensé que él sabía. Yo no soy listo como él. Sólo hice lo que me decían. No fue nada de divertido para mi vivir en ese establo. Ni siquiera sé qué estaba sucediendo afuera. El no me dejaba salir más de un par de minutos por la noche. Algunos días hasta se olvidaron de darme un poco de agua.
—Señor —dijo Alhaja—. Los Enanos se acercan cada vez más. ¿Queremos

encontrarnos con ellos?
Tirian lo pensó un momento y luego, súbitamente, lanzó una larga y sonora carcajada. Después habló, ya no en susurros.
—Por el León —dijo—. ¡Me estoy poniendo lento de mente! ¿Encontrarnos con ellos? Por cierto que nos encontraremos con ellos. Nos enfrentaremos con cualquiera ahora. Tenemos que mostrarles este Asno. Déjenlos ver la cosa a la que temían y reverenciaban. Podemos mostrarles la verdad de la vil intriga del Mono. Se descubrió el secreto. Las cosas han cambiado. Mañana colgaremos a ese Mono del árbol más alto de Narnia. Se terminaron los susurros y los escondites y los disfraces. ¿Dónde están esos honrados Enanos? Les tenemos buenas noticias.
Cuando has estado susurrando por horas, el simple sonido de alguien hablando en voz alta tiene un efecto maravillosamente bullicioso. El grupo entero empezó a hablar y a reírse; hasta Cándido levantó la cabeza y lanzó un sonoro *Jojijojijiji*, algo que el Mono no le había permitido hacer durante muchos días.
Entonces se encaminaron en dirección al ruido de tambores. Se hacía constantemente más fuerte y pronto pudieron divisar también la luz de las antorchas. Salieron a uno de esos ásperos caminos (casi no los llamaríamos caminos en Inglaterra) que atraviesan el Páramo del Farol. Y allí, avanzando con paso enérgico, venían cerca de treinta Enanos, todos con sus pequeñas espadas y palas al hombro. Dos calormenes armados guiaban la columna y dos más cerraban la marcha.
—¡Deténganse! —tronó Tirian, saliendo al camino—. Deténganse, soldados. ¿A dónde conducen a estos Enanos narnianos y por orden de quién?

VII. PRINCIPALMENTE SOBRE LOS ENANOS

Los dos soldados calormenes que iban a la cabeza de la columna, viendo a quienes tomaron por un Tarkaan o gran señor acompañado de sus dos pajes armados, ordenaron el alto y levantaron sus lanzas como saludo.
—¡Oh, mi Amo! —dijo uno de ellos—, conducimos a estos enanillos a Calormen a trabajar en las minas del Tisroc, que viva para siempre.
—Por el gran dios Tash, son sumamente obedientes —dijo Tirian.
Luego se volvió súbitamente hacia los Enanos. Uno de cada seis portaba una antorcha y gracias a esa luz parpadeante pudo ver sus caras barbudas que lo miraban con expresión torva y obstinada.
—¿Es que el Tisroc ha librado una gran batalla, Enanos, y ha conquistado vuestra tierra —preguntó—, para que ustedes vayan pacientemente a morir a las canteras de sal de Pugrahan?
Los dos soldados lo contemplaron sorprendidos, pero los Enanos respondieron a coro:
—Son las órdenes de Aslan, las órdenes de Aslan. Nos ha vendido. ¿Qué podemos hacer contra *él?*
—¡El tal Tisroc! —agregó uno y escupió—. ¡Me gustaría verlo a él pasar por esto!
— ¡Silencio, perro! —dijo el soldado jefe.
—¡Miren! —exclamó Tirian, empujando a Cándido adelante hacia la luz—. Todo ha sido una mentira. Aslan *no* ha venido a Narnia. Ustedes han sido

engañados por el Mono. Esto es lo que hizo salir del establo para mostrarles. Mírenlo.

Lo que vieron los Enanos, ahora que tenían la oportunidad de verlo de cerca, fue ciertamente suficiente para hacerlos preguntarse cómo se habían dejado pasar gato por liebre. La piel de león se había ido soltando mucho más durante el largo cautiverio de Cándido en el establo y se le había torcido en el viaje a través del bosque oscuro. La mayor parte se hallaba hecha un gran bulto encima de un hombro. La cabeza, fuera de que había sido empujada hacia un lado, se había no sé cómo ido para atrás, de manera que todos podían ahora ver su tonta y dulce cara de burro mirando por debajo de ella. Le colgaban unas hebras de pasto de un lado de la boca, que había ido mordisqueando calladamente mientras lo traían. Y musitaba: “No fue mi culpa, yo no soy listo. Nunca *dije* que lo fuera”.

Por un segundo los Enanos contemplaron a Cándido con la boca abierta y de pronto uno de los soldados dijo duramente:

—¡Tú estás loco, oh, mi Amo! ¿Qué les estás diciendo a los esclavos?

Y el otro dijo: “¿Y quién eres tú?” Ninguna de las dos lanzas saludaban ya, ambas estaban vueltas hacia abajo y listas para entrar en acción.

—Dame la contraseña —dijo el soldado jefe.

—Esta es mi contraseña —dijo el Rey, desenvainando su espada—. ***“La luz está alboreando, la mentira ha sido descubierta”. Y*** ahora, en guardia, bellacos, pues soy Tirian de Narnia.

Embistió al soldado jefe como un relámpago. Eustaquio, que había sacado su espada cuando vio que el Rey sacaba la suya, se precipitó contra el otro, con la cara muy pálida, pero yo no lo culparía por eso. Y tuvo la suerte que a veces tienen los principiantes. Se le olvidó todo lo que Tirian había tratado de enseñarle esa tarde, tiró estocadas salvajemente (a decir verdad, no estoy seguro que no lo haya hecho con los ojos cerrados) y de repente se encontró, para su gran sorpresa, con que el calormene yacía muerto a sus pies. Y aunque fue un gran alivio, a la vez fue bastante espantoso. La pelea del Rey duró un par de segundos más, y luego él también mató a su hombre y le gritó a Eustaquio: “Cuidado con los otros dos”.

Pero los Enanos habían acabado con los dos calormenes restantes. No quedaba ni un solo enemigo.

—¡Le asestaste un buen golpe, Eustaquio! —gritó Tirian, palmoteando su espalda—. Y ahora, Enanos, sois libres. Mañana os llevaré a liberar a toda Narnia. ¡Tres vivas por Aslan!

Pero no tuvo ningún eco. Hubo un débil intento de parte de unos pocos Enanos (unos cinco) que se extinguió de inmediato; de parte de varios otros sólo hubo malhumorados gruñidos. La mayoría no dijo nada.

—¿No entienden? —dijo Jill con impaciencia—. ¿Qué pasa con ustedes, Enanos? ¿No oyeron lo que dijo el Rey? Se acabó. El Mono no va a gobernar a Narnia nunca más. Todos pueden volver a su vida de antes. Pueden divertirse otra vez. ¿No están contentos?

Después de una pausa de cerca de un minuto, un Enano no muy buenmozo, de pelo y barba negros como el hollín, dijo:

—¿Y quién eres tú, señorita?

—Soy Jill —repuso ella—. La misma Jill que rescató al Rey Rilian de su encantamiento, y este es Eustaquio, que hizo lo mismo, y hemos vuelto de otro

mundo después de cientos de años. Aslan nos envió.
Los Enanos se miraron unos a otros, con risitas; risitas burlonas, no de alegría.
—Bueno —dijo el Enano Negro (cuyo nombre era Griffle)—, yo no sé qué pensarán ustedes, muchachos, pero lo que es yo, creo que he oído suficiente de Aslan para el resto de mi vida.
—Así es, así es —gruñeron los otros Enanos—. Todo esto es un engaño, un condenado engaño.
—¿Qué quieren decir? —protestó Tirian.
No se había puesto pálido cuando luchaba, pero lo estaba ahora. Se había imaginado que este sería un bello momento, pero se iba convirtiendo en algo parecido a una pesadilla.
—Debes creer que somos condenadamente blandos de cabeza —dijo Griffle—. Nos engañaron una vez y ahora pretendes engañarnos de nuevo al minuto siguiente. ¡No necesitamos más esos cuentos sobre Aslan, ves! ¡Míralo! ¡Un borrico viejo de orejas largas!
—Por todos los cielos, me van a volver loco —dijo Tirian—. ¿Quién de nosotros ha dicho que *eso* sea Aslan?
Esa es la imitación que ha hecho el Mono del verdadero Aslan. ¿No lo pueden entender?
—¡Y tú tendrás una imitación mejor, supongo! —exclamó Griffle—. No, gracias. Nos han hecho tontos una vez y no nos harán tontos de nuevo.
—Yo no —dijo Tirian, airadamente—, yo sirvo al verdadero Aslan.
—¿Dónde está? ¿Quién es? ¡Muéstralo! —dijeron varios Enanos.
—¿Creen que lo llevo en mi cartera, necios? —exclamó Tirian—. ¿Quién soy yo para hacer aparecer a Aslan a mi antojo? El no es un león domesticado.
En el momento en que estas palabras salieron de sus labios comprendió que había dado un paso en falso. Los Enanos empezaron inmediatamente a repetir “no es un león domesticado, no es un león domesticado”, con un burlesco sonsonete.
—Eso era lo que decían siempre los del otro grupo —dijo uno.
—¿Quieren decir que no creen en el verdadero Aslan? —preguntó Jill—. Pero si yo lo he visto. Y él nos envió a nosotros dos desde otro mundo.
—¡Ah! —dijo Griffle, con una amplia sonrisa—. Eso es lo que *tú* dices. Te han enseñado muy bien tu parte. Estás dando tu lección, ¿no es cierto?
—¡Patán! —gritó Tirian—, ¿le das un mentís a una dama en su propia cara?
—Sé más cortés, señor —replicó el Enano—. No creo que queramos más reyes..., si es que *eres* Tirian, porque no te pareces a él, así como tampoco queremos más Aslan. Nos vamos a cuidar solos de ahora en adelante y no reconoceremos a nadie como amo. ¿Entiendes?
—Tiene razón —dijeron los otros Enanos—. Nos mandamos solos ahora. Se acabó Aslan, se acabaron los reyes, se acabaron los estúpidos cuentos de otros mundos. Los Enanos con los Enanos.
Y comenzaron a formar filas y a prepararse para marchar de regreso al lugar, cualquiera sea, de donde venían.
—¡Bestiezuelas! —exclamó Eustaquio—. ¿Ni siquiera van a dar las gracias por haberlos salvado de las minas de sal?
—¡Oh!, ya sabemos todo eso —repuso Griffle por encima del hombro—.

Ustedes querían utilizarnos, por eso nos rescataron. Están jugando su propio juego, ustedes. Vámonos, muchachos.
Y los Enanos rompieron a cantar su curiosa cancioncita de marcha que sigue el ritmo del tambor, y se perdieron con sus pasos pesados en la oscuridad.
Tirian y sus amigos se quedaron mirándolos. Luego él dijo una sola palabra: "Vamos", y continuaron su viaje.
Era un grupo silencioso. Cándido creía que aún estaba en desgracia, y además no entendía realmente muy bien lo que había pasado. Jill, fuera de estar disgustada con los Enanos, estaba muy impresionada con la victoria de Eustaquio sobre el calormene y se sentía algo avergonzada. En lo que respecta a Eustaquio, su corazón latía aún aceleradamente. Tirian y Alhaja caminaban tristemente a la retaguardia. El Rey posaba su brazo sobre el hombro del Unicornio y a veces el Unicornio acariciaba la mejilla del Rey con su suave nariz. No trataron de consolarse mutuamente con palabras. No era muy fácil pensar qué decir que pudiera servir de consuelo. Tirian no soñó jamás que uno de los resultados del engaño del Mono al fabricar un falso Aslan sería impedir que la gente creyera en el verdadero. Se había convencido de que los Enanos se pondrían de su lado en cuanto les demostrara que habían sido burlados. Y entonces a la noche siguiente los habría conducido al Cerro del Establo y les habría mostrado a Cándido a todas las criaturas y todos se habrían vuelto contra el Mono y, tal vez luego de una gresca con los calormenes, se habría terminado todo el asunto. Pero ahora parecía que no podía contar con nadie. ¿Cuántos otros narnianos irían a reaccionar como los Enanos?
—Alguien nos sigue, me parece —dijo Cándido de repente.
Se detuvieron. Era cierto, se escuchaba un tamtam de pasitos tras ellos.
—¡Quién va allí! —gritó el Rey.
—Soy sólo yo, Señor —repuso una voz—. Yo, el Enano Poggin. Acabo de arreglármelas para escapar de los demás. Yo estoy de tu lado, Señor, y del de Aslan. Si puedes poner una espada enana en mi puño, daré con gusto un buen golpe al lado tuyo antes de que todo haya terminado.
Todos se agruparon a su alrededor y le dieron la bienvenida y lo alabaron y lo felicitaron. Claro que un solo Enano no hacía gran diferencia, pero igualmente fue muy alentador tener siquiera uno. Todos se alegraron. Pero Jill y Eustaquio no se alegraron por mucho tiempo, porque se pusieron a bostezar hasta descarretillarse, demasiado cansados para pensar en otra cosa fuera de una cama.
Era la hora más fría de la noche, justo antes del amanecer, cuando llegaron de vuelta a la Torre. Si los hubiera esperado una cena preparada se la habrían comido con mucho gusto, pero ni pensar en la molestia y la demora de prepararla. Tomaron un poco de agua en un arroyo, se lavaron la cara, y se tendieron en sus literas, excepto Cándido y Alhaja, que dijeron que estarían más cómodos afuera. Quizás esto fue para mejor, pues un Unicornio y un Burro gordo y grande metidos adentro de la casa dan siempre la impresión de que una pieza está demasiado llena de gente.
Los Enanos narnianos, aunque su estatura sólo alcanza a un metro y veinte centímetros, son para su tamaño casi los más robustos y fuertes de todas las criaturas, de modo que Poggin, a pesar de un día tan pesado y una noche corta, despertó completamente descansado y antes que cualquiera de los demás. Al

instante tomó el arco de Jill, salió y cazó un par de palomas torcaces. Luego se sentó en los peldaños de la puerta a desplumarlas y a charlar con Alhaja y Cándido. Cándido se veía, y se sentía, muchísimo mejor esta mañana. Alhaja, por ser un Unicornio y por lo tanto uno de los animales más nobles y delicados, fue muy bondadoso con él, hablándole de cosas de esas que los dos podían entender, como pasto y azúcar y el cuidado de los cascos. Cuando Jill y Eustaquio salieron de la Torre bostezando y restregándose los ojos a eso de las diez y media, el Enano les mostró dónde podían recoger gran cantidad de una hierba narniana llamada Fresney Silvestre, que se parece algo a nuestra acederilla, pero de mucho mejor sabor cuando está cocida. (Se necesita un poco de mantequilla y pimienta para que quede perfecta, pero ellos no tenían nada de eso.) De manera que con esto y aquello, tuvieron los ingredientes para un magnífico guiso para su desayuno o cena, como prefieras llamarlo. Tirian se adentró un poco más en el bosque con un hacha y trajo algunas ramas para leña. Mientras se cocía la comida, lo que les pareció un tiempo larguísimo, en especial cuando comenzó a oler cada vez más apetitosa a medida que iba cocinándose, el Rey encontró un equipo completo de enano para Poggin: cota de malla, casco, escudo, espada, cinturón y puñal. Después examinó la espada de Eustaquio y se encontró con que Eustaquio la había vuelto a poner en su vaina toda sucia después de matar al calormene. Fue reprendido por eso y obligado a limpiarla y pulirla.

Todo esto sucedía en tanto Jill iba y venía, a veces revolviendo la olla y a veces mirando con envidia al Burro y al Unicornio que pastaban muy satisfechos. ¡Cuántas veces en aquella mañana deseó poder comer pasto!

Pero cuando la comida estuvo lista, pensaron que había valido la pena esperarla, y hubo repetición para todos. Una vez que hubieron comido hasta hartarse, los tres humanos y el Enano fueron a sentarse en el umbral de la puerta, los de cuatro patas se echaron frente a ellos, el Enano (con el permiso de Jill y de Tirian) encendió su pipa, y el Rey dijo:

—Me parece, amigo Poggin, que tú tienes más noticias sobre el enemigo que yo. Dinos todo lo que sepas. Y antes que nada, ¿qué historia cuentan sobre mi fuga?

—Un cuento tan ingenioso, Señor, como jamás se había inventado —respondió Poggin—. Fue el Gato Jengibre el que lo contó y es bien probable que él lo inventó también. Este Jengibre, Señor, ¡oh! , ese es un pícaro como jamás lo fue gato alguno, dijo que había pasado cerca del árbol a que esos villanos ataron a Su Majestad. Y dijo (con tu permiso) que tú aullabas y jurabas y maldecías a Aslan; “un lenguaje que no me gustaría repetir”, fueron sus palabras, y siempre con ese aspecto tan remilgado y formal, ya sabes, que puede adoptar un gato cuando quiere. Y después, dijo Jengibre, el propio Aslan se apareció de repente en el resplandor de un relámpago y se tragó a Su Majestad de un solo bocado. Todas las Bestias temblaron al oír esta historia y algunos se desmayaron ahí mismo. Y, por supuesto, el Mono le siguió la corriente. “Ahí tienen”, decía, “vean lo que hace Aslan a quienes no lo respetan. Que les sirva de advertencia”. Y las pobres criaturas gemían y se quejaban y decían: “sí nos servirá, sí nos servirá”. De modo que al fin y al cabo la fuga de Su Majestad no los ha obligado a pensar si tienes aún amigos leales que te ayuden, sino que solamente les ha producido más temor y más obediencia al Mono.

—¡Qué actitud diabólica! —exclamó Tirian—. Entonces este Jengibre piensa igual que el Mono.
—Ahora se trata más bien, Señor, de saber si el Mono *piensa* —replicó el Enano—. El Mono se ha puesto a beber, ¿entiendes? En mi opinión la conspiración la están manejando principalmente Jengibre o Rishda, el capitán calormene. Y creo que fueron unas palabras que Jengibre propaló entre los Enanos las principales culpables de la vil réplica que te dieron. Y te diré por qué. Una de esas espantosas asambleas acababa de terminar antenoche y ya había andado un buen trecho de camino a casa cuando me di cuenta de que había dejado olvidada mi pipa. Era una muy buena, una de mis viejas pipas favoritas, así que volví a buscarla. Mas antes de llegar al lugar donde había estado sentado (estaba negro como boca de lobo ahí), escuché una voz de gato que decía *Miau* y una voz de calormene que decía "aquí..., habla despacio", y me quedé inmóvil como si estuviera congelado. Y estos dos eran Jengibre y Rishda Tarkaan, como lo llaman. "Noble Tarkaan", dijo el Gato con esa voz sedosa que tiene. "Sólo quería saber con exactitud lo que ambos teníamos en la mente hoy acerca de que Aslan no significa *más* que Tash". "Sin duda, tú, el más sagaz de los gatos", dijo el otro, "has percibido lo que yo quería decir". "Quieres decir", dijo Jengibre, "que no existen tales personas, ninguna de las dos". "Todos los seres cultos lo saben", dijo el Tarkaan. "Entonces podemos entendernos", ronroneó el Gato. "¿También tú, igual que yo, te estás cansando un tanto del Mono?" "Un bruto estúpido y codicioso", dijo el otro, "pero hemos de utilizarlo por ahora. Tú y yo dispondremos todo sin que nadie sepa y haremos al Mono cumplir nuestra voluntad". "Y sería mejor, ¿no es cierto?", dijo Jengibre, "permitir a los narnianos más cultos participar en nuestros consejos: uno a uno, a medida que los hallemos aptos. Porque las Bestias que creen de verdad en Aslan podrían recobrar la fe en cualquier momento: y lo harán, si el Mono tontamente traiciona su secreto. Pero aquellos a quienes no les importa ni Aslan ni Tash, sino que sólo tienen interés en su propio provecho y en la recompensa que les dará el Tisroc cuando Narnia sea una provincia calormene, serán firmes". "Excelente, Gato", dijo el capitán. "Pero escógelos con mucho cuidado".
Mientras el Enano hablaba, el día parecía estar cambiando. Estaba asoleado cuando se sentaron. Ahora Cándido tiritaba. Alhaja movía la cabeza, desasosegado. Jill miró hacia arriba.
—Se está nublando —dijo.
—Y hace tanto frío —agregó Cándido.
—¡Demasiado frío, por el León! —exclamó Tirian, soplando sus manos—. Y ¡uf! ¿Qué olor tan fétido es ése?
—¡Puf! —jadeó Eustaquio—. Huele a cadáver. ¿Habrá por ahí un pájaro muerto en alguna cacería? ¿Y cómo no nos dimos cuenta antes?
Con gran agitación, Alhaja se puso de un salto en sus cuatro patas y señaló con su cuerno.
—¡Miren! —gritó—. ¡Mírenlo! ¡Miren, miren! Y entonces los seis lo vieron; y todos los semblantes expresaron la más profunda consternación.

VIII. QUE NOTICIAS TRAJO EL AGUILA

A la sombra de los árboles, al otro lado del claro, algo se movía. Se deslizaba

muy lentamente hacia el norte. A la primera mirada podías confundirlo con humo, porque era gris y podías ver a través suyo. Pero el olor a muerto no era el olor del humo. Por otra parte, esta cosa mantenía su forma en lugar de ondear y subir en espiral como habría hecho el humo. Tenía más o menos la figura de un hombre pero con cabeza de pájaro; de algún pájaro de presa con un pico corvo y cruel. Tenía cuatro brazos que levantaba por encima de la cabeza, estirándolos hacia el Norte como si quisiera abarcar toda Narnia en su abrazo; y sus dedos —los veinte— eran curvos igual al pico y tenía largas y puntudas garras de pájaro en cuenta de uñas. Flotaba encima del pasto en vez de caminar, y el pasto se aplastaba bajo él.

Con sólo darle una mirada Cándido lanzó un rebuzno que parecía un grito y se precipitó dentro de la Torre. Y Jill (que no era ninguna cobarde, como bien lo sabes) escondió la cara entre sus manos para no verlo. Los demás lo contemplaron quizás por un minuto, hasta que escapó flotando entre los árboles más frondosos a la derecha, y desapareció. Luego el sol salió nuevamente y las aves volvieron a cantar.

Todos empezaron a respirar normalmente otra vez y a moverse. Habían estado quietos como estatuas mientras la cosa fue visible.

—¿Qué era? —preguntó Eustaquio en un susurro.

—Yo lo he visto antes una vez —repuso Tirian—. Pero en esa ocasión estaba esculpido en piedra y cubierto de oro y sus ojos eran dos sólidos diamantes. Fue cuando yo era como de tu edad y había ido invitado a la corte del Tisroc en Tashbaan. El me llevó al gran templo de Tash. Allí lo vi, en una escultura colocada sobre el altar.

—¿Entonces esa..., esa cosa... era Tash? —preguntó Eustaquio.

Pero en lugar de responderle, Tirian puso su brazo por detrás de los hombros de Jill y dijo:

—¿Cómo te sientes tú, señora?

—B... bien —dijo Jill, quitando las manos de su pálida cara y tratando de sonreír—. Me siento muy bien. Es sólo que esa cosa me hizo marearme un poco.

—Parece, entonces —dijo el Unicornio—, que existe un verdadero Tash, después de todo.

—Sí —asintió el Enano—. Y ese tonto del Mono, que no creía en Tash, va a recibir mucho más de lo que esperaba. Invocó a Tash: Tash ha venido.

—¿Adónde se ha ido él..., eso..., la Cosa? —preguntó Jill.

—Hacia el norte, al centro de Narnia —respondió Tirian—. Ha venido a habitar entre nosotros. Lo han llamado y ha venido.

—Ja, ja, ja —rió el Enano, sobándose las manos peludas—. Será una sorpresa para el Mono. La gente no debía llamar a los demonios a menos que realmente crea lo que dice.

—Quién sabe si Tash será visible para el Mono —dijo Alhaja.

—¿Dónde se ha metido Cándido? —preguntó Eustaquio.

Todos se pusieron a gritarlo por su nombre y Jill dio la vuelta al otro lado de la Torre para ver si había ido allí. Ya estaban bastante cansados de buscarlo cuando por fin su grandota cabeza gris asomó cautelosamente por la puerta de entrada y dijo: “¿Se ha ido?” Y cuando finalmente consiguieron que saliera,

tiritaba como tirita un perro en una tormenta de truenos.
—Ahora me doy cuenta —dijo Cándido— de que he sido en realidad un burro muy malo. Jamás debí haber escuchado a Truco. Nunca pensé que empezaran a suceder cosas como ésta.
—Si hubieras gastado menos tiempo en decir que no eras listo y más tiempo tratando de ser lo más listo posible... —comenzó Eustaquio, pero Jill lo interrumpió:
—¡Oh, deja en paz al pobrecito Cándido! —dijo—. Todo fue un error, ¿no es cierto, Cándido querido? Y le besó la nariz.
Aunque bastante perturbados por lo que habían visto, volvieron a sentarse y reiniciaron su conversación.
Alhaja tenía poco que contar. Mientras estuvo prisionero pasó la mayoría del tiempo amarrado detrás del establo y, por supuesto, no oyó ninguno de los planes del enemigo. Lo habían pateado (él había pateado también en respuesta) y lo habían golpeado y amenazado de muerte a menos que dijera que creía que era Aslan al que sacaban y mostraban a la luz de la fogata cada noche. De hecho, iba a ser ejecutado esa misma mañana si no hubiera sido rescatado. No sabía qué le había pasado al Cordero.
El asunto que tenían que decidir era si irían al Cerro del Establo otra vez aquella noche a mostrarles a Cándido a los narnianos y a tratar de hacerlos comprender que habían sido engañados; o bien si deberían escabullirse hacia el este para reunirse con el grupo que traía el Centauro Perspicaz de Cair Paravel, y arremeter con sus tropas contra el Mono y sus calormenes. A Tirian le hubiera gustado mucho seguir el primer plan: odiaba la idea de dejar que el Mono siguiera intimidando a su gente por más tiempo todavía. Por otro lado, el comportamiento de los Enanos la noche anterior era una advertencia. Aparentemente, uno no podía estar seguro de cómo reaccionaría la gente aun si se les mostraba Cándido. Y también había que contar con los soldados calormenes. Poggin pensaba que debían ser unos treinta.
Tirian estaba cierto de que si todos los narnianos se ponían de su parte, él y Alhaja y los niños y Poggin (Cándido no contaba mucho) tendrían una buena posibilidad de vencerlos. Pero ¿qué pasaría si la mitad de los narnianos, incluyendo a todos los Enanos, se sentaban sencillamente a mirar?, ¿o si peleaban contra él? El riesgo era demasiado grande. Y para colmo, la nebulosa figura de Tash. ¿Qué iría a hacer?
Y además, como señaló Poggin, no haría gran daño dejar que el Mono continuara enfrentando sus propias dificultades por un par de días más. No tenía a Cándido para sacarlo y mostrarlo ahora. No era fácil imaginarse qué cuento tendrían que inventar él o Jengibre para explicarlo. Si las Bestias pedían noche tras noche ver a Aslan y no salía ningún Aslan, seguramente hasta los más simples comenzarían a sospechar.
Al último acordaron que lo mejor era marcharse y tratar de reunirse con Perspicaz.
Apenas tomada esta decisión, fue maravilloso ver lo animado que se sintió cada uno. No creo, honestamente, que se debiera a que le tuvieran miedo a una batalla (excepto quizás Jill y Eustaquio). Mas no me sorprendería que cada cual, muy dentro de su corazón, se sintiera contento de no tener que acercarse, o por lo

menos no todavía, a aquella horrible cosa con cabeza de pájaro que, visible o invisible, estaría ahora probablemente rondando el Cerro del Establo. Y como sea, uno siempre se siente mejor cuando ha logrado tomar una decisión.

Tirian dijo que era mejor sacarse los disfraces, ya que no quería que los confundieran con calormenes y que los atacara cualquier narniano leal con que pudieran encontrarse. El Enano hizo una hórrida mezcla de cenizas del fogón y grasa que sacó de un jarro y que servía para pulir espadas y puntas de lanzas. Después se quitaron la armadura calormene y bajaron al arroyo. La asquerosa mezcolanza hizo unas lavazas semejantes a las de un jabón suave; fue un espectáculo agradable y familiar ver a Tirian y a los dos niños arrodillados al lado del agua restregando la parte de atrás de sus cuellos, o resollando al ir sacándose las lavazas que los salpicaban. Luego regresaron a la Torre con sus caras enrojecidas y relucientes, con aspecto de personas que han tomado un buen baño, extraespecial, antes de ir a una fiesta. Se volvieron a armar al verdadero estilo narniano, con espadas rectas y escudos triangulares.

—A mi medida —dijo Tirian—. Así está mejor. Por fin me siento un hombre otra vez.

Cándido les imploró que le sacaran la piel de león. Dijo que era muy calurosa y que las arrugas que le producía en la espalda eran sumamente incómodas y que además lo hacía verse tan ridículo. Pero le dijeron que tendría que usarla un poco más, pues todavía necesitaban mostrarlo con ese disfraz a las demás Bestias, a pesar de que por ahora iban a ir primero al encuentro de Perspicaz.

No valía la pena llevarse lo que quedaba del guiso de paloma ni del de conejo, pero se llevaron algunas galletas. En seguida Tirian cerró la puerta de la Torre y así finalizó su estada en ella.

Era poco más de las dos de la tarde cuando partieron, y era aquel el primer día tibio de esa primavera. Las hojas nuevas parecían haber crecido desde ayer; se habían acabado las campanillas blancas, pero en cambio vieron numerosas primaveras. La luz del sol penetraba sesgada a través de los árboles, las aves cantaban y siempre (aunque generalmente sin verse) se escuchaba el ruido del agua. Era difícil pensar en cosas horribles, como Tash, por ejemplo. Los niños sentían que “esta es la verdadera Narnia, por fin”. Hasta el corazón de Tirian se aligeró a medida que caminaba delante de ellos, tarareando una vieja canción de marcha narniana, cuyo refrán decía:

Ea, redoble, redoble, redoble,
redoble el tambor al golpearlo.

Detrás del Rey venían Eustaquio y el Enano Poggin. Poggin le iba diciendo a Eustaquio los nombres de todos los árboles de Narnia, de los pájaros y de las plantas que él aún no conocía. A veces Eustaquio le decía cómo se llamaban en Inglaterra.

Detrás de ellos venía Cándido, y detrás de él Jill y Alhaja caminando muy juntos. Jill se había, como dirían ustedes, enamorado locamente del Unicornio. Pensaba, y no estaba tan equivocada, que era el animal más radiante, más delicado y más elegante que había visto jamás; y era tan amable y tan suave para hablar que, si no lo hubieras sabido, casi no creerías lo feroz y terrible que podía ser en una batalla.

—¡Oh, esto es delicioso! —dijo Jill—. Caminar así simplemente. Me

encantaría que hubiera más aventuras de *esta* clase. Es una lástima que siempre estén sucediendo tantas cosas en Narnia.

Pero el Unicornio le explicó que estaba totalmente equivocada. Dijo que los Hijos e Hijas de Adán y Eva habían sido traídos desde su extraño mundo a Narnia sólo las veces en que Narnia estuvo conmocionada o perturbada, pero ella no debía pensar que siempre fue así. Entre sus visitas hubo cientos y miles de años en que un rey pacifista sucedía a un rey pacifista hasta que casi no podían recordar sus nombres ni contarlos, y en realidad casi no había qué escribir en los Libros de Historia. Y siguió hablando de antiguas Reinas y héroes de los cuales ella no había oído hablar nunca. Habló de la Reina Cisneblanco que vivió en la época anterior a la Bruja Blanca y el Gran Invierno, que era tan bella que cuando se miraba en alguna poza del bosque la imagen de su rostro resplandecía en el agua como una estrella en la noche hasta un año y un día después. Habló de Luna del Bosque, la Liebre que tenía tan buen oído que podría sentarse cerca de la Poza del Caldero bajo el tronar de la gran catarata y escuchar lo que los hombres susurraban en Cair Paravel. Contó cómo el Rey Gale, el noveno descendiente de Francisco, el primero de los Reyes, había navegado muy lejos hacia los mares del Este y había liberado de un dragón a los habitantes de las Islas Desiertas y como, a su regreso, le habían regalado las Islas Desiertas para que formaran parte de las tierras del Rey de Narnia para siempre. Habló de siglos enteros durante los cuales todos eran tan felices en Narnia que los fabulosos bailes y festines, o máximo los torneos, eran las únicas cosas que podían recordarse, y cada día y cada semana eran mejor que los anteriores. Y a medida que proseguía, las imágenes de todos aquellos años dichosos, miles de ellos, se sucedían en la mente de Jill y era como mirar desde arriba de un cerro a una fértil y encantadora pradera llena de bosques y aguas y trigales, que se extendía alejándose más y más allá hasta volverse una línea muy fina y nebulosa debido a la distancia. Y Jill dijo:

—¡Ay, ojalá podamos ajustar cuentas con el Mono y volver a esos buenos tiempos normales. Y espero que después duren por siempre y siempre y siempre. *Nuestro* mundo va a tener fin algún día. Tal vez éste no. ¡Oh, Alhaja!, ¿no sería delicioso que Narnia siguiera siendo toda la vida como has dicho que era?

—No, hermanita —respondió Alhaja—, todos los mundos llegan a su fin; excepto el país de Aslan.

—Bueno, por lo menos —dijo Jill— supongo que el fin de éste será de aquí a millones de millones de millones de años...; ¿qué pasa?, ¿por qué te detienes?

El Rey y Eustaquio y el Enano miraban al cielo. Jill tembló, recordando los horrores que ya habían visto. Pero no era nada de ese estilo esta vez. Era algo pequeño y se veía negro contra el azul.

—Podría jurar —dijo el Unicornio—, por su manera de volar, que es un ave que habla.

—Pienso igual —dijo el Rey—. Pero ¿será amigo o un espía del Mono?

—Para mí, Señor —intervino el Enano—, tiene la apariencia de ser el Aguila Largavista.

—¡Hay que esconderse debajo de los árboles! —gritó Eustaquio.

—No —dijo Tirian—, mejor quedémonos quietos como rocas. Estoy cierto de que nos vería mejor si nos movemos.

—¡Miren! Está dando vueltas, ya nos ha visto —dijo Alhaja—. Está bajando

haciendo grandes círculos.
—La flecha en las cuerdas, dama —dijo Tirian a Jill—. Mas no dispares por ningún motivo hasta que yo te lo ordene. Podría ser amigo nuestro.
Si uno hubiera sabido lo que iba a suceder a continuación, habría sido un placer contemplar la gracia y facilidad con que aquel descomunal pájaro se deslizaba bajando. Aterrizó sobre un risco rocoso a pocos metros de Tirian, hizo una reverencia con su cabeza coronada de una cresta, y dijo con su extraña voz de águila: "Salud, Rey".
—Salud, Largavista —respondió Tirian—. Y ya que me llamas Rey, me inclino a creer que no eres un seguidor del Mono y su falso Aslan. Me alegro de que hayas venido.
—Señor —dijo el Aguila—, cuando oigas las noticias que te traigo lamentarás más mi venida que la del peor infortunio que jamás hayas sufrido.
El corazón de Tirian pareció cesar de latir ante estas palabras, pero apretó los dientes y dijo: "Dímelo todo".
—Dos espectáculos he visto —dijo Largavista—. Uno era Cair Paravel lleno de narnianos muertos y calormenes vivos: la bandera del Tisroc flameando por encima de tus reales almenas; y tus súbditos huían de la ciudad, para acá y para allá, hacia los bosques. Cair Paravel fue tomado desde el mar. Veinte grandes barcos calormenes atracaron en la oscuridad de la noche.
Nadie pudo hablar.
—Y la otra escena, cinco leguas más cerca que Cair Paravel: Perspicaz, el Centauro, yacía muerto con una flecha calormene en su costado. Estuve con él en sus últimas horas y me dio este mensaje para Su Majestad: recordar que todos los mundos llegan a su fin y que una muerte noble es un tesoro que nadie es tan pobre que no pueda comprar.
—Entonces —dijo el Rey tras un largo silencio—, Narnia ya no existe más.

IX. LA GRAN ASAMBLEA EN EL CERRO DEL ESTABLO

Durante largo rato no pudieron hablar ni derramar tan siquiera una lágrima. Luego el Unicornio pateó en el suelo con su casco, agitó sus crines y habló.
—Señor —dijo—. Ya no tenemos necesidad de celebrar consejo. Entendemos que los planes del Mono calaban más hondo de lo que jamás soñamos. No hay duda que llevaba largo tiempo en tratos secretos con el Tisroc y, tan pronto encontró la piel de león, le mandó decir que tuviera preparada su armada para invadir Cair Paravel y toda Narnia. Lo único que nos resta a nosotros siete es volver al Cerro del Establo, proclamar la verdad, y aceptar la prueba que Aslan nos envía. Y si acaso, por un gran prodigio, vencemos a esos treinta calormenes que acompañan al Mono, volveremos acá otra vez y moriremos en la batalla contra las huestes enemigas que pronto saldrán de Cair Paravel.
Tirian movió la cabeza, asintiendo. Mas se volvió a los niños y dijo:
—Amigos, es hora que ustedes se vayan de aquí a su propio mundo. Sin duda han hecho todo lo que tenían que hacer.
—Pe..., pero no hemos hecho nada —balbuceó Jill, estremeciéndose, no exactamente de miedo, sino porque todo era tan horrible.
—No —dijo el Rey—, ustedes me desataron del árbol; tú te deslizaste

furtivamente como una serpiente delante de mí anoche en el bosque y trajiste a Cándido; y tú, Eustaquio, mataste a tu enemigo. Pero son demasiado jóvenes para compartir un fin tan sangriento como el que nosotros debemos enfrentar esta noche o, quizá, dentro de tres días más. Les suplico..., no, se los ordeno... que vuelvan a su patria. Me cubriría de vergüenza si permito que dos guerreros tan jóvenes caigan en la batalla a mi lado.

—No, no, no —protestó Jill (muy pálida al comenzar a hablar y luego, súbitamente, muy encendida y después blanca otra vez)—. No nos iremos, y no me importa lo que digas. No nos separaremos de ti pase lo que pase, ¿no es cierto, Eustaquio?

—Sí, pero no hay para qué exaltarse tanto —respondió Eustaquio, que había hundido las manos en sus bolsillos (olvidando lo raro que te ves así cuando usas una camisa de malla)—. Porque, ya ves, no tenemos otra alternativa. ¿Qué sacamos con hablar de regresar? ¿Cómo? ¡No tenemos magia para hacerlo!

Lo que dijo era de muy buen sentido pero, de momento, Jill aborreció a Eustaquio por decirlo. Era muy aficionado a mostrarse tremendamente flemático cuando otra persona se emocionaba.

Cuando Tirian comprendió que los dos extranjeros no podían volver a casa (a menos que Aslan los hiciera desaparecer repentinamente), quiso que entonces se fueran a Archenland cruzando las montañas del sur, pues allí podrían quizás estar a salvo. Pero ellos no sabían el camino y no había a quién mandar para guiarlos. Además, como dijo Poggin, una vez que los calormenes hubieran conquistado Narnia seguramente tomarían Archenland en un par de semanas: el Tisroc siempre quiso que ambos países norteños fueran suyos. Al final, Eustaquio y Jill rogaron con tal ahínco que Tirian dijo que podían ir con él y enfrentarse al peligro, o, como él lo llamaba mucho más sensatamente, "la prueba que Aslan les enviara".

La primera idea del Rey era que no volvieran al Cerro del Establo —les enfermaba su solo nombre— hasta que estuviera oscuro. Pero el Enano les dijo que si llegaban allí de día probablemente encontrarían el lugar desierto, o a lo más a algún centinela calormene. Las Bestias estaban demasiado asustadas por lo que el Mono y Jengibre les decían sobre este nuevo Aslan furioso —o Tashlan— como para acercarse cuando no eran convocados a aquellas horribles reuniones a medianoche. Y los calormenes no eran aficionados a andar por los bosques. Poggin opinaba que, incluso, de día podrían fácilmente llegar a alguna parte detrás del establo sin ser vistos. Esto sería mucho más difícil a la caída de la noche, cuando el Mono podría estar congregando a las Bestias y todos los calormenes estarían de servicio. Y cuando comenzara la reunión podrían dejar a Cándido detrás del establo, sin que nadie lo pudiera ver, hasta el momento en que ellos quisieran presentarlo. Esto era evidentemente lo mejor: pues la única oportunidad que tenían era tomar a los narnianos por sorpresa.

Todos estuvieron de acuerdo y el grupo se puso en marcha con un nuevo rumbo, noroeste, en dirección al aborrecido Cerro. A veces el Aguila volaba de aquí para allá por encima de ellos, a veces se posaba sobre el lomo de Cándido. Nadie, ni siquiera el Rey, salvo en alguna gran emergencia, habría soñado en *montar* el Unicornio.

Esta vez Jill y Eustaquio caminaban juntos. Se habían sentido muy valientes cuando habían rogado que les permitieran ir con los demás, pero ahora no se

sentían valientes ni en lo más mínimo.
—Pole —dijo Eustaquio en un susurro—. Tengo que decirte que siento un nudo en el estómago.
—*Tú* no tienes problemas, Scrubb —replicó Jill—. Tú sabes pelear. Pero yo..., yo estoy temblando, si quieres saber la verdad.
—¡Ah!, temblar no es nada —dijo Eustaquio—. Yo siento que voy a vomitar.
—No digas *esas* cosas, por todos los cielos —exclamó Jill.
Continuaron en silencio por un par de minutos.
—Pole —dijo Eustaquio de pronto.
—¿Qué? —dijo ella.
—¿Qué pasará si nos matan aquí?
—Bueno, nos moriremos, supongo.
—Sí, pero quiero decir ¿qué pasará en nuestro mundo? ¿Despertaremos y nos encontraremos de vuelta en el tren? ¿O desapareceremos sin más y jamás se sabrá de nosotros? ¿O moriremos en Inglaterra?
—¡Qué atroz! Nunca pensé en eso.
—¡Les parecerá tan raro a Pedro y a los demás si nos ven haciéndoles señas desde la ventana y luego cuando llega el tren, no hay nadie! O si encuentran dos..., quiero decir, si nos morimos allá en Inglaterra.
—¡Uf! —exclamó Jill—. Qué idea tan horrorosa.
—No sería horrorosa para *nosotros* —contestó Eustaquio—. *Nosotros* no estaríamos ahí.
—Casi me gustaría..., no, no me gustaría; sin embargo... —dijo Jill.
—¿Qué ibas a decir?
—Iba a decir que me gustaría que no hubiéramos venido. Pero no me gustaría, no me gustaría, no me gustaría. Aunque nos maten. Prefiero morir peleando por Narnia que hacerme vieja y ponerme estúpida en mi casa y tal vez andar en silla de ruedas y terminar muriéndome igual.
—¡O morir en un accidente en los ferrocarriles británicos!
—¿Por qué dices eso?
—Bueno, cuando sentimos ese espantoso sacudón, el que parece que nos arrojó en Narnia, pensé que *era* el comienzo de un accidente de tren. Por eso me alegré tanto de que en cambio nos encontráramos aquí.
Mientras Jill y Eustaquio conversaban así, los otros discutían sus planes y empezaban a sentirse menos abatidos. Era porque ahora iban pensando en lo que debían hacer esa misma noche y el recuerdo de lo que había pasado en Narnia, el recuerdo de que toda su gloria y sus alegrías habían terminado, había sido relegado al fondo de sus mentes. En cuanto dejaran de hablar podría volver otra vez y hacerlos sentirse desdichados nuevamente; y seguían hablando. En realidad, Poggin estaba muy contento con la labor que habían de cumplir esa noche. Estaba cierto de que el Jabalí y el Oso, y tal vez todos los Perros, se pondrían de su parte inmediatamente. Y no podía creer que los demás Enanos permanecieran fieles a Griffle. Y luchar a la luz del fuego, entrando y saliendo de en medio de los árboles, sería una ventaja para el bando más débil. Y entonces, si lograban vencer esta noche ¿era realmente necesario sacrificar sus vidas enfrentando al poderoso ejército calormene unos días más tarde?
¿Por qué no ocultarse en los bosques, o incluso allá en el Yermo del Oeste

detrás de la gran catarata y quedarse viviendo allí como proscritos? Y gradualmente se irían fortaleciendo, porque las Bestias que Hablan y los archenlandeses se les irían uniendo día a día. Y al fin saldrían de su escondite y barrerían a los calormenes (que para ese entonces se habrían vuelto descuidados) del territorio y Narnia resucitaría. ¡Después de todo, sería algo muy semejante a lo que había sucedido en los tiempos del Rey Miraz!

Tirian escuchó todo y pensó: "Pero ¿y Tash?" y sintió dentro de sí el presentimiento de que nada de esto iba a ocurrir. Pero no lo dijo.

Claro que al acercarse al Cerro del Establo todos callaron. Y entonces empezó la parte verdaderamente delicada del asunto. Desde el momento en que divisaron por vez primera el Cerro hasta el momento en que llegaron a la parte de atrás del Establo, demoraron casi dos horas. Es algo que no se puede describir en forma apropiada a menos que escribiera páginas de páginas sobre el tema. Ir de cualquier lugar donde estaban a cubierto al próximo era una aventura aparte, y hubo largas esperas entremedio, y varias falsas alarmas. Si eres un buen Scout o una buena Guía, entenderás muy bien lo que era eso. Al acercarse el ocaso, se encontraban todos a salvo en medio de un grupo de acebos a unos quince metros detrás del Establo. Mordisquearon unas pocas galletas y se tendieron.

Luego vino la parte peor, la espera. Por suerte para los niños, ellos pudieron dormir un par de horas, pero despertaron, por supuesto, cuando la noche empezó a enfriar, y lo que es peor, despertaron muertos de sed y sin la menor posibilidad de beber algo. Cándido permanecía de pie, tiritando un poco de nerviosidad, sin decir nada. Mas Tirian, con su cabeza apoyada en el anca de Alhaja, durmió profundamente, como si hubiese estado en su real lecho en Cair Paravel, hasta que el sonar de un gong lo despertó y se sentó y vio que había una fogata al otro lado del Establo y comprendió que había llegado la hora.

—Bésame, Alhaja —dijo—. Pues estoy seguro de que esta es nuestra última noche sobre la tierra. Y si alguna vez te ofendí en algo importante o en algo insignificante, perdóname.

—Querido Rey —dijo el Unicornio—, casi desearía que lo hubieras hecho, para así poder perdonarte. Adiós. Hemos conocido grandes alegrías juntos. Si Aslan me diera a escoger, no elegiría otra vida distinta de la vida que he llevado ni otra muerte que la que vamos a tener.

Después despertaron a Largavista, que dormía con su cabeza bajo el ala (lo que lo hacía parecer como si no tuviese cabeza), y se arrastraron hasta el Establo. Dejaron a Cándido (no sin decirle una palabra amable, pues nadie estaba enojado con él ahora) justo detrás de él, con instrucciones de que no se moviera hasta que alguien viniera a buscarlo, y tornaron su posición a un extremo del Establo.

La fogata, recién encendida, comenzaba a arder. Estaba a sólo unos escasos pasos de ellos, y las innumerables criaturas narnianas se encontraban al otro lado del fuego, de modo que al principio Tirian no pudo verlas bien, aunque claro que vio decenas de ojos brillando con el reflejo del fuego, como habrás visto los ojos de un conejo o de un gato brillar con las luces delanteras de un auto. Y justo cuando Tirian se colocó en su lugar, el gong dejó de golpear y de alguna parte a su izquierda aparecieron tres siluetas. Una era Rishda Tarkaan, el capitán calormene. La segunda era el Mono. El Tarkaan lo llevaba tomado de la mano y el Mono no cesaba de gemir y refunfuñar: "No tan rápido, no vayas tan rápido, no me siendo

nada de bien. ¡Ah, mi pobre cabeza! ¡Estas reuniones a medianoche me están matando! Los Monos no estamos habituados a la vida nocturna; no es como si yo fuera una rata o un murciélago..., ¡ah, mi pobre cabeza!“ Al otro lado del Mono, caminando suave y majestuosamente, con su cola parada al aire, iba el Gato Jengibre. Se dirigían a la fogata y pasaron tan cerca de Tirian que habrían podido verlo de inmediato si hubieran mirado en la dirección correcta. Afortunadamente no lo hicieron. Pero Tirian oyó a Rishda decir a Jengibre en voz baja:
—Ahora, Gato, a tu puesto. Trata de interpretar bien tu papel.
—Miau, miau. Cuenta conmigo —repuso Jengibre.
Y se fue más allá de la fogata y se sentó en la fila delantera de la asamblea de Bestias; del auditorio, podrías decir.
Porque realmente, cómo ocurrió todo esto, era semejante a estar en un teatro. La multitud de narnianos era como la gente de la platea; el pequeño sitio cubierto de hierba frente al Establo, donde ardía el fuego y donde el Mono y el capitán se paraban para hablar a la gente, era como el escenario; el Establo mismo era el decorado al fondo del proscenio; y Tirian y sus amigos, como esa gente que se asoma por detrás de las bambalinas. Era una posición espléndida. Si alguno de ellos daba un paso hacia adelante a la luz del fuego, todos los ojos se clavarían en él de inmediato; por otra parte, mientras permanecieran inmóviles a la sombra del final de la pared del establo, tenían cien posibilidades contra una de que notaran su presencia.
Rishda Tarkaan arrastró al Mono cerca del fuego. Ambos se volvieron de cara a la muchedumbre, y esto significó, por supuesto, que daban la espalda a Tirian y sus amigos.
—Ahora, Monicaco —dijo Rishda Tarkaan en voz baja—, di las palabras que cabezas más sabias que la tuya han puesto en tu boca. Y levanta la cara.
Mientras decía esto le dio al Mono un empujón o un puntapié por detrás.
—Déjame solo —musitó Truco. Pero se sentó más derecho y comenzó a decir, en voz más alta:
—Escúchenme, todos ustedes. Ha pasado algo terrible. Una cosa muy mala. Lo más atroz que se ha hecho en Narnia. Y Aslan...
—Tashlan, idiota —susurró Rishda Tarkaan.
—Tashlan, quiero decir, por supuesto —prosiguió el Mono—, está furioso.
Hubo un silencio tremendo en tanto las Bestias esperaban saber qué nuevas desgracias les aguardaban. El grupito al final del muro del Establo también contuvo el aliento. ¿Qué diablos iba a ocurrir ahora?
—Sí —continuó el Mono—. En este mismo instante, cuando el propio Temible está entre nosotros, allá en el Establo justo detrás de mí, una perversa Bestia ha preferido hacer lo que ustedes creerían que nadie osaría hacer, incluso si *El* estuviera a miles de kilómetros de distancia. Se ha disfrazado con una piel de león y se pasea por estos mismos bosques simulando ser Aslan.
Jill se preguntó por un momento si el Mono se había vuelto loco. ¿Iría a decir toda la verdad? Un rugido de horror y rabia resonó entre las Bestias.
—Grrr —gruñían—. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¡Deja que le incruste mis dientes!
—Lo vieron anoche —gritó el Mono—, pero escapó. ¡Es un burro! ¡Un miserable y vulgar Asno! Si alguno de ustedes ve a ese Asno...

—¡Grrr! —gruñeron las Bestias—. Lo encontraremos, lo encontraremos. Más le vale no cruzarse por nuestro camino.

Jill miró al Rey: tenía la boca abierta y en su cara una expresión de horror. Y entonces ella comprendió el diabólico ingenio del plan de sus enemigos. Juntando un poco de verdad a su mentira, habían conseguido hacer mucho más fuerte su engaño. ¿De qué les valdría, ahora, decir a las Bestias que un asno había sido disfrazado de león para engañarlos? Sólo conseguirían que el Mono dijera: "Tal como les dije". ¿Qué ganaban con mostrarles a Cándido en su piel de león? Sólo que lo hicieran pedazos. "Nos liquidaron", murmuró Eustaquio. "Nos ganaron el quien vive", dijo Tirian. "¡Maldito, maldito ingenio!", exclamó Poggin. "Apostaría a que esta nueva mentira es invento de Jengibre".

X. ¿QUIEN ENTRARA AL ESTABLO?

Jill sintió que algo le hacía cosquillas en la oreja. Era Alhaja, el Unicornio, susurrándole algo con el amplio susurro de un hocico de caballo. Apenas oyó lo que decía, ella asintió con la cabeza y volvió en punta de pies hasta el lugar donde se encontraba Cándido. Rápidamente y sin hacer ruido cortó las últimas cuerdas que ataban a él la piel de león. ¡No sería nada de bueno para él que lo cogieran con *eso* puesto, después de lo que había dicho el Mono! Le habría gustado poder esconder la piel en algún lugar lejano, pero era demasiado pesada. Lo mejor que pudo hacer fue enviarla de un puntapié en medio de los arbustos más espesos. Luego hizo señas a Cándido para que la siguiera y juntos se reunieron con los demás.

El Mono estaba hablando nuevamente.

—Y después de una cosa tan horrible, Aslan..., Tashlan... está más enojado que nunca. Dice que ha sido demasiado bondadoso con ustedes, ¡saliendo cada noche para que lo miren, habráse visto! Y bien, no volverá a salir nunca más.

Berridos, maullidos, chillidos y gruñidos fueron la respuesta de los Animales a estas palabras, pero repentinamente una voz muy diferente rompió en una pesada carcajada.

—¡Qué cosas dice el monicaco ese! —gritó alguien—. Sabemos por qué no va a traer a su precioso Aslan para afuera. Yo les diré por qué: porque no lo tiene. Nunca tuvo más que un viejo burro con una piel de león en el lomo. Ahora ha perdido eso y no sabe qué hacer.

Tirian no alcanzaba a ver claramente las caras que estaban al otro lado del fuego, pero supuso que sería Griffle, el Enano jefe. Y tuvo la plena certeza cuando, un segundo más tarde, las voces de todos los Enanos se le unían, cantando:

—¡No sabe qué hacer! ¡No sabe qué hacer! ¡No sabe qué hacer-e-e-er!

—¡Silencio! —tronó Rishda Tarkaan—. ¡Silencio, hijos del barro! Escúchenme todos los demás narnianos, o si no ordenaré a mis guerreros que caigan sobre ustedes con el filo de sus espadas. El señor Truco ya les ha dicho lo de aquel perverso Asno. ¿Piensan por su culpa que no hay un *verdadero* Tashlan en el Establo? ¿Lo creen así? Tengan cuidado, tengan cuidado.

—No, no —gritó la mayoría de la muchedumbre. Pero los Enanos dijeron:

—Tienes razón, Negrito, diste en el clavo. Ea, Monicaco, muéstranos lo que hay en el Establo; ver para creer.

Cuando por fin hubo un momento de silencio, el Mono dijo:
—Ustedes Enanos se creen muy inteligentes, ¿no es cierto? Pero no vayan tan de prisa. Yo jamás dije que no podían ver a Tashlan. El que quiera puede verlo.
Toda la asamblea guardó silencio. Luego, al cabo de casi un minuto, el Oso comenzó a decir, con una lenta, perpleja voz:
—Yo no entiendo muy bien todo esto —se quejó—, pensé que habías dicho...
—*¡Pensaste!* —repitió el Mono—. Como si alguien pudiera llamar *pensar* a eso que pasa por tu cabeza. Escúchenme los demás. Cualquiera puede ver a Tashlan. Pero él no va a salir. *Ustedes* tienen que entrar a verlo.
—¡Oh, gracias, gracias, gracias! —dijeron decenas de voces—. ¡Eso es lo que queríamos! Podemos entrar y verlo cara a cara. Y ahora va a ser bondadoso y todo será como siempre ha sido.
Y los Pájaros parloteaban, y los Perros ladraban excitados. Súbitamente hubo una gran conmoción y una batahola de criaturas que se ponían de pie, y en un segundo el grupo entero se habría precipitado y entrado, todo el gentío, por la puerta del Establo. Pero el Mono gritó:
—¡Regresen! ¡Tranquilos! ¡No se apuren tanto!
Las Bestias se detuvieron, muchas con una pata en el aire, muchas moviendo la cola, y todas con sus cabezas ladeadas.
—Pensé que habías dicho —comenzó el Oso, pero Truco lo interrumpió.
—Todos pueden entrar —dijo—. Pero uno por uno. ¿Quién irá primero? El no ha *dicho* que fuera a portarse muy amable. Se ha estado lamiendo mucho los labios desde que se tragó al malvado Rey la otra noche. Ha gruñido bastante esta mañana. Yo personalmente no tengo nada de ganas de entrar al Establo esta noche. Pero hagan lo que quieran. ¿Quién quiere entrar primero? No me culpen a mí si se los traga enteros o los hace cenizas con el mero terror de su mirada. Es asunto de ustedes. ¡Ya, pues! ¿Quién primero? ¿Acaso alguno de los Enanos?
—¡Corran, corran, vengan a que los maten! —se burló Griffle—. ¿Cómo sabremos qué tienes ahí adentro?
—¡Ajá! —gritó el Mono—. ¿De modo que comienzas a creer que hay *algo* ahí, eh? Bueno, todas ustedes, Bestias, hacían mucho ruido hace un minuto. ¿Qué las ha enmudecido repentinamente? ¿Quién va a entrar primero?
Pero todas las Bestias se quedaron mirándose unas a otras y principiaron a alejarse del Establo. Se movían muy pocas colas ahora. El Mono se contoneaba de acá para allá, mofándose de ellas.
—¡Ja, ja, ja! —reía entre dientes—. ¡Pensé que tenían ansias de ver a Tashlan cara a cara! Cambiaron de opinión, ¿eh?
Tirian inclinó la cabeza para oír algo que Jill trataba de susurrar en su oído.
“¿Qué piensas que habrá realmente dentro del Establo?”, dijo ella. “Quién sabe”; dijo Tirian.
“Dos calormenes con sus espadas desenvainadas, lo más probable, uno a cada lado de la puerta”. “¿No crees —preguntó Jill— que podría ser..., ya sabes..., esa cosa horrorosa que vimos?” “¿El propio Tash?” —susurró Tirian— ”Quién sabe. Pero, valor, niña: estamos todos en las patas del verdadero Aslan”.
Entonces sucedió lo más sorprendente. El Gato Jengibre dijo con voz fría y clara, sin mostrar ninguna emoción: “Yo iré, si quieren”.
Todas las criaturas se volvieron y clavaron sus ojos en el Gato.

—Observa su astucia, Señor —dijo Poggin al Rey—. Este maldito gato está en el complot, en el centro de él. Lo que sea que haya en el Establo no le hará daño a él. Te lo apuesto. Luego Jengibre saldrá y dirá que ha visto algo maravilloso.

Pero Tirian no tuvo tiempo de contestarle. El Mono llamaba al Gato adelante.

—¡Ajá! —exclamó el Mono—, de modo que tú, un minino impertinente, vas a verlo a El cara a cara. ¡Entra, entonces! Te abriré la puerta. No me culpes si El te arranca los bigotes. Es problema tuyo.

Y el Gato se paró y dejó su lugar en medio de la multitud caminando remilgada y elegantemente, con su cola al aire; ni un solo pelo de su lustrosa piel estaba fuera de su lugar. Se adelantó hasta cruzar al otro lado de la fogata y pasó tan cerca, que Tirian, desde donde se encontraba con su hombro apoyado contra el final de la muralla del Establo, pudo mirarlo derecho a la cara. Sus grandes ojos verdes no parpadeaban siquiera. (“Fresco como un pepino”, susurró Eustaquio. *“El* sabe que no tiene nada que temer”). El Mono, riendo sardónicamente y haciendo morisquetas, caminó arrastrando los pies al lado del Gato; levantó la mano, sacó el pestillo y abrió la puerta. Tirian pensó que podía oír al Gato ronronear a medida que avanzaba hacia la oscura puerta de entrada.

—¡Aiii-aii-auuu!...

El más espantoso chillido que hayas escuchado jamás hizo que todos saltaran. A ti te han despertado gatos peleando o enamorando arriba de los tejados en medio de la noche: tú conoces ese sonido.

Este fue peor. El Mono quedó patas arriba al chocar con Jengibre, que salía del Establo a toda velocidad. Si no supieras que era un gato, habrías pensado que era un relámpago color rojizo. Cruzó disparado el claro de pasto, de vuelta en medio de la multitud. A nadie le gusta encontrarse con un Gato en ese estado. Podías ver como los animales se apartaban de su camino, a izquierda y a derecha. Se trepó a un árbol, moviéndose con gran rapidez, y se quedó colgando cabeza abajo. Su cola estaba tan erizada que parecía del mismo grosor de su cuerpo; sus ojos semejaban platillos de fuego verde; a lo largo de su lomo cada uno de sus pelos estaba parado.

—Daría lo que más quiero —murmuró Poggin— por saber si ese bruto está simplemente actuando o si realmente encontró algo ahí que lo ha aterrorizado.

—Calma, amigo —dijo Tirian, pues el capitán y el Mono también estaban susurrando y él quería escuchar lo que decían. No tuvo éxito, salvo que escuchó una vez más al Mono quejarse: “Mi cabeza, mi cabeza”, pero tuvo la impresión que aquellos dos estaban casi más asombrados que él con el comportamiento del gato.

—Basta, Jengibre —dijo el capitán—. Basta de tanto barullo. Diles lo que has visto.

—aau... aauua —aulló el Gato.

—¿No se les llama a ustedes Bestias que *Hablan?* —preguntó el capitán—. Entonces acaba con ese endemoniado ruido y habla.

Lo que vino a continuación fue sumamente horripilante. Tirian tuvo la plena seguridad (igual que los demás) que el Gato trataba de decir algo: pero de su boca no salía nada, excepto los ordinarios y feos ruidos gatunos que puedes escuchar hacer, cuando está enojado o asustado, a cualquier viejo Tom en un patio de Inglaterra. Y mientras más chillaba menos parecía una Bestia que Habla. Inquietos

gimoteos y cortos y agudos chillidos estallaron en medio de los otros Animales.
—¡Miren, miren! —dijo la voz del Jabalí—. No puede hablar. ¡Se ha olvidado de hablar! Ha vuelto a ser una bestia muda. Miren su cara.
Todos pudieron comprobar que era cierto. Y entonces el terror más inconmensurable se apoderó de esos narnianos. Pues a cada uno de ellos se les había enseñado, cuando eran nada más que un pollito o un perrito o un cachorro, que Aslan al comienzo del mundo había hecho de las bestias de Narnia Bestias que Hablan y les había advertido que si no eran buenas podrían algún día volver atrás nuevamente a ser como los pobres animales sin inteligencia que uno encuentra en otros países. "Y ahora se está cumpliendo", gimieron.
—¡Misericordia! ¡Misericordia! —suplicaban las Bestias—. Ten compasión de nosotros, señor Truco, intercede por nosotros ante Aslan, tienes que ir a hablarle por nosotros. No nos atrevemos, no nos atrevemos.
Jengibre desapareció en lo alto del árbol. Nadie volvió a verlo nunca más.
Tirian permanecía con la mano en la empuñadura de su espada y su cabeza ladeada. Se sentía aturdido con el horror de aquella noche. A veces pensaba que sería mejor sacar la espada al instante y cargar sobre los calormenes; pero al momento siguiente pensaba que sería mejor esperar y ver qué nuevo giro tomaban los acontecimientos. Y el nuevo giro no se hizo esperar.
—Padre mío —dijo una voz clara y resonante que venía de la izquierda de la muchedumbre.
Tirian supo de inmediato que el que hablaba era uno de los calormenes, ya que en el ejército del Tisroc los soldados rasos llaman a los oficiales "Mi Amo", pero los oficiales llaman a sus oficiales superiores "Padre mío". Jill y Eustaquio no lo sabían, pero después de mirar a todos lados vieron al que habló, porque por supuesto la gente que estaba a los lados era más fácil de ver que la gente del medio donde el resplandor del fuego oscurecía todo lo que se encontraba detrás. Era joven y alto y esbelto, y bastante buenmozo dentro del estilo oscuro y altanero de los calormenes.
—Padre mío —le dijo al capitán—. Yo también deseo entrar.
—Calla, Emeth —respondió el capitán—. ¿Quién te ha pedido tu opinión? ¿De cuándo acá un muchacho puede hablar en un consejo?
—Padre mío —dijo Emeth—. Es cierto que soy más joven que tú, pero soy también de sangre de Tarkaanes como tú, y también soy un siervo de Tash. Por lo tanto...
—Silencio —dijo Rishda Tarkaan—. ¿No soy tu capitán? No tienes nada que ver con este Establo. Es para los narnianos.
—No, Padre mío —contestó Emeth—. Tú has dicho que el Aslan de ellos y nuestro Tash eran uno solo. Y si eso es verdad, entonces es Tash el que está allá adentro. Y entonces, ¿cómo dices que yo no tengo nada que ver con El? Si yo moriría con gusto miles de muertes si puedo ver por una vez la cara de Tash.
—Eres un idiota y no entiendes nada —replicó Rishda Tarkaan—. Estos son asuntos delicados.
El rostro de Emeth mostró una expresión más obstinada.
—¿Entonces no es verdad que Tash y Aslan son uno solo? —preguntó—. ¿El Mono nos ha mentido?
—Por supuesto que son uno solo —dijo el Mono.

—Júralo, Mono —dijo Emeth.

—¡Hasta cuando! —se quejó Truco—. Ojalá dejaran de molestarme. ¿No ven que me duele la cabeza? Sí, sí, lo juro.

—Entonces, Padre mío —dijo Emeth—, estoy absolutamente decidido a entrar.

—Imbécil —empezó a decir Rishda Tarkaan, pero en ese mismo momento los Enanos comenzaron a gritar:

—Vamos, Negrito. ¿Por qué no lo dejas entrar? ¿Por qué permites entrar a los narnianos y dejas a tu propia gente afuera? ¿Qué tienes ahí dentro que no quieres que lo vean tus propios hombres?

Tirian y sus amigos podían ver sólo la espalda de Rishda Tarkaan, de manera que jamás supieron cuál fue la expresión de su cara cuando se encogió de hombros y dijo:

—Todos son testigos de que yo soy inocente de la sangre de este joven idiota. Entra, muchacho imprudente, y date prisa.

Entonces, tal como había hecho Jengibre, Emeth se encaminó hacia la ancha franja de hierba entre la fogata y el Establo. Sus ojos brillaban, su rostro estaba muy serio, tenía la mano apoyada en el puño de su espada, y llevaba la cabeza erguida. Jill casi se puso a llorar cuando miró su cara. Y Alhaja susurró en el oído del Rey: “Por la Melena del León, casi siento cariño por este joven guerrero, aunque sea calormene. Se merece un dios mejor que Tash”.

—Me gustaría tanto saber lo que hay realmente ahí dentro —dijo Eustaquio.

Emeth abrió la puerta y entró a la negra boca del Establo. Cerró la puerta detrás de él. Pasaron sólo unos pocos momentos, pero que parecieron mucho más largos, antes de que la puerta se abriera nuevamente. Una figura con armadura calormene salió con paso vacilante, cayó de espaldas y quedó inmóvil; la puerta se cerró detrás suyo. El capitán dio un salto hacia adelante y se inclinó a mirar su cara. Hizo un gesto de sorpresa. Luego se recuperó y volviéndose hacia la multitud, gritó:

—El muchacho imprudente ha cumplido su voluntad. Ha mirado a Tash y ha muerto. Que les sirva de advertencia a todos ustedes.

—Nos servirá, nos servirá —dijeron las pobres Bestias.

Mas Tirian y sus amigos contemplaron primero al calormene muerto y luego se miraron unos a otros. Porque ellos, como estaban tan cerca, pudieron ver lo que la multitud, que se encontraba muy alejada y detrás del fuego, no pudo ver: este hombre muerto no era Emeth. Era muy distinto: un hombre más viejo, más robusto y no tan alto, con una larga barba.

—Jo, jo, jo —rió el Mono burlonamente—. ¿Alguien más? ¿Nadie quiere entrar? Bueno, como son tan tímidos, yo escogeré al próximo. ¡Tú, tú Jabalí! Ven para acá. Tráiganlo, calormenes. El *verá* a Tash cara a cara.

—Animo —gruñó el Jabalí, levantándose pesadamente—. Vengan, pues. Prueben mis colmillos.

Cuando Tirian vio a aquel valiente Jabalí dispuesto a luchar por su vida, y a los soldados calormenes cercándolo con sus cimitarras desenvainadas, y vio que nadie iba en su ayuda, algo pareció estallar dentro de él. No le importó más si era el mejor momento para intervenir o no.

—Afuera las espadas —susurró a los otros—. La flecha en el arco. Síganme.

En seguida, los atónitos narnianos vieron siete personajes que se lanzaban hacia adelante frente al Establo, cuatro de ellos vestidos con relucientes mallas. La espada del Rey relampagueaba a la luz del fuego al blandirla por sobre su cabeza, mientras gritaba con voz potente:
—Aquí estoy yo, Tirian de Narnia, en el nombre de Aslan, para probar personalmente que Tash es un pestilente demonio, el Mono un consumado traidor, y que estos calormenes merecen la muerte. Pónganse a mi lado todos los verdaderos narnianos. ¿Van a esperar hasta que sus nuevos amos los hayan matado uno tras otro?

XI. SE ACELERA EL PASO

Rápido como un relámpago, Rishda Tarkaan dio un brinco hacia atrás esquivando la espada del Rey. No era un cobarde y hubiera peleado con una sola mano contra Tirian y el Enano si fuere necesario. Pero no podía medirse con el Aguila y el Unicornio al mismo tiempo. Sabía que las Aguilas podían volar encima de tu cara y picotearte un ojo y cegarte con sus alas. Y le había oído a su padre (quien se había batido con los narnianos en la guerra) que ningún hombre, excepto si está aperado de flechas o de una lanza larga, puede enfrentar a un Unicornio, pues éste se para en sus patas traseras cuando te ataca y entonces tienes que vértelas con sus cascos y su cuerno y sus dientes, todo al mismo tiempo. Por tanto, se precipitó en medio de la muchedumbre y allí se detuvo, gritando:
—A mí, a mí, guerreros del Tisroc, que viva para siempre. ¡A mí, todos los narnianos leales, si no queréis que la ira de Tashlan caiga sobre vosotros!
Mientras ocurría esto, otras dos cosas sucedían también. El Mono no captó el peligro que corría con la rapidez del Tarkaan. Durante un par de segundos permaneció en cuclillas junto al fuego mirando a los recién llegados. Luego Tirian se abalanzó sobre la pérfida criatura, la tomó por el cogote y se fue corriendo hacia el Establo gritando: “¡Abran la puerta!” Poggin la abrió. ¡Ve a tomar tu propia medicina, Truco!” —exclamó Tirian arrojando al Mono en medio de la oscuridad. Pero cuando el Enano cerraba de un portazo la puerta nuevamente, una enceguecedora luz azul verdosa brilló desde adentro del Establo, la tierra tembló, y se sintió un ruido extraño..., un cloqueo y un grito semejantes a la voz ronca de alguna ave monstruosa. Las Bestias gimieron y berrearon y gritaron: “¡Tashlan! ¡Escóndenos de él! “, y muchos se cayeron, y muchos ocultaron sus caras entre sus alas o garras. Nadie, aparte de Largavista, el Aguila, que tenía la mejor vista de todos los seres vivientes, advirtió la expresión del semblante de Rishda Tarkaan en ese momento. Y por lo que vio, Largavista supo de inmediato que Rishda estaba tan sorprendido, y casi tan aterrado, como cualquier otro. “He aquí uno”, pensó Largavista, “que ha invocado dioses en los cuales no cree. ¿Qué va a ocurrirle si realmente han venido?”
La tercera cosa que sucedió también en ese mismo instante, fue lo único verdaderamente hermoso de esa noche. Cada uno de los Perros que Hablan presentes en esa asamblea (había quince) vino saltando y ladrando alegremente al lado del Rey. La mayoría eran enormes perros de anchos hombros y pesadas quijadas. Su venida fue como el romper de una inmensa ola sobre la playa; casi te botaba. Porque aunque eran Perros que Hablan eran igualmente tan aparatosos

como cualquier perrito: y todos se pararon en sus cuartos traseros y pusieron sus patas delanteras sobre el hombro de los humanos y les lamieron la cara, diciendo: "¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! Nosotros los ayudaremos, nosotros los ayudaremos, ayudaremos, ayudaremos. Dinos cómo podemos ayudar, dinos cómo, cómo. ¿Guau, guau, guau?"

Fue tan encantador que te daban ganas de llorar. Esta era, por fin, la clase de cosas que habían estado esperando. Y cuando un momento más tarde numerosos pequeños animalitos (ratones y topos y una ardilla o dos) vinieron con sus pasos ligeros, chillando de felicidad y diciendo: "Ves, ves, aquí estamos", y cuando después de eso el Oso y el Jabalí vinieron también, Eustaquio empezó a creer que quizás, al fin y al cabo, todo iría a resultar bien. Mas Tirian dio una mirada a su alrededor y vio cuan poquísimos animales se habían movido.

—¡A mí!, ¡a mí! —llamó—. ¿Se han vuelto todos unos cobardes desde cuando yo era vuestro Rey?

—No nos atrevemos —gimotearon decenas de voces—. Tashlan se enojaría. Protégenos de Tashlan.

—¿Dónde están los Caballos que Hablan? —preguntó Tirian.

—Los hemos visto, los hemos visto —chillaron los Ratones—. El Mono los ha hecho trabajar. Están todos amarrados... allá abajo del cerro.

—Entonces ustedes, pequeñitos —dijo Tirian—, ustedes los mordedores y roedores y cascanueces, váyanse a todo correr y vean si los Caballos están de nuestra parte. Y si es así, entierren sus dientes en las sogas, róanlas hasta que los Caballos queden en libertad, y tráiganlos hasta aquí.

—Con todo gusto, señor —se escucharon las vocecitas y sacudiendo sus colas aquellas criaturas de mirada penetrante y dientes afilados se fueron corriendo. Tirian sonrió de puro amor cuando las vio alejarse. Pero ya era hora de pensar en otras cosas. Rishda Tarkaan estaba dando sus órdenes.

—Adelante —decía—. Cójanlos a todos vivos si es posible y arrójenlos dentro del Establo; o llévenlos hasta ahí. Cuando ya estén todos allí, le prenderemos fuego y haremos de ellos una ofrenda al gran dios Tash.

—¡Ah! —exclamó Largavista para sí mismo—. Así que de ese modo espera obtener el perdón de Tash por su incredulidad.

La línea enemiga, cerca de la mitad de las fuerzas de Rishda, ya estaba avanzando, y Tirian escasamente tuvo tiempo para darles sus órdenes a los suyos.

—Sal por la izquierda, Jill, y trata de disparar lo que más puedas antes de que nos alcancen. Jabalí y Oso junto a ella. Poggin a mi izquierda, Eustaquio a mi derecha. Defiende el ala derecha, Alhaja. Quédate con él, Cándido, y usa tus cascos. Revolotea y golpea, Largavista. Ustedes, Perros, justo detrás de nosotros. Métanse en medio de ellos en cuanto empiecen a cruzarse las espadas. ¡Que Aslan nos ayude!

Eustaquio sentía que su corazón latía terriblemente, esperando y rogando portarse valiente. Jamás había visto algo (a pesar de haber visto un dragón y una serpiente de mar) que le helara la sangre tanto como ese destacamento de hombres de caras oscuras y ojos brillantes. Había quince calormenes, un Toro narniano que Habla, un Zorro llamado Sigiloso, y el Sátiro Wraggle. Luego escuchó a su izquierda tuang y zip y cayó un calormene; luego tuang y zip nuevamente y cayó el Sátiro. "¡Oh, muy bien, hija!", se oyó la voz de Tirian; y en seguida los enemigos

se lanzaron sobre ellos.
Eustaquio no pudo recordar nunca lo que sucedió en los siguientes dos minutos. Fue todo como un sueño (ese tipo de sueño que tienes cuando estás con más de cuarenta de fiebre) hasta que oyó la voz de Rishda Tarkaan gritando desde la distancia:
—Retirarse. Vuelvan acá y reagrúpense.
Entonces Eustaquio volvió en sí y vio a los calormenes corriendo hacia donde estaban sus amigos. Pero no todos ellos. Dos yacían muertos, traspasados uno por el cuerno de Alhaja y otro por la espada de Tirian. El Zorro yacía muerto a sus propios pies, y se preguntaba si era él quien lo había matado. También estaba en el suelo el Toro, con una flecha de Jill en medio del ojo y con el costado herido por un colmillo del Jabalí. Pero nuestro bando también tenía sus pérdidas. Tres perros habían muerto y un cuarto cojeaba detrás del grupo, equilibrándose en tres patas y gimoteando. El Oso yacía por tierra, moviéndose débilmente. Luego refunfuñó entre dientes con su voz gutural, desconcertado a más no poder: "No..., no..., entiendo", dejó caer su enorme cabeza en el pasto tan tranquilamente como un niño que se va a dormir, y no se movió nunca más.
A decir verdad, el primer ataque había fracasado. Eustaquio no fue capaz de alegrarse por ello: tenía mucha sed y le dolía tanto el brazo.
Cuando los derrotados calormenes regresaron donde su comandante, los Enanos comenzaron a burlarse de ellos.
—¿Tienen suficiente ya, Negritos? —vociferaban—. ¿No les gustó? ¿Por qué vuestro gran Tarkaan no va a pelear él en persona en vez de mandarlos a ustedes para que los maten? ¡Pobres Negritos!
—Enanos —gritó Tirian—. Vengan aquí y usen sus espadas en lugar de sus lenguas. Todavía hay tiempo. ¡Enanos de Narnia! Yo sé que saben pelear bien. Recobren su lealtad.
—¡Bah! —se burlaron los Enanos—. No tenemos confianza en ti. Tú eres sólo un farsante igual a todos los demás. No queremos más Reyes. Los Enanos con los Enanos. ¡Buuu!
Entonces comenzó a tocar el tambor: no el tambor de los Enanos esta vez, sino un gran tambor calormene de piel de toro. Los niños detestaron su sonido desde el principio. *Bum... bum... bababum,* sonaba. Pero lo habrían detestado muchísimo más si hubiesen sabido lo que significaba. Tirian sabía. Significaba que había otras tropas calormenes cerca en alguna parte y que Rishda Tarkaan las estaba llamando en su ayuda. Tirian y Alhaja se miraron uno al otro con tristeza. Justo habían comenzado a tener esperanzas de vencer esa noche; pero todo acabaría para ellos si aparecían nuevos enemigos.
Tirian miró a su alrededor con desesperación. Numerosos narnianos apoyaban a los calormenes ya fuera por traición o por simple miedo a "Tashlan". Otros se habían quedado sentados muy quietos, con los ojos fijos, sin decidirse a unirse a ningún bando. Pero había poquísimos animales ahora: la muchedumbre se había reducido enormemente. Era claro que muchos de ellos se habían ido cautelosamente en medio de la batalla.
Bum... bumm... bababum, continuaba sonando el horrible tambor. De pronto un nuevo sonido se mezcló a O. "¡Escuchen!", dijo Alhaja; y luego, "¡Miren!", dijo Largavista. Un momento después ya no cabía duda acerca de qué era. Con un

tronar de cascos, sacudiendo sus cabezas, con las ventanillas de las narices dilatadas, y haciendo ondear sus crines, una veintena de Caballos que Hablan de Narnia venía cargando cerro arriba. Los roedores y los mordedores habían cumplido su misión.

El Enano Poggin y los niños abrieron sus bocas para vitorear, pero aquellos vítores jamás fueron dichos. Repentinamente el aire se Llenó de un zumbido de cuerdas de arcos y un silbar de flechas. Eran los Enanos los que disparaban y —por unos momentos Jill apenas daba crédito a sus ojos— disparaban contra los Caballos. Los Enanos son arqueros certeros. Caballo tras caballo fueron derribados. Ninguna de aquellas nobles Bestias alcanzó a llegar hasta el Rey.

—¡Canallas! —chilló Eustaquio, pataleando de ira—. ¡Bestiezuelas sucias, inmundas, traidoras!

Hasta Alhaja dijo: "¿Quieres que corra detrás de esos Enanos, señor, y ensarte a diez de ellos con mi cuerno a cada arremetida?" Mas Tirian, con su cara dura como la piedra, dijo: "Cálmate, Alhaja. Si vas a llorar, querida (esto a Jill) vuelve tu cara para otro lado y cuida de no mojar las cuerdas de tu arco. Y calla, Eustaquio. No regañes como una fregona. Los guerreros no regañan. Su único lenguaje es o las palabras corteses o los golpes rudos.

Pero los Enanos se burlaban de Eustaquio.

—Fue una sorpresa para ti, ¿no es cierto, muchachito? Creíste que estábamos de tu lado, ¿eh? Ni pensarlo. No queremos más Caballos que Hablan. No queremos que ni ustedes ni los otros ganen. No pueden engañarnos a *nosotros*. Los Enanos con los Enanos.

Rishda Tarkaan se encontraba todavía hablando a sus hombres, sin duda haciendo los planes para el próximo ataque y probablemente arrepentido de no haber mandado todas sus fuerzas al primero. El tambor sonaba siempre, bum, bum. Luego, para su espanto, Tirian y sus amigos escucharon, muy débil como si viniera de una gran distancia, otro tambor que respondía. Otro ejército de calormenes había oído la señal de Rishda y venía a apoyarlo. No habrías adivinado en el rostro de Tirian, que había ya perdido toda esperanza.

—Escuchen —murmuró con voz flemática—, hay que atacar ahora, antes que aquellos sinvergüenzas reciban refuerzos de sus amigos.

—Acuérdate, señor —opinó Poggin—, que aquí tenemos la buena muralla de madera del Establo a nuestras espaldas. Si avanzamos, ¿no será posible que nos rodeen y nos encontremos con puntas de espadas en medio del pecho?

—Yo diría lo mismo que tú, Enano —repuso Tirian—, si no fuera porque su plan es precisamente obligarnos a entrar al Establo. Lo más alejados que estemos de aquella mortal puerta, será mejor.

—El Rey tiene razón —dijo Largavista—. Apartémonos a cualquier precio de este maldito Establo, y del duende que lo habita.

—Sí, vámonos —dijo Eustaquio—. He llegado a odiar su sola vista.

—Bien —dijo Tirian—. Ahora miren allá a nuestra izquierda. Deben ver una gran roca que brilla como blanco mármol a la luz del fuego. Primero que nada atacaremos a esos calormenes. Tú, damisela, saldrás a nuestra izquierda y dispararás lo más rápido que puedas contra los soldados; y tú, Aguila, vuela a la derecha, directo a sus caras. Entretanto los demás cargaremos contra ellos. Cuando estemos tan cerca, Jill, que no puedas seguir disparándoles por miedo a herirnos a

nosotros, regresa a la roca blanca y espera. Los otros, mantengan el oído atento, incluso en medio del combate. Tenemos que obligarlos a replegarse en pocos minutos o no lo lograremos, ya que somos menos que ellos. En cuanto yo grite "Atrás", entonces hay que correr precipitadamente a reunirse con Jill en la roca blanca, donde tendremos protección a nuestras espaldas y donde podremos respirar un rato. Ahora, vete Jill.

Sintiéndose terriblemente sola, Jill corrió unos veinte metros, echó atrás su pierna derecha y adelantó la izquierda, y colocó una flecha en la cuerda. Hubiese querido que sus manos no temblaran tanto. "¡Ese fue un tiro pésimo!", dijo cuando su primera flecha partió hacia el enemigo y voló por encima de sus cabezas. Pero ya tenía otra en la cuerda al segundo siguiente: sabía que era la rapidez lo que contaba. Vio algo grande y negro que se precipitaba a las caras de los calormenes. Era Largavista. Primero un hombre y luego otro soltaron su espada y ambos levantaron las manos para defender sus ojos. En seguida, una de sus propias flechas hirió a un hombre, y otra hirió a un lobo narniano que, al parecer, se había unido al enemigo. Pero llevaba apenas unos escasos segundos disparando cuando tuvo que detenerse. Con un centellear de espadas y de colmillos del Jabalí y del cuerno de Alhaja, y con fuertes ladridos de los perros, Tirian y su grupo atacaban a sus enemigos como si estuvieran corriendo una carrera de cien metros. Jill estaba asombrada de ver lo desprevenidos que parecían estar los calormenes No se daba cuenta de que esto era el resultado de su trabajo y el del Aguila. Muy pocas tropas pueden continuar mirando fijamente al frente si están recibiendo flechas en la cara por un lado y los picotea un Aguila por el otro.

—¡Oh, qué bien! ¡Pero qué bien! —gritó Jill.

El grupo del Rey se abría camino derecho en medio del enemigo. El Unicornio lanzaba hombres por el aire como tú podrías lanzar el heno con una horqueta. Hasta Eustaquio le pareció a Jill (que después de todo no sabía gran cosa sobre esgrima) que se batía brillantemente. Los Perros agarraban las gargantas de los calormenes. ¡Iba a resultar! Por fin lograban la victoria...

Con un horrible y frío terror Jill advirtió algo muy raro. A pesar de que los calormenes caían a cada golpe de espada narniano, nunca parecía disminuir su número. De hecho, eran actualmente más de los que había cuando empezó el combate. Eran más numerosos a cada segundo. Subían desde todos lados. Eran nuevos calormenes. Estos traían lanzas. Había tal cantidad de ellos, que Jill casi no podía ver a sus propios amigos. Entonces escuchó la voz de Tirian gritando:

— ¡Atrás! ¡A la roca!

El enemigo había recibido refuerzos. El tambor había cumplido su tarea.

XII. POR LA PUERTA DEL ESTABLO

Jill ya debería estar de regreso en la roca blanca, pero en su emoción de presenciar la batalla olvidó esa parte de las órdenes. De pronto se acordó. Se volvió al instante y corrió hacia allá, y llegó escasamente un segundo antes que los demás. Por eso fue que, durante un momento, todos daban la espalda al enemigo. Se dieron media vuelta en cuanto llegaron a la roca. Sus ojos se encontraron con una escena terrible.

Un calormene corría hacia la puerta del Establo llevando algo que pateaba y

forcejeaba. Cuando pasó entre ellos y el fuego pudieron ver claramente tanto la figura del hombre como la de lo que llevaba. Era Eustaquio.

Tirian y el Unicornio salieron corriendo a rescatarlo. Pero ya el calormene estaba más cerca de la puerta que ellos. Antes de que cubrieran la mitad de la distancia arrojó a Eustaquio adentro y cerró la puerta tras de él. Media docena más de calormenes había subido en pos de él. Se formaron en línea en el espacio abierto frente al Establo. No había posibilidad de acercarse ahora.

Hasta en esos momentos Jill se acordó de volver su cara hacia un lado, bien alejada de su arco.

—Aunque no pueda parar de lloriquear, *no* mojaré las cuerdas —dijo.

—Cuidado con las flechas —dijo de súbito Poggin.

Cada cual se puso su yelmo, encasquetándoselo hasta las narices. Los Perros se agazaparon detrás. Pero aunque les llegaron algunas flechas, pronto se hizo evidente que no les estaban apuntando a ellos. Griffle y sus Enanos practicaban arquería nuevamente. Esta vez disparaban con toda frialdad contra los calormenes.

—¡Sigan, muchachos! —se oyó gritar a Griffle—. Todos juntos. Con cuidado. No queremos Negritos, como tampoco queremos Monicacos, ni Leones, ni Reyes. Los Enanos con los Enanos.

Podrás decir muchas cosas de los Enanos, pero nadie puede decir que no son valientes. Podían haber huido fácilmente a algún lugar fuera de peligro. Prefirieron quedarse y matar los más que pudieran de ambos lados, excepto cuando ambos bandos eran suficientemente amables al evitarles la molestia matándose mutuamente. Querían que Narnia fuera sólo para ellos.

Lo que quizás no habían tomado en consideración era que los calormenes vestían armadura y en cambio los Caballos no habían tenido ninguna protección. Además, los calormenes tenían su líder. Rishda Tarkaan gritaba con toda su voz:

—Treinta de ustedes vigilen a esos idiotas de la roca blanca. El resto, síganme, para que les enseñemos a estos hijos de la tierra una buena lección.

Tirian y sus amigos, jadeantes todavía por el combate y agradeciendo los escasos minutos de descanso, se pusieron de pie para mirar; en tanto, el Tarkaan dirigía a sus hombres contra los Enanos. El espectáculo era bastante extraño. El fuego había ido bajando; daba mucho menos luz, y de color rojo oscuro. Hasta donde uno alcanzaba a ver, todo el lugar de la asamblea se encontraba ahora vacío, ocupado tan sólo por los Enanos y los calormenes. Con aquella luz uno no podía darse cuenta claramente de lo que estaba ocurriendo. Parecía que los Enanos libraban una buena batalla. Tirian podía oír a Griffle lanzando palabrotas y al Tarkaan gritando de cuando en cuando: "¡Agarren a todos los que puedan vivos! ¡Agárrenlos vivos! "

Como quiera que se haya desarrollado ese combate, no duró mucho. El ruido se fue desvaneciendo. Entonces Jill vio que el Tarkaan regresaba al Establo: lo seguían once hombres, arrastrando a once Enanos atados. (Nunca se supo si los otros habían sido muertos o bien habían huido).

—Arrójenlos al santuario de Tash —ordenó Rishda Tarkaan.

Y después de que los once Enanos, uno tras otro, fueron empujados de un golpe o de un puntapié dentro de aquel negro portal y la puerta se cerró nuevamente, él hizo una profunda reverencia ante el Establo, diciendo:

—Estos también son para que ardan en ofrenda a ti, señor Tash.
Y todos los calormenes golpearon con fuerza sus escudos con la parte plana de sus espadas y gritaron: “¡Tash! ¡Tash! ¡El gran dios Tash! ¡Tash el inexorable!” (Ya no decían más tonterías acerca de “Tashlan” ahora).
Los del grupito que estaba junto a la roca blanca contemplaban estos acontecimientos y murmuraban entre ellos. Habían descubierto un hilillo de agua que bajaba por la piedra y todos habían bebido con ansias, Jill y Poggin y el Rey con sus manos, en tanto que los cuadrúpedos bebieron a lengüetadas en la pocita que se había formado al pie de la roca. Era tal su sed, que les pareció la más deliciosa bebida que habían tomado en toda su vida y mientras la bebían eran perfectamente felices y no podían pensar en nada más.
—No sé por qué tengo el presentimiento —dijo Poggin de que todos, uno por uno, atravesaremos esa puerta oscura antes de mañana. Puedo imaginar cien muertes que hubiera preferido a ésta.
—Realmente es una puerta siniestra —dijo Tirian—. Más parece una boca.
—¡Oh!, ¿no podemos hacer *algo* para acabar con esto? —exclamó Jill con voz temblorosa.
—Nada, leal amiga —dijo Alhaja, acariciándola suavemente con su nariz—. Puede que ésta sea para nosotros la puerta hacia el país de Aslan y que debamos cenar en su mesa esta noche.
Rishda Tarkaan volvió la espalda al Establo y caminó lentamente hasta pararse al frente de la roca blanca.
—Escuchad —dijo—. Si el Jabalí y los Perros y el Unicornio vienen a mí y se entregan a merced mía, perdonaré sus vidas. El Jabalí irá a una jaula en el jardín del Tisroc, los Perros a los caniles del Tisroc, y el Unicornio, una vez que le hayamos extirpado el cuerno, tirará un carro. Pero el Aguila, los niños y aquel que fue Rey, serán ofrendados a Tash esta noche.
Por respuesta sólo recibió gruñidos.
—A ellos, guerreros —dijo el Tarkaan—. Maten a las bestias, pero traigan a los de dos piernas con vida.
Y entonces comenzó la última batalla del último Rey de Narnia.
Lo que la hacía casi perdida, incluso aparte del número de enemigos, eran las lanzas. Los calormenes que habían apoyado al Mono desde el principio no tenían lanzas; eso se debía a que habían llegado a Narnia de a uno o de a dos, simulando ser pacíficos mercaderes y, por supuesto, no habían llevado sus lanzas, pues una lanza no es algo que puedas esconder así no más. Los de ahora debían haber llegado más tarde, después de que el Mono hubo afianzado su posición y ellos pudieron hacer su marcha abiertamente. Las lanzas marcaban toda la diferencia. Con una lanza larga tú puedes matar a un Jabalí antes de que éste te alcance con sus colmillos, y a un Unicornio antes de que te alcance su cuerno; siempre que seas extremadamente rápido y no pierdas la cabeza. Las rectas lanzas rodeaban ya a Tirian y a sus últimos amigos. Al minuto siguiente todos luchaban con desesperación.
Hasta cierto punto no fue tan terrible como podrías pensar. Cuando estás usando al máximo cada músculo, agachándote bajo una punta de lanza por aquí, dando un salto por allá, arremetiendo, retrocediendo, dándote vuelta, no te queda mucho tiempo para sentirte ni asustado ni apesadumbrado. Tirian sabía que ya no

podía hacer nada por los demás; estaban todos perdidos. Vagamente vio al Jabalí caer a uno de sus costados, y a Alhaja que peleaba furiosamente al otro. Por el rabillo del ojo vio, pero solamente vio, a un enorme calormene que tiraba del pelo a Jill hacia alguna parte. Pero apenas pensaba en cualquiera de estas cosas. Su único pensamiento era vender su vida lo más caro que pudiera. Lo peor de todo era que no podía mantener la posición en que había estado al comienzo bajo la roca blanca. Un hombre que pelea con una decena de enemigos al mismo tiempo debe arriesgarse cada vez que puede; debe atacar en cuanto ve a su enemigo bajar la guardia de su pecho o cuello. Unos pocos golpes pueden distanciarte considerablemente del sitio donde estabas al principio. Pronto Tirian se dio cuenta de que se alejaba más y más a la derecha, acercándose al Establo. Tenía una vaga idea en su mente de que había alguna buena razón para mantenerse apartado de allí. Pero ya no recordaba cuál era esa razón. Y como sea, no podía evitarlo.
De repente comprendió todo claramente. Se encontró combatiendo con el mismo Tarkaan. La fogata (lo que quedaba de ella) estaba justo al frente. De hecho se encontraba peleando en el propio portal del Establo, pues éste estaba abierto y dos calormenes sujetaban la puerta, listos para cerrarla de un portazo en cuanto él estuviese dentro. Ahora recordó todo, y se dio cuenta de que el enemigo lo había estado acercando al Establo a propósito desde el comienzo del combate. Y mientras pensaba esto, luchaba con el Tarkaan encarnizadamente.
Una nueva idea se le vino a la cabeza. Dejó caer su espada, se lanzó por debajo de la curva de la cimitarra del Tarkaan, cogió a su enemigo del cinturón con ambas manos, y saltó hacia atrás dentro del Establo, gritando:
— ¡Ven para que conozcas tú también a Tash!
Hubo un ruido ensordecedor. Como cuando arrojaron dentro al Mono, la tierra tembló y brilló una luz enceguecedora.
Los soldados calormenes que se encontraban afuera aullaban, “¡Tash, Tash!” y cerraron de un portazo. Si Tash quería a su propio capitán, Tash lo tendría. Ellos por ningún motivo querían conocer a Tash.
Durante uno o dos segundos Tirian no supo dónde estaba ni siquiera quién era. Luego se calmó, parpadeó, y miró en rededor. No estaba oscuro dentro del Establo, como él esperaba. Había una luz muy fuerte; por eso había parpadeado.
Se volvió para mirar a Rishda Tarkaan, pero Rishda no lo miraba a él. Rishda dejó escapar un gran gemido y señaló algo; luego se tapó la cara con las manos y cayó de cabeza al suelo. Tirian miró en la dirección señalada por el Tarkaan. Y entonces comprendió.
Un personaje terrible se acercaba a ellos. Era mucho más bajo que lo que habían visto desde la Torre, aunque aún mucho más grande que un hombre, y era el mismo ser. Tenía cabeza de buitre y cuatro brazos. Su pico estaba abierto y sus ojos centelleaban. Un graznido salió de su pico.
—Vos me habéis llamado a Narnia, Rishda Tarkaan. Aquí estoy. ¿Qué tenéis que decirme?
Pero el Tarkaan no levantó la cabeza del suelo ni dijo una sola palabra. Se estremeció como un hombre con un ataque de hipo. Era muy valiente en la batalla, pero la mitad de su valor lo había abandonado mucho antes esa noche cuando empezó a sospechar que podría existir un verdadero Tash. El resto lo acababa de abandonar ahora.

Con un súbito sacudón, como una gallina que se encorva para recoger una lombriz, Tash se abalanzó encima del desdichado Rishda y se lo puso debajo de sus dos brazos izquierdos. Después Tash volvió la cabeza hacia un lado para fijar en Tirian uno de sus feroces ojos, porque, por supuesto, teniendo cabeza de pájaro, no podía mirarte de frente.

Mas de inmediato, desde atrás de Tash, fuerte y serena como un mar de verano, una voz dijo:

—Fuera de aquí, Monstruo, y llévate tu legítima presa a tu propio reino: en el nombre de Aslan y del gran Padre de Aslan, el Emperador de más allá del mar.

La horrible criatura desapareció, llevando aún al Tarkaan bajo sus brazos. Y Tirian se dio vuelta para ver quién hablaba. Y lo que vio hizo que su corazón latiera como nunca latió en ningún combate.

Había siete Reyes y Reinas de pie ante él, todos con coronas sobre sus cabezas y vistiendo relucientes trajes, y los Reyes usaban las más finas mallas además y tenían en sus manos las espadas desenvainadas. Tirian hizo una cortés reverencia y se aprestaba a hablar cuando la más joven de las Reinas se echó a reír. El miró fijamente su rostro, y luego se quedó alelado de asombro al reconocerla. Era Jill, pero no la Jill que había visto la última vez con su cara toda suciedad y lágrimas y con un viejo vestido de algodón que casi se le caía de un hombro. Ahora se veía fresca y limpia, tan limpia como si viniera saliendo del baño. Y al principio le pareció que se veía mayor, pero luego pensó que no, y nunca pudo decidirse sobre este punto. Y después se dio cuenta de que el más joven de los Reyes era Eustaquio: pero él también había cambiado igual que Jill.

Tirian se sintió de repente muy incómodo de estar entre aquellas personas cubierto todavía con la sangre y polvo y sudor de la batalla. Al minuto siguiente se dio cuenta de que no se hallaba en absoluto en ese estado. Estaba fresco y limpio, y vestido con ropajes que habría usado para algún importante festín en Cair Paravel. (Pero en Narnia nunca la ropa elegante fue incómoda. Sabían hacer ropas que sentaban bien al mismo tiempo que lucían hermosas; y no había cosas como almidón o franela o elástico en ningún rincón del país).

—Señor —dijo Jill, adelantándose y haciendo una graciosa reverencia—, déjame presentarte al gran Rey Pedro, el Rey sobre todos los Reyes de Narnia.

Tirian no tuvo necesidad de preguntar cuál era el gran Rey, pues recordaba su rostro (a pesar de que aquí se veía lejos mucho más noble), que había visto en sueños. Dio un paso adelante, hincó una rodilla en el suelo y besó la mano de Pedro.

—Gran Rey —dijo—. Bienvenido a mí.

Y el gran Rey lo hizo alzarse y lo besó en ambas mejillas, como debe hacer un gran Rey. Luego lo condujo hasta donde se hallaba la mayor de las Reinas —pero tampoco era anciana, no tenía canas en su cabeza ni arrugas en sus mejillas— y dijo:

—Caballero, ésta es aquella Señora Polly que vino a Narnia el Primer Día, cuando Aslan hizo que brotaran los árboles y que las Bestias hablaran.

Lo llevó junto a un hombre cuya barba dorada caía sobre su pecho y cuyo semblante rebosaba sabiduría.

—Y éste es mi hermano, el Rey Edmundo; y ésta es mi hermana, la Reina Lucía.

—Señor —dijo Tirian, una vez que los hubo saludado a todos—. Si he leído correctamente las crónicas, debería haber alguien más. ¿No tenía Su Majestad dos hermanas? ¿Dónde está la Reina Susana?
—Mi hermana Susana —repuso Pedro, en tono serio y cortante— ya no es más amiga de Narnia.
—Sí —dijo Eustaquio—, y cada vez que tratas de hacerla venir para conversar sobre Narnia o hacer algo por Narnia, siempre dice: "¡Qué memoria tan maravillosa tienen ustedes! Mira que seguir pensando en esos juegos divertidos que solíamos jugar cuando éramos chicos".
—¡Ah!, Susana —lamentó Jill— sólo se interesa actualmente en medias de nylon y lápices de labios y en invitaciones. Siempre estuvo un poquito impaciente por llegar a ser persona grande.
—Persona grande, qué va —dijo la Señora Polly—. Me gustaría que ella *creciera* de verdad. Desperdició toda su época de colegio deseando tener la edad que tiene ahora, y va a perder todo el resto de su vida tratando de conservarse de esta edad. Su gran ideal ha sido correr a toda prisa para alcanzar lo más rápido posible la época más tonta de la vida y luego detenerse ahí lo más que pueda.
—Bueno, no hablemos de eso ahora —dijo Pedro—. ¡Mira! Aquí hay unos deliciosos árboles frutales. Vamos a probar sus frutos.
Y entonces, por primera vez, Tirian miró a su alrededor y comprendió lo extraña que era esta aventura.

XIII. DE COMO LOS ENANOS SE OPUSIERON A QUE LOS EMBAUCARAN

Tirian había pensado, o más bien hubiese pensado si hubiera tenido tiempo para ello, que se hallaban dentro de un pequeño establo techado de paja de unos cinco metros de largo por dos de ancho. Pero en realidad se encontraban parados sobre el pasto con el cielo profundamente azul arriba, y el aire que soplaba suavemente en sus caras era como el de un día de comienzos de verano. No lejos de allí se alzaba una arboleda de espeso follaje y bajo cada hoja asomaba el dorado o el tenue amarillo o el púrpura o el encendido rojo de frutas que nadie ha visto en nuestro mundo. La fruta hizo a Tirian pensar que debía ser otoño; mas había algo, que se sentía en el aire, que le dijo que debía ser a más tardar diciembre. Todos se encaminaron hacia los árboles.
Cada uno levantó la mano para coger la fruta que más le gustó y luego cada uno se detuvo, titubeando, por un segundo. Esta fruta era tan preciosa que cada cual pensó: "No puede ser para mí..., seguramente no estamos autorizados para tomarla"
—No se preocupen —dijo Pedro—. Sé lo que todos estamos pensando. Pero estoy seguro, segurísimo, de que no debemos preocuparnos. Tengo la sensación de que hemos llegado al sitio donde todo está permitido.
—¡Allá vamos, entonces! —exclamó Eustaquio. Y todos empezaron a comer.
¿Cómo era la fruta? Desgraciadamente, nadie puede describir un sabor. Todo lo que puedo decir es que, comparado con aquellas frutas, el pomelo más fresco que hayas comido es desabrido y la naranja más jugosa es seca, y la pera más tierna es dura y de cáscara áspera, y las fresas silvestres más dulces son ácidas. Y

no tenían pepitas ni huesos, ni avispas. Si alguna vez probaras esas frutas, todas las cosas más exquisitas de este mundo te sabrían después a remedio. Pero no puedo describirlo. No podrás saber como eran a menos que llegues a esa tierra y las pruebes tú mismo.

Cuando hubieron comido lo suficiente, Eustaquio le dijo al Rey Pedro:

—Todavía no nos has dicho cómo llegaron aquí. Estabas por explicarlo cuando apareció el Rey Tirian.

—No hay mucho que contar —dijo Pedro—. Edmundo y yo estábamos parados en el andén y vimos que venía el tren de ustedes. Me acuerdo que pensé que tomaba la curva demasiado ligero. Y recuerdo que pensé que era divertido que mi gente fuera probablemente en el mismo tren y que Lucía no lo supiera...

—¿Tú gente, gran Rey? —preguntó Tirian.

—Quiero decir mi padre y mi madre, los padres de Edmundo y de Lucía y míos.

—¿Por qué iban ellos ahí? —preguntó Jill—. ¿No querrás decir que *ellos* saben de Narnia?

—No, no tienen nada que ver con Narnia. Ellos iban camino a Bristol. Yo sólo había escuchado que partirían esa mañana. Pero Edmundo dijo que debían ir seguramente en aquel tren.

(Edmundo era de esa clase de personas que lo saben todo sobre las líneas de ferrocarril).

—¿Y qué pasó entonces? —dijo Jill.

—Bueno, no es muy fácil de describir, ¿no es así, Edmundo? —respondió el gran Rey.

—No mucho —asintió Edmundo—. No fue nada parecido a aquella otra vez cuando fuimos arrancados de nuestro mundo por magia. Hubo un estruendo tremendo y algo me golpeó con el ruido de un estampido, pero no me hizo daño. Y no me sentí tan asustado como..., bueno, emocionado. ¡Ah...!, y esto es algo bien curioso: Yo tenía una rodilla harto adolorida de una patada que recibí jugando rugby. Me di cuenta de que ya no me dolía. Y me sentí muy liviano. Y luego... estábamos aquí.

—Fue casi lo mismo que nos pasó a nosotros en el coche del tren —dijo el Señor Dígory, limpiando las últimas huellas de la fruta de su barba dorada—. Sólo que creo que tú y yo, Polly, sentimos principalmente que nos habíamos desanquilosado. Ustedes los más jóvenes no lo entenderán. Pero dejamos de sentirnos viejos.

—¡Más jóvenes, qué dices! —exclamó Jill—. No creo que ustedes dos aquí sean en realidad mucho mayores que nosotros.

—Bueno, si no lo somos, lo hemos sido —dijo la Señora Polly.

—¿Y qué ha ocurrido desde que llegaron aquí? —preguntó Eustaquio.

—Mira —dijo Pedro—, por largo rato (al menos supongo que fue un largo rato) no sucedió nada. Luego se abrió la puerta...

—¿La puerta? —murmuró Tirian.

—Sí —replicó Pedro—. La puerta por donde ustedes entraron... o por donde salieron... ¿Lo has olvidado?

—Pero ¿dónde está?

—Mira —contestó Pedro, señalando.

Tirian miró y vio la cosa más curiosa y más ridícula que te puedas imaginar. A pocos metros, muy fácil de ver a la luz del sol, se elevaba una tosca puerta de madera rodeada de la estructura del portal: nada más, ni murallas, ni techo. Fue hacia allá desconcertado, y los demás lo siguieron para ver qué hacía. Dio la vuelta hasta el otro lado de la puerta. Pero era igual del otro lado; siempre se hallaba al aire libre, en una mañana estival. La puerta estaba simplemente parada como si hubiera crecido igual que un árbol.
—Noble señor —dijo Tirian al gran Rey—, ésta es una verdadera maravilla.
—Es la puerta por donde cruzaste con aquel calormene hace cinco minutos —repuso Pedro, sonriendo.
—¿Pero no salí del bosque para entrar al Establo? Mientras que ésta parece ser una puerta que lleva de ninguna parte a ninguna parte.
—Así lo parece si caminas *alrededor* de ella —dijo Pedro—. Pero pon tu ojo en ese sitio donde hay una rendija entre los tablones y mira *por* ahí.
Tirian acercó un ojo a la abertura. AI comienzo vio solo oscuridad. Luego, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando, vio el monótono resplandor rojo de una fogata que se estaba casi apagando, y encima de ella, en un cielo negro, las estrellas. Después pudo ver unas siluetas oscuras que se movían o estaban quietas entre él y el fuego: pudo escucharlas hablar y sus voces eran semejantes a las de los calormenes. De modo que comprendió que estaba mirando por la puerta del Establo hacia la oscuridad del Páramo del Farol donde él había librado su última batalla. Los hombres discutían si irían a buscar a Rishda Tarkaan (pero ninguno quería hacer eso) o si le prendían fuego al Establo.
Miró en rededor nuevamente y apenas pudo creer a sus ojos. Allí estaba el cielo azul encima, y el terreno cubierto de hierba que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba a ver, y sus nuevos amigos lo rodeaban, riéndose.
—Entonces parece —dijo Tirian, sonriendo también—, que el Establo visto desde adentro y el Establo visto desde fuera son dos lugares diferentes.
—Sí —asintió el señor Dígory—. Su interior es más grande que su exterior.
—Sí —dijo la Reina Lucía—. En nuestro mundo también, un Establo tuvo una vez algo dentro que era más grande que todo el mundo.
Era la primera vez que hablaba, y por la emoción en su voz, Tirian comprendió por qué. Ella absorbía todo con más profundidad que los otros. Había estado demasiado feliz para hablar. El quería escucharla hablar otra vez, así que dijo:
—Por favor, señora, cuéntanos. Cuéntame toda tu aventura.
—Luego del sacudón y el ruido —dijo Lucía—, nos encontramos todos aquí. Y nos extrañó mucho esa puerta, igual que a ti. Entonces la puerta se abrió por primera vez (cuando ocurrió, vimos sólo oscuridad por el portal) y la atravesó un hombre alto con una espada desenvainada. Por sus armas supimos que era un calormene. Se instaló junto a la puerta con su espada levantada descansando sobre su hombro, lista para herir al que saliere. Fuimos hacia él y le hablamos, pero nos pareció que no podía vernos ni oírnos. Y nunca dio ni una mirada al cielo ni al sol ni al pasto: pienso que tampoco los podía ver. Entonces esperamos mucho rato. Después escuchamos que sacaban el pestillo de la puerta desde el otro lado. Pero el hombre no se preparó para golpear con su espada hasta que pudo ver quien

venía. Así que pensamos que se le había dicho que golpeara a algunos y dejara pasar a otros. Pero en el momento preciso en que se abrió la puerta, de repente Tash estaba allí, a este lado de la puerta; ninguno de nosotros vio de donde venía. Y atravesó la puerta un gran Gato. Dio una mirada a Tash y escapó a perderse; justo a tiempo, pues él se le abalanzaba encima y la puerta le pegó en el pico al cerrarse. El hombre pudo ver a Tash. Se puso sumamente pálido e hizo ante el Monstruo una profunda reverencia, pero éste desapareció. Después esperamos por otro largo rato. Finalmente se abrió la puerta por tercera vez y salió un joven calormene. Me gustó. El centinela de la puerta se sobresaltó y pareció muy sorprendido de verlo. Creo que esperaba a alguien muy distinto...

—Ya entiendo —dijo Eustaquio (tenía la mala costumbre de interrumpir las historias). El Gato debía entrar primero y el centinela tenía órdenes de no hacerle daño. Luego el Gato debía salir y decir que había visto a su repugnante Tashlan y simular que estaba aterrado para así asustar a los demás Animales. Pero lo que nunca se le ocurrió a Truco fue que el verdadero Tash podría aparecerse; y sucedió que Jengibre salió realmente espantado. Y después de eso, Truco iba a enviar adentro a todo aquel de quien quería deshacerse y el centinela debía matarlos. Y...

—Amigo —dijo Tirian, con mucha suavidad—, estás impidiendo que la dama siga con su relato.

—Bueno —dijo Lucía—, el centinela estaba sorprendido. Eso dio al otro hombre la oportunidad de ponerse en guardia. Se batieron. El mató al centinela y lo lanzó por la puerta hacia afuera. Luego vino andando despacio hasta donde estábamos nosotros. El podía vernos a nosotros y a todo lo que nos rodeaba. Tratamos de hablarle, pero estaba como en un trance. Repetía: “Tash, Tash, ¿dónde está Tash? Voy hacia Tash”. De manera que renunciamos a hablarle y él se fue a alguna parte..., por allá. Me gusta. Y después de eso..., ¡uf!

Lucía hizo una mueca.

—Después de eso —continuó Edmundo—, alguien arrojó a un Mono por la puerta. Y ahí estaba Tash otra vez. Mi hermana es de corazón tan blando que no quiere decirte que Tash dio un solo picotazo y el Mono desapareció.

—¡Se lo merecía! —exclamó Eustaquio—. Como sea, espero que le haga mal a Tash también.

—Y más tarde —prosiguió Edmundo—, salieron cerca de una docena de Enanos; y luego Jill, y Eustaquio, y al último tú.

—Espero que Tash se coma a los Enanos también —dijo Eustaquio—. Canallas.

—No, no se los comió —dijo Lucía—. Y no seas tan despiadado. Todavía están aquí. A decir verdad, los pueden ver desde acá. Y yo he tratado tanto de hacerme amiga de ellos, pero no ha resultado.

—¡Amiga de ellos! —gritó Eustaquio—. ¡Si supieras cómo se han portado esos Enanos!

—¡Oh!, ya está bueno, Eustaquio —dijo Lucía—. Ven a verlos. Rey Tirian, acaso *tú* podrías hacer algo por ellos.

—No logro sentir mucho cariño por los Enanos hoy día —repuso Tirian—. Sin embargo, si tú me lo pides, Dama, haré mucho más que eso.

Lucía indicó el camino y muy luego pudieron ver a los Enanos. Tenían un aspecto muy extraño. No se paseaban ni se divertían (a pesar de que las cuerdas

con que los habían atado habían desaparecido) ni tampoco se recostaban ni descansaban. Estaban sentados todos muy juntos en un pequeño círculo uno frente a otro. No miraban a su alrededor ni prestaron atención a los humanos hasta que Lucía y Tirian estuvieron tan cerca que podían tocarlos. Entonces todos los Enanos levantaron la cabeza como si no vieran a nadie, pero escucharon con gran atención y trataron de adivinar por el sonido lo que estaba sucediendo.

—¡Cuidado! —gritó uno de ellos en tono hosco—. Mira por donde caminas. ¡No nos pises la cara!

—¡Está bien! —dijo Eustaquio indignado—. No estamos ciegos. Tenemos ojos en la cara.

—Deben ser increíblemente buenos si puedes ver algo aquí —murmuró el mismo Enano, cuyo nombre era Diggle.

—¿Dónde? —preguntó Edmundo.

—Qué estúpido, ***aquí*** por supuesto —dijo Diggle—. En este mísero Establo, en este agujero oscuro como boca de lobo, estrecho y maloliente.

—¿Están ciegos? —preguntó Tirian.

—¡No vamos a estar todos ciegos en la oscuridad! —exclamó Diggle.

—Pero si no está oscuro, pobres Enanos tontos —dijo Lucía—. ¿No ven? ¡Miren para arriba! ¡Miren a su alrededor! ¿No ven el cielo y los árboles y las flores? ¿No pueden verme ***a mí?***

—¿Cómo, en el nombre del Gran Disparate, puedo ver lo que no existe? ¿Y cómo puedo verte a ti más de lo que tú puedes verme a mí en esta negra tiniebla?

—Pero yo *puedo* verte a ti —dijo Lucía—. Te probaré que puedo. Tienes una pipa en la boca.

—Cualquiera que conoce el olor del tabaco puede decir eso —replicó Diggle.

—¡Oh, pobrecitos! —Esto es atroz —exclamó Lucía.

Entonces se le ocurrió una idea. Se detuvo y cogió algunas violetas silvestres.

—Escucha, Enano —dijo—. Aun si tus ojos andan mal, a lo mejor tu nariz está buena: huele esto.

Se inclinó y acercó las frescas violetas húmedas a la fea nariz de Diggle. Pero tuvo que apartarse de un salto para evitar una bofetada de su pequeño y recio puño.

—¡Qué te has imaginado! —gritó—. ¡Cómo te atreves! ¿Qué pretendes metiéndome un montón de basuras del Establo en la cara? Hasta había un cardo entremedio. ¡Es una insolencia! ¿Y quién eres tú, a todo esto?

—Hombre de la tierra —dijo Tirian—, ella es la Reina Lucía, enviada aquí por Aslan desde el lejano pasado. Y es únicamente por consideración a ella que yo, Tirian, tu legítimo Rey, no les corto la cabeza a todos ustedes, que han demostrado y vuelto a demostrar que son unos traidores.

—¡No me digan que esto no es el colmo! —exclamó Diggle—. ¿Cómo *puedes* seguir hablando todas esas tonterías? Tu precioso León no vino a ayudarte, ¿no es cierto? Me lo temía. Y ahora, incluso ahora, cuando te han derrotado y te han empujado dentro de este hoyo negro igual que al resto de nosotros, sigues con tu viejo jueguito. ¡Empezando con nuevas mentiras! Tratando de hacernos creer que ninguno de nosotros está encerrado, y que no está oscuro, y el cielo sabe qué más.

—No hay tal hoyo negro, salvo en tu propia fantasía, tonto —gritó Tirian—. Sal de él.

E inclinándose hacia adelante cogió al Enano por el cinturón y la capucha y lo sacó de un tirón del círculo. Pero en cuanto Tirian lo bajó, Diggle regresó apresuradamente a su lugar en medio de los otros, sobándose la nariz y aullando:
—¡Ay, ay! ¡Para qué hiciste eso! Golpearme la cara contra la muralla. Casi me rompiste la nariz.
—¡Oh, Dios mío! —dijo Lucía—, ¿qué vamos a hacer para ayudarlos?
—Dejarlos solos —dijo Eustaquio.
Mas mientras hablaban la tierra comenzó a temblar. El aire tan dulce se volvió súbitamente mucho más dulce. Un resplandor surgió tras ellos. Todos se dieron vuelta. Tirian fue el último, porque tenía miedo. Allí estaba el anhelo de su corazón, inmenso y real, el León dorado, el propio Aslan, y ya estaban los demás arrodillándose y formando un círculo alrededor de sus patas delanteras y enterrando sus manos y caras entre su melena y él inclinaba su majestuosa cabeza para tocarlos con su lengua. En seguida fijó sus ojos en Tirian, y Tirian se aproximó, temblando, y se abalanzó a los pies del León, y el León lo besó y le dijo:
—Bravo, último de los Reyes de Narnia, que se mantuvo firme en la hora más oscura.
—Aslan —dijo Lucía a través de sus lágrimas—, ¿podrías..., quisieras..., hacer algo por esos pobres enanos?
—Queridísima —repuso Aslan—, te voy a mostrar tanto lo que puedo como lo que no puedo hacer.
Se acercó a los Enanos y lanzó un largo gruñido, muy bajo pero que hizo temblar el aire. Pero los Enanos se decían unos a otros: “¿Escuchaste eso? Es la pandilla al otro lado del Establo. Tratan de asustarnos. Lo hacen con alguna máquina especial. No les hagan caso. ¡No volverán a embaucarnos!
Aslan levantó la cabeza y sacudió su melena. Al instante apareció un glorioso banquete sobre las rodillas de los Enanos: pasteles y lenguas y pichones y bizcochos y helados, y cada Enano tenía una copa de buen vino en su mano derecha. Pero no sirvió de nada. Comenzaron a comer y a beber con bastante avidez, pero era evidente que no podían saborear nada como es debido. Pensaban que comían y bebían solamente el tipo de cosas que puedes encontrar en un Establo. Uno dijo que estaba tratando de comer heno y otro dijo que le había tocado un pedazo de nabo añejo y un tercero dijo haber encontrado una hoja de repollo rancio. Y se llevaban las copas doradas llenas de exquisito vino rojo a sus labios y decían: “¡Uf! ¡Imagínate, tener que beber agua sucia del abrevadero que ha usado un burro! Jamás pensé que llegaríamos a esto”. Pero muy pronto cada Enano principió a sospechar que otro Enano había encontrado algo mejor de lo que él tenía, y empezaron a robarse y a arrebatarse la comida, y comenzaron a reñir, hasta que en pocos minutos se armó una verdadera lucha libre y se mancharon las caras y la ropa con esa deliciosa comida y hasta la pisotearon. Pero cuando por fin se sentaron a curarse sus ojos en tinta y sus narices sangrantes, todos dijeron:
—Bueno, en todo caso, no hay ningún embuste aquí. No hemos permitido que nadie nos embauque. Los Enanos con los Enanos.
—¿Ves? —dijo Aslan—. No nos dejarán ayudarlos. Han elegido la astucia en lugar de la fe. Su prisión está en sus propias mentes nada más, y sin embargo están aprisionados allí; y tan temerosos de que los engañen que no hay cómo sacarlos.

Pero vengan, niños. Tengo otro trabajo que hacer.
Fue hasta la puerta y todos lo siguieron. Levantó la cabeza y rugió: “¡Ya es tiempo!“; y después más fuerte: “¡Tiempo!”; y en seguida tan fuerte que debe haber sacudido a las estrellas: “¡TIEMPO!” La puerta se abrió de inmediato.

XIV. LA NOCHE CAE SOBRE NARNIA

Todos estaban al lado de Aslan, a su derecha, y miraron por el abierto portal.
La fogata se había apagado. En la tierra todo era tiniebla; verdaderamente no habrías podido decir que mirabas un bosque si no vieras el punto donde terminaban las oscuras siluetas de los árboles y comenzaban las estrellas. Pero después que Aslan hubo rugido una vez más, a su izquierda distinguieron otra silueta negra. Es decir, vieron otra mancha donde no había estrellas; y la mancha se fue alzando más y más alto y se transformó en la silueta de un hombre, en el más inmenso de todos los gigantes. Todos conocían Narnia lo suficientemente bien para calcular en qué sitio debía estar parado. Ha de estarlo sobre los elevados páramos que se extienden hacia el norte más allá del Río Shribble. Entonces Jill y Eustaquio recordaron que, mucho tiempo atrás, en las profundidades de las cavernas, debajo de aquellos páramos, ellos vieron un enorme gigante dormido cuyo nombre era Padre Tiempo, según les dijeron, quien despertaría en el día del fin del mundo.
—Sí —asintió Aslan, aunque ellos no habían hablado—. Mientras permaneció dormido su nombre fue Tiempo. Ahora que ha despertado tendrá un nuevo nombre.
Entonces el inmenso gigante acercó un cuerno a su boca. Pudieron verlo gracias al cambio de posición de la negra silueta que se perfiló contra las estrellas. Después de eso, un buen poco después, ya que el sonido viaja tan lentamente, escucharon la melodía del cuerno: aguda y terrible y, sin embargo, de una extraña y mortal belleza.
Inmediatamente el cielo se pobló de estrellas fugaces. Hasta *una* estrella fugaz es algo precioso de ver; mas, acá había decenas y luego veintenas y luego cientos, hasta parecer una lluvia de plata; y aumentaban y aumentaban. Y cuando esto hubo durado ya bastante rato, a uno o dos de ellos se les ocurrió que había otra silueta oscura dibujada contra el cielo igual que la del gigante. Fue en un lugar distinto, justo encima de ellos, arriba en el mismo techo del cielo, si pudiéramos llamarlo así. “Podría ser una nube”, pensó Edmundo. Como fuera, allí no había estrellas: sólo la oscuridad. Pero en torno, el aguacero de estrellas continuaba. Y entonces la mancha sin estrellas comenzó a crecer, esparciéndose más y más allá desde el centro del cielo. Y de pronto un cuarto del cielo estaba negro, y luego la mitad, y al final la lluvia de estrellas fugaces seguía cayendo solamente por allá abajo cerca del horizonte.
Con una estremecedora sensación de asombro (y algo de terror también) comprendieron de súbito lo que estaba sucediendo. La creciente tiniebla no era en absoluto una nube: era simplemente el vacío. La parte negra del cielo era la parte en que no quedaban estrellas. Todas las estrellas estaban cayendo: Aslan las había llamado de vuelta a casa.
Los últimos segundos antes que la lluvia de estrellas hubiese terminado

completamente fueron muy emocionantes. Las estrellas principiaron a caer en torno a ellos. Pero las estrellas de aquel mundo no son los grandes globos llameantes que hay en el nuestro. Allá son personas (Edmundo y Lucía habían conocido a una de ellas cierta vez). Entonces ahora se encontraron con diluvios de gente reluciente, todas de largos cabellos que parecían ser de plata hirviente y con lanzas que semejaban metal candente, que corrían hacia ellos saliendo del aire negro, más veloces que piedras rodantes. Hicieron un ruido similar a un silbido al aterrizar y quemaron la hierba. Y todas esas estrellas pasaron por delante de ellos y fueron a instalarse en algún sitio más atrás, un poco a la derecha.

Esto fue una gran ventaja, pues de otro modo, ahora que no había estrellas en el cielo, todo habría quedado en la más completa oscuridad y no podrías ver nada. En cambio así, la multitud de estrellas a su espalda daba una luz intensa y blanca por encima de sus hombros. Ante ellos podían ver kilómetros y kilómetros de bosques narnianos que parecían estar iluminados por focos. Cada matorral y casi cada hoja de hierba tenía su sombra negra detrás. El borde de cada hoja se alzaba tan afilado que podrías creer que te ibas a cortar un dedo en él.

Sobre el pasto, delante de ellos, caían sus propias sombras. Pero lo grandioso era la sombra de Aslan. Ondeaba a la izquierda de los demás, enorme y muy terrible. Y todo esto bajo un cielo que no tendría nunca más estrellas.

La luz detrás de ellos (y algo a su derecha) era tan fuerte que iluminaba hasta las laderas de los páramos del Norte. Algo se movía allá. Enormes animales se arrastraban y bajaban deslizándose hacia Narnia: descomunales dragones y gigantescos lagartos y aves sin plumas con alas que se parecían a las alas de los murciélagos. Desaparecieron dentro de los bosques y durante unos pocos minutos reinó el silencio. Luego vinieron, al comienzo desde muy lejos, ruidos de lamentos y después, de todos lados susurros y ruidos de pasos ligeros y aleteos. Se acercaban más y más. Pronto ya podías distinguir el correteo de piececitos del pisar de grandes patas, y el claclac de ligeros y pequeños cascos del tronar de los grandes. Y luego pudieron verse miles de pares de ojos que brillaban. Y, por fin, saliendo de la sombra de los árboles, corriendo a matarse cerro arriba, por miles y por millones, llegaron toda clase de criaturas: Bestias que Hablan, Enanos, Sátiros, Faunos, Gigantes, Calormenes, hombres de Archenland, Monópodos, y extraños seres extraterrestres de las islas remotas o de las desconocidas tierras del Oeste. Y todos subieron hasta el portal donde se encontraba Aslan.

Esta parte de la aventura fue la única que les pareció más bien un sueño en esos momentos y la más difícil de recordar correctamente después. Especialmente, uno no podía asegurar cuánto tiempo había transcurrido. A veces parecía haber tardado apenas unos escasos minutos, pero otras veces parecía que había durado por años. Obviamente, a menos que o bien la puerta hubiera crecido inmensamente o las criaturas se hubieran achicado como un mosquito, una cantidad de gente como ésa jamás habría podido intentar siquiera pasar a través de ella. Pero en esos momentos nadie pensaba en cosas de ese estilo.

Las criaturas llegaban a toda prisa, con sus ojos cada vez más brillantes a medida que se aproximaban al grupo de Estrellas. Mas en cuanto llegaban frente a Aslan, una de estas dos cosas les ocurría. Todos lo miraban directamente a la cara; no creo que tuvieran otra alternativa. Y cuando lo miraban, en algunos la

expresión de sus rostros cambiaba terriblemente reflejando miedo y odio, excepto que, en las caras de las Bestias que Hablan, ese miedo y ese odio duraba sólo una fracción de segundo. Te dabas cuenta de que súbitamente dejaban de ser Bestias *que Hablan.* Eran simples animales corrientes. Y todas las criaturas que miraban a Aslan de esa manera se desviaban hacia su derecha, a la izquierda de Aslan, y se perdían dentro de su inmensa sombra negra, la cual (como has oído) ondeaba a la izquierda del portal. Los niños no los volvieron a ver más. No sé qué les habrá sucedido. Mas otros miraban el rostro de Aslan y lo amaban, a pesar de que algunos estaban aterrados a la vez. Y todos entraron a la puerta, a la derecha de Aslan. Había algunos especímenes muy curiosos en medio de ellos. Eustaquio reconoció incluso a uno de los mismos Enanos que habían ayudado a matar a los Caballos. Pero no tuvo tiempo de admirarse de esta suerte de cosas (y además no era asunto suyo), porque una inefable dicha borraba todo lo demás de su pensamiento. Entre las felices criaturas que ahora se agrupaban en torno a Tirian y sus amigos, estaban todos aquellos que creyeron muertos. Allí estaban el Centauro Perspicaz y el Unicornio Alhaja y el buen Jabalí y el buen Oso y el Aguila Largavista y los queridos Perros y Caballos y Poggin, el Enano.
"¡Más adentro y más arriba! ", gritó Perspicaz y se oyó el tronar de su galope hacia el Oeste. Y aunque no lo comprendieron, sus palabras, no sé por qué, quedaron retintineando por todos lados. El Jabalí les gruñó alegremente. El Oso estaba listo para musitar que todavía no entendía nada, cuando divisó los árboles frutales detrás de ellos. Se fue contoneando hasta aquellos árboles lo más rápido que pudo y ahí, sin duda, encontró algo que entendió perfectamente bien. Pero los Perros se quedaron, moviendo la cola, y Poggin se quedó saludando a todos y con una gran sonrisa en su cara tan franca. Y Alhaja inclinó su cabeza blanca como la nieve por sobre el hombro del Rey y el Rey murmuró algo en el oído de Alhaja. En seguida todos volvieron nuevamente su atención a lo que alcanzaban a ver por el portal.
Los dragones y los lagartos gigantes tenían ahora toda Narnia para ellos.
Iban de acá para allá arrancando de raíz los árboles y masticándolos como si fuesen varillas de ruibarbo. Minuto a minuto veías desaparecer las selvas. Todo el país quedó desierto y podías ver toda suerte de cosas en su superficie, todas las pequeñas protuberancias y cavidades que nunca habías notado antes. El pasto se secó. Pronto Tirian se encontró mirando un mundo de rocas y tierra desnuda. Casi no podías creer que algo hubiese alguna vez tenido vida allí. Los mismos monstruos envejecieron y se echaron y murieron. Su carne se consumió y aparecieron los huesos: muy luego fueron únicamente inmensos esqueletos que yacían aquí y allá sobre la roca yerta, y parecía que habían muerto miles de años atrás. Durante mucho tiempo todo quedó en silencio.
Finalmente algo blanco —una larga y pareja línea de blancura que resplandecía a la luz de las estrellas paradas— vino moviéndose hacia ellos desde el confín oriental del mundo. Un potente ruido rompió el silencio: primero un murmullo, luego un estruendo, después un rugido. Y ahora pudieron ver qué era lo que venía, y cuán veloz venía. Era una espumante muralla de agua. El mar estaba subiendo. En aquel mundo sin árboles podías verlo muy bien. Podías ver que todos los ríos se ensanchaban y los lagos crecían y los lagos que estaban separados se juntaban, y los valles se convertían en nuevos lagos, y los cerros se

convertían en islas, y luego esas islas desaparecían. Y los altos páramos a su izquierda y las más elevadas montañas a su derecha se derrumbaron y cayeron con gran fuerza y estruendo en una montaña de agua; y el agua llegó formando remolinos hasta el umbral de la puerta (pero no pasó de allí) haciendo que la espuma salpicara alrededor de las patas delanteras de Aslan. Y ahora todo era una sola superficie de agua desde donde ellos se hallaban hasta donde el agua se juntaba con el cielo.

Y allá afuera empezó a clarear. Una raya de triste y desastroso amanecer se extendió a lo largo del horizonte y se fue ensanchando y haciéndose más brillante, hasta que finalmente apenas advertían la luz de las estrellas ubicadas detrás de ellos. Finalmente salió el sol. Cuando lo hizo, el Señor Dígory y la Señora Polly se miraron uno al otro e hicieron un gesto de asentimiento: los dos, en un mundo diferente, vieron una vez un sol moribundo, de modo que supieron al instante que este sol también estaba muriendo. Era tres veces, veinte veces más grande de lo normal, y de color rojo oscuro. Cuando sus rayos cayeron sobre el gran Gigante Tiempo, éste se puso rojo también; y con el reflejo de ese sol todo aquel desierto de aguas sin playas pareció ser de sangre.

Luego salió la luna, en una posición absolutamente anormal, muy cerca del sol, y también se veía roja. Y al verla el sol comenzó a arrojarle grandes llamaradas como bigotes o serpientes de fuego carmesí. Parecía que fuera un pulpo tratando de atraerla hacia él con sus tentáculos. Y a lo mejor lo logró. Como sea, ella fue hacia él, lentamente al principio, pero después cada vez a mayor velocidad, hasta que por último las largas llamas la envolvieron y los dos empezaron a girar juntos y se transformaron en una descomunal bola semejante a un carbón ardiente. Grandes masas de fuego iban cayendo de la bola al mar, levantando nubes de vapor.

Entonces Aslan dijo:

—Hazlo terminar ya.

El gigante arrojó su cuerno al mar. Luego extendió un brazo, que se veía muy negro y de miles de metros de largo, a través del cielo hasta que su mano alcanzó al sol. Tomó el sol y lo exprimió como tú podrías exprimir una naranja. Y al instante se hizo la oscuridad total.

Todos, excepto Aslan, dieron un salto hacia atrás por el aire glacial que empezó a soplar a través del portal. Sus bordes se cubrieron de carámbanos.

—Pedro, gran Rey de Narnia —dijo Aslan—. Cierra la puerta.

Pedro, tiritando de frío, se inclinó hacia afuera en la oscuridad y tiró de la puerta. La puerta chirrió sobre el hielo al empujarla. Luego, torpemente (porque en ese momento tenía las manos entumecidas y amoratadas) sacó una llave de oro y con ella la cerró.

Habían visto bastantes cosas extrañas a través de aquel portal. Pero más extraño que todo eso fue mirar a su alrededor y encontrarse a la tibia luz del día, con el cielo azul sobre sus cabezas, flores a sus pies y la risa en los ojos de Aslan. Se volvió con rapidez, se agazapó, se azotó alegremente con su propia cola y salió disparado como una flecha dorada.

—¡Vengan más adentro! ¡Vengan más arriba! —gritó por encima del hombro.

Pero ¿quién podía seguirle el paso? Echaron a andar hacia el oeste, en pos de él.

—Así, pues —dijo Pedro—. La noche cae sobre Narnia. ¡Cómo es eso, Lucía!

¿No me digas que estás *llorando?* ¿Con Aslan adelante y todos nosotros aquí?
—No trates de impedírmelo, Pedro —repuso Lucía—. Estoy segura de que Aslan no lo haría. Estoy segura de que no está mal lamentarse por Narnia. Piensa en todo lo que ha quedado muerto y helado detrás de esa puerta.
—Sí, y yo esperaba —agregó Jill— que podría durar para siempre. Sabía que *nuestro* mundo no podía durar. Pensé que Narnia sí.
—Yo la vi nacer —dijo el Señor Dígory—. No creí que viviera para verla morir.
—Señores —intervino Tirian—. Hacen bien las damas en derramar sus lágrimas. Vean que yo también lloro. He presenciado la muerte de mi madre. ¿Qué otro mundo he conocido yo fuera de Narnia? No sería una virtud sino una gran descortesía si no la llorara.
Se alejaron de la puerta y de los Enanos que seguían sentados muy juntos en su Establo imaginario. Y mientras caminaban conversaban sobre las antiguas guerras y la antigua paz y los antiguos Reyes y todas las glorias de Narnia.
Los Perros todavía iban con ellos. Intervinieron en la conversación pero no demasiado, porque estaban ocupados en sus correteos hacia adelante y hacia atrás y se abalanzaban a oler los aromas del pasto hasta que los hizo estornudar. De súbito descubrieron una huella que pareció excitarlos muchísimo. Empezaron a discutir qué era: “Sí, si es... No, no es... Eso es lo que yo dije... Cualquiera puede oler lo que es... Saca tu narizota de en medio y deja que los demás puedan oler”.
—¿Qué es, queridos amigos? —preguntó Pedro.
—Un calormene, señor —dijeron varios Perros al unísono.
—Guíennos a él, entonces —dijo Pedro—. Así sea que venga en son de paz o de guerra, será bienvenido.
Los Perros partieron disparados y volvieron un minuto después corriendo como si su vida dependiera de esta carrera y ladrando ruidosamente para decir que era en realidad un calormene. (Los Perros que Hablan, al igual que los comunes, actúan como si pensaran que cualquiera cosa que estén haciendo es inmensamente importante).
Los demás siguieron hasta donde los condujeron los Perros y encontraron a un joven calormene sentado bajo un castaño junto a un arroyo de agua clara. Era Emeth. Se levantó de inmediato e hizo una reverencia con gran seriedad.
—Señor —dijo, dirigiéndose a Pedro—. No sé si eres mi amigo o mi enemigo, pero tendré a honor tomaros por ambos. ¿No ha dicho uno de los poetas que un amigo noble es el mejor regalo y que un enemigo noble es el segundo mejor regalo?
—Señor —dijo Pedro—, no sabía que hubiera una guerra entre tú y yo.
—Dinos quién eres y lo que te ha acontecido —le pidió Jill.
—Si va a relatar una historia, tomemos un trago y sentémonos —ladraron los Perros—. Estamos sin aliento.
—Claro que ustedes lo están y lo seguirán estando si continúan corriendo como locos de esa manera —dijo Eustaquio.
Entonces los humanos se sentaron en el pasto. Y cuando todos los Perros hubieron bebido con ruidosa algazara en el arroyo, también se sentaron, muy callados, resollando, con las lenguas colgando un poco a un lado, para escuchar la historia. Pero Alhaja se quedó de pie, puliendo su cuerno contra su hombro

derecho.

XV. MAS HACIA ARRIBA Y MAS HACIA ADENTRO

—Han de saber, oh belicosos Reyes —dijo Emeth—, y ustedes, oh Damas, cuya belleza ilumina el universo, que yo soy Emeth, el séptimo hijo de Harpa Tarkaan de la ciudad de Tehishbaan, hacia el oeste atravesando el desierto. Vine recientemente a Narnia con nueve y veinte otros más (sic*) bajo las órdenes de Rishda Tarkaan. Bueno, cuando oí por primera vez que marcharíamos sobre Narnia, me regocijé: porque había oído muchas cosas de tu país y deseaba anhelosamente enfrentarme con ustedes en la batalla. Pero cuando descubrí que iríamos disfrazados de mercaderes (que es un atuendo vergonzoso para un guerrero y para el hijo de un Tarkaan) y a actuar por medio de mentiras y engaños, entonces mi alegría me abandonó. Y más que nada cuando supe que deberíamos servir a un Monicaco; y cuando comenzó a decirse que Tash y Aslan eran uno, entonces el mundo se oscureció ante mis ojos. Porque desde que era niño siempre serví a Tash y mi gran deseo era saber más de él y, si fuera posible, mirar su rostro. Pero el nombre de Aslan era odioso para mí.

”Y, como han visto, nos convocaban afuera del cobertizo del techo de paja, noche tras noche, y encendían la fogata, y el Mono sacaba del cobertizo algo de cuatro patas que yo no podía ver bien. Y la gente y las Bestias hacían profundas reverencias y le rendían homenaje. Pero yo pensaba: el Tarkaan está siendo engañado por el Mono; porque esa cosa que sale del Establo no es ni Tash ni ningún otro dios. Pero cuando observé la cara del Tarkaan y me fijé en las palabras que le decía al Monicaco, entonces cambié de opinión. Porque vi que el Tarkaan no creía en eso. Y después comprendí que no creía tampoco en Tash. Pues si hubiese creído ¿cómo iba a osar burlarse de él?

”Cuando entendí esto, una gran ira se apoderó de mí y me asombré de que el verdadero Tash no derribara de un golpe tanto al Mono como al Tarkaan con fuego del cielo. No obstante, oculté mi ira y contuve mi lengua y esperé a ver como terminaba. Pero anoche, como saben algunos de ustedes, el Monicaco no sacó a la cosa amarilla, sino que dijo que los que quisieran mirar a Tashlan —pues mezclaron las dos palabras para fingir que eran uno— debían pasar uno por uno dentro del cobertizo. Y yo me dije: sin duda esta es otra decepción. Pero cuando el Gato entró y salió loco de terror, entonces me dije: seguramente el verdadero Tash, a quien invocaron sin saber ni creer en él, ha venido entre nosotros y se tomará su propia venganza. Y aunque mi corazón se había vuelto agua dentro de mí debido a la grandeza y al terror de Tash, aun así mi deseo fue más fuerte que mi miedo, y

* Tal cual en el texto. Nota del digitalizador

forcé a mis rodillas para obligarlas a no temblar, y a mis dientes para que no castañetearan, y resolví mirar la cara de Tash, aunque él pudiera matarme. De modo que me ofrecí para entrar en el cobertizo; y el Tarkaan, aunque contra su voluntad, me lo permitió.

”En cuanto crucé la puerta, la primera sorpresa fue que me encontré a mí mismo ante la radiante luz del sol (como estamos ahora) a pesar de que el interior del cobertizo parecía oscuro desde afuera. Pero no tuve tiempo para maravillarme por eso, pues inmediatamente fui obligado a batirme a muerte con uno de

nuestros propios hombres. Apenas lo vi, comprendí que el Monicaco y el Tarkaan lo habían colocado allí para que matara a quien entrase si no era alguien que estuviera en el secreto; de modo que ese hombre también era un mentiroso y no un verdadero servidor de Tash. Luché con él con mi mejor voluntad; y habiendo dado muerte al villano, lo arrojé detrás de mí por la puerta.

”Después miré a mi alrededor y vi el cielo y la extensa campiña y olí la dulzura. Y me dije: por los dioses, este es un lugar agradable: debe ser que he llegado al país de Tash. Y comencé a recorrer este extraño país buscándolo.

”De manera que continué caminando sobre mucho pasto y muchas flores y entre toda clase de bellos y deliciosos árboles hasta que he aquí que en un sitio estrecho, en medio de dos rocas, me salió al encuentro un enorme León. Tenía la rapidez del avestruz y el tamaño de un elefante; su pelo era como el oro puro y el brillo de sus ojos como oro líquido calentado al horno. Era más terrible que la Montaña Llameante de Lagour, y su hermosura aventajaba todo lo que hay de hermoso en este mundo, más aún de lo que la rosa en floración aventaja al polvo del desierto. Entonces caí a sus pies y pensé: seguramente ésta es la hora de la muerte, pues el León (que merece todo honor) sabrá que he servido a Tash todos mis días y no a él. No obstante, es mejor ver al León y morir que ser el Tisroc del mundo y vivir y no haberlo visto a él. Mas el Glorioso Ser inclinó su cabeza dorada y tocó mi frente con su lengua y dijo: ‘Hijo, eres bienvenido’. Y yo dije: ‘Ay de mí, Señor, yo no soy hijo Tuyo, sino servidor de Tash’. El respondió: ‘Hijo, el servicio que has prestado a Tash lo cuento como servicio prestado a mí’. Entonces debido a mi gran anhelo de sabiduría y entendimiento, superé mi miedo e interrogué al Glorioso Ser y dije: ‘Señor, ¿es verdad entonces, como dice el Mono, que tú y Tash sois uno?’ El León gruñó haciendo temblar la tierra (pero su ira no era contra mí) y dijo: ‘Es falso. No es porque él y yo seamos uno, sino porque somos lo opuesto, que tomo como mío el servicio que has dado a él, porque él y yo somos de tan diferente especie que ningún servicio vil puede prestárseme a mí, y nada que no sea vil puede ser hecho por él. Por lo tanto, si algún hombre jura por Tash y cumple su juramento por respeto al juramento, es por mí que ha jurado en realidad, aunque no lo sepa, y soy yo quien lo recompensa. Y si un hombre comete un acto de crueldad en mi nombre, entonces aunque pronuncie el nombre de Aslan es a Tash a quien está sirviendo y es Tash quien acepta su acción. ¿Comprendéis, Hijo?’ Yo dije: ‘Señor, tú sabes cuánto entiendo’. Pero también dije (porque la sinceridad me lo imponía): ‘Si, he buscado a Tash todos mis días’. ‘Amado’, dijo el Glorioso Ser, ‘si tu anhelo no hubiera sido por mí no habrías buscado tanto tiempo ni con tanta fidelidad. Pues todos encuentran lo que buscan de verdad’.

”Luego sopló sobre mí y me quitó el temblor de mis piernas y brazos e hizo que pudiera ponerme de pie. Y después de eso no dijo más, sólo que nos volveríamos a encontrar y que yo debo seguir más hacia arriba y más hacia adentro. En seguida se convirtió en una tormenta y en una ráfaga de oro y desapareció repentinamente.

”Y desde entonces, ¡oh, Reyes y Damas!, he vagado para encontrarlo y mi felicidad es tan grande que hasta me duele como una herida. Y esta es la maravilla de las maravillas, que él me haya dicho Amado, a mí que no soy más que un perro...

—¿Eh? ¿Qué fue eso? —dijo uno de los Perros.
—Señor —contestó Emeth—. Es sólo una manera de hablar que tenemos en Calormen.
—Bueno, no puedo decir que me guste mucho —dijo el Perro.
—No ha querido ofender —opinó un Perro más viejo—. Después de todo, nosotros llamamos a nuestros cachorros *Niños,* cuando no se portan bien.
—Es verdad —dijo el primer Perro—. O *niñas*.
—¡S-s-h! —dijo el Perro Viejo—. No es buena educación decir eso. Recuerda dónde estamos.
—¡Miren! —exclamó de súbito Jill.
Alguien se acercaba, tímidamente, hacia ellos; una criatura muy graciosa de cuatro patas, de un color gris plateado. Lo contemplaron por más de diez segundos antes que cinco o seis voces dijeran al unísono: “¡Pero si es Cándido!“ Nunca lo habían visto a la luz del día y sin la piel de león, y fue una diferencia extraordinaria. Era él mismo ahora: un bonito burro con su pelo tan suave y gris y con una cara tan amable y franca que al verlo harías lo mismo que estaban haciendo Jill y Lucía: correr hacia él y abrazar su cuello y besar su nariz y acariciar sus orejas.
Cuando le preguntaron dónde había estado, dijo que había llegado a la puerta con todas las demás criaturas pero había..., bueno, para decir la verdad, se había apartado de ellos lo más posible; y de Aslan también. Porque el solo ver al verdadero León lo había avergonzado de tal manera por todas esas tonterías de disfrazarse con la piel de león, que no se atrevía a mirar a nadie a la cara. Pero cuando vio que todos sus amigos iban hacia el oeste, y después de comerse un buen bocado de pasto (“y jamás he probado un pasto tan bueno en toda mi vida”, dijo Cándido), se armó de valor y los siguió.
—Pero, ¿qué haré si realmente tengo que encontrarme con Aslan?, les aseguro que no lo sé —añadió.
—Verás que todo saldrá bien cuando realmente lo conozcas —dijo la Reina Lucía.
Entonces continuaron todos juntos, siempre rumbo al oeste, pues esa parecía ser la dirección que Aslan había querido indicarles cuando gritó “Más hacia arriba y más hacia adentro”. Muchas otras criaturas se encaminaban lentamente en ese mismo rumbo, pero aquella tierra cubierta de hierba era inmensa y no se hacían aglomeraciones.
Parecía ser temprano todavía y el frescor de la mañana se sentía en el aire. Seguían deteniéndose para mirar en rededor y para mirar hacia atrás, en parte porque era todo tan bonito, pero en parte también porque había algo que no lograban comprender.
—Pedro —dijo Lucía-, ¿dónde crees que esté esto?
—No lo sé —repuso el gran Rey—. Me recuerda algún lugar, pero no logro darle un nombre. ¿Podría ser alguna parte donde hayamos pasado unas vacaciones cuando éramos muy, muy chicos?
—Tendrían que haber sido unas vacaciones tremendamente buenas —dijo Eustaquio—. Apuesto a que no hay un país como éste en ningún lugar de nuestro mundo. ¿Has visto los colores? No podrías conseguir un azul como el azul de aquellas montañas allá en nuestro mundo.

—¿No será la tierra de Aslan? —preguntó Tirian.
—No se parece al país de Aslan en la cima de esa montaña más allá del confín oriental del mundo —dijo Jill—. Yo he estado allí.
—Si me lo preguntan —dijo Edmundo—, diría que se parece a algún lugar en el mundo de Narnia. Miren esas montañas allá adelante, y las grandes montañas de hielo más allá de ellas. Estoy seguro de que se parecen a las montañas que acostumbrábamos ver desde Narnia, las que había hacia arriba al oeste, más atrás de la Catarata, ¿no creen?
—Sí, claro que sí —exclamó Pedro—. Sólo que éstas son más grandes.
—Yo no creo que *aquéllas* sean parecidas a nada que haya en Narnia —dijo Lucía—. Pero miren allá.
Señaló hacia el sur a su izquierda, y todos se detuvieron y se dieron vuelta a mirar.
—Esas colinas —dijo Lucía—, esas tan lindas llenas de bosques y las otras azules más atrás, ¿no se parecen muchísimo a la frontera sur de Narnia?
—¡Iguales! —exclamó Edmundo, luego de un momento de silencio—. Pero si son exactamente iguales. ¡Mira, allá está el Monte Pire con su cumbre horqueteada, y allá está el paso hacia Archenland y todo lo demás!
Y, sin embargo, no son iguales —insistió Lucía—. Son distintas. Tienen más colorido y me parecen estar más lejanas de lo que recuerdo, y son más..., más..., ¡oh, no sé qué...!
—Más parecidas a algo real —dijo suavemente el Señor Dígory.
De repente el Aguila Largavista extendió sus alas, se elevó a diez o veinte metros en el aire, voló en círculos alrededor de los demás y luego aterrizó.
—Reyes y Reinas —gritó—, hemos estado todos ciegos. Estamos recién empezando a ver donde nos encontramos. Desde allá arriba lo he visto todo: el Páramo de Ettins, el Dique de los Castores, el Gran Río y Cair Paravel, que aún resplandece al borde del Mar de Oriente. Narnia no ha muerto. Esta es Narnia.
—¿Pero cómo puede ser? —dijo Pedro—. Si Aslan nos dijo a nosotros los mayores que jamás retornaríamos a Narnia, y aquí estamos.
—Sí —dijo Eustaquio—. Y vimos todo destruido y el sol en su ocaso.
—Y todo es tan diferente —comentó Lucía.
—El Aguila tiene razón —dijo el Señor Dígory—. Escucha, Pedro. Cuando Aslan dijo que ustedes no regresarían nunca a Narnia, se refería a la Narnia en que tú pensabas. Pero esa no era la verdadera Narnia. Esa tenía un principio y un fin. Era sólo la sombra o la copia de la verdadera Narnia, que siempre ha estado aquí y siempre estará aquí: igual que nuestro mundo, Inglaterra y todo lo demás, es sólo una sombra o una copia de algo en el verdadero mundo de Aslan. No tienes que Llorar por Narnia, Lucía. Todo lo que importaba de la antigua Narnia, todas las queridas criaturas, ha sido traído a la verdadera Narnia a través de la puerta. Y por supuesto que es diferente; tan diferente como lo es una cosa real de una sombra o como el estar despierto lo es de un sueño.
Su voz los removió a todos como una trompeta cuando dijo estas palabras; mas cuando añadió en voz baja: “Todo esto lo ha dicho Platón, todo lo ha dicho Platón; Dios me ampare, ¡qué les enseñan en esos colegios!“, los mayores rompieron a reír. Era tan exactamente igual a lo que le habían escuchado decir hacía tanto tiempo en aquel otro mundo donde su barba era gris en vez de dorada.

El comprendió por qué se reían y se puso a reír también. Pero muy pronto se pusieron serios otra vez: porque, como tú sabes, hay una clase de felicidad y de admiración que te hace ponerte serio. Es demasiado buena para malgastarla en chistes.

Es difícil de explicar en qué difería esta tierra asoleada de la antigua Narnia, como lo es tratar de decirte qué sabor tiene la fruta en aquel lugar. Tal vez te puedas hacer una idea si piensas esto: puede que hayas estado en una habitación donde había una ventana que daba a una preciosa bahía o a un verde valle que serpenteaba adentrándose en medio de las montañas. Y en la muralla contraria a la ventana había un espejo. Y si te apartabas de la ventana, de repente veías ese mar y ese valle, todo de nuevo, en el espejo. Y el mar en el espejo, o el valle en el espejo, eran en un sentido iguales a los verdaderos; sin embargo, al mismo tiempo eran algo distintos, más profundos, más maravillosos, más parecidos a lugares de cuento: de un cuento que nunca has escuchado, pero que te gustaría mucho conocer. La diferencia entre la antigua Narnia y la nueva Narnia era así. La nueva era una tierra más profunda: cada roca y cada flor y cada brizna de pasto parecía significar más. No puedo describirla mejor que eso. Si algún día llegas a ella, entenderás lo que quiero decir.

Fue el Unicornio el que resumió lo que cada cual sentía. Golpeó el suelo con su casco delantero derecho, relinchó y luego gritó:

—¡He llegado a casa por fin! ¡Esta es mi verdadera patria! Aquí es donde pertenezco. Esta es la tierra que he estado buscando toda mi vida, aunque nunca lo supe hasta ahora. La razón por la cual amamos la antigua Narnia es que a veces se parecía un poquito a ésta. ¡Brijiji! ¡Vamos más hacia arriba, vamos más hacia adentro!

Sacudió sus crines y se lanzó en un veloz galope, un galope de Unicornio que en nuestro mundo lo habría hecho perderse de vista en escasos minutos.

Y entonces sucedió algo sumamente extraño. Todos los demás echaron a correr y descubrieron, para su asombro, que podían ir al paso del Unicornio; no sólo los Perros y los humanos, sino hasta el gordiflón Cándido y el Enano Poggin con sus piernas cortas. El aire les daba en la cara como si fueran conduciendo un auto muy rápido y sin parabrisas. El paisaje pasaba volando como si lo miraran desde las ventanillas de un tren expreso. Corrían cada vez más ligero, pero nadie sintió calor ni se cansó ni quedó sin aliento.

XVI. ADIOS A LAS TIERRAS IRREALES

Si uno pudiera correr sin cansarse, creo que muchas veces no querría hacer ninguna otra cosa. Pero debe haber una razón especial para detenerse, y fue una razón especial la que hizo que Eustaquio gritara de pronto:

—¡Caracoles! ¡Paren! ¡Miren a dónde estamos llegando!

Y había por qué gritar. Porque tenían ante sus ojos la Poza del Caldero y detrás de la Poza los elevados e inescalables acantilados y, bajando a torrentes por los acantilados, a miles de toneladas de agua por segundo, centelleando como diamante en algunas partes y oscura y de un verde cristalino en otras, la Gran Catarata; y ya su tronar llegaba a sus oídos.

—¡No se detengan! Más hacia arriba y más hacia adentro —gritó Largavista,

elevándose en ángulo al volar un poco más hacia arriba.
—Todo esto es muy fácil para *él* —protestó Eustaquio, pero Alhaja también gritó:
—No se detengan. ¡Más hacia arriba y más hacia adentro! ¡Sin miedo!
Su voz apenas se escuchaba por sobre el estruendo del agua, pero al instante siguiente vieron que se había zambullido en la poza. Y atropellándose detrás de él, con un chapoteo tras otro chapoteo, los demás hicieron lo mismo. El agua no estaba tan penetrantemente helada como todos (y especialmente Cándido) esperaban, sino de una frescura deliciosa y espumante. Se encontraron nadando derecho hacia la Catarata.
—Esto es absolutamente de locos —dijo Eustaquio a Edmundo.
—Ya lo sé. Y, sin embargo... —repuso Edmundo.
—¿No es maravilloso? —dijo Lucía—. ¿Se han dado cuenta de que uno no puede sentir miedo, aunque quisiera? Hagan la prueba.
—Cielos, no se puede —exclamó Eustaquio después de haber tratado.
Alhaja fue el primero en llegar al pie de la Catarata, y Tirian iba sólo un poquito más atrás. Jill fue la última, de modo que pudo ver todo mejor que los demás. Vio algo blanco que se movía continuamente de cara a la Catarata. La cosa blanca era el Unicornio. No podías decir si estaba nadando o trepando, pero seguía moviéndose, cada vez a más altura. La punta de su cuerno dividía el agua justo encima de su cabeza, y la hacía caer en cascada formando dos riachuelos con los colores del arco iris alrededor de sus hombros. Poco detrás de él venía el Rey Tirian. Movía sus piernas y brazos como si fuera nadando, pero subía derecho

hacia arriba, como si uno pudiera subir nadando por una muralla.
Lo más cómico eran los Perros. Durante el galope no se cansaron, pero ahora, mientras hormigueaban y serpenteaban hacia arriba, hubo una cantidad de balbuceos y estornudos; era porque seguían ladrando y cada vez que ladraban se les llenaban la boca y las narices de agua. Pero antes de que Jill tuviera tiempo de advertir plenamente todas estas cosas, también ella iba subiendo por la Catarata. Era la clase de cosas que hubieran resultado imposibles de hacer en nuestro mundo. Incluso, si no te hubieras ahogado, te habría hecho pedazos el terrible peso del agua contra las incontables puntas de rocas. Pero en aquel mundo podías hacerlo. Subías, más y más arriba, con toda clase de reflejos de luz que te deslumbraban desde el torrente y todo tipo de piedras de colores resplandeciendo a través del agua, hasta que te parecía estar escalando la propia luz, y siempre más alto y más alto hasta que la sensación de altura te habría aterrado si pudieras aterrarte, pero acá era nada más que una gloriosa emoción. Y después llegabas por fin a la curva verde, deliciosa y tersa, donde el agua vertía encima de la cumbre y te encontrabas afuera en el tranquilo río sobre la catarata. La corriente seguía su curso detrás de ti, pero tú eras un nadador tan extraordinario que podías avanzar contra ella. Pronto estuvieron todos en la orilla, chorreando agua, pero felices.
Un extenso valle se abría adelante y grandes montañas nevadas, mucho más cercanas ahora, se alzaban contra el cielo.
—Más arriba y más adentro —gritó Alhaja, y de inmediato echaron a andar nuevamente.
Habían salido de Narnia ya y estaban en el Salvaje Oeste que ni Tirian ni

Pedro ni siquiera el Aguila habían visto antes. Pero sí el Señor Dígory y la Señora Polly. “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?”, decían..., y lo decían con voces firmes, sin jadear, a pesar de que todo el grupo corría ahora más ligero que una flecha volando.
—¿Qué, Señor? —preguntó Tirian—. ¿Es verdad entonces, como cuentan las historias, que ustedes dos vinieron aquí el mismo día en que se hizo el mundo?
—Sí —respondió Dígory—, y me parece que fue sólo ayer.
—¿Y en un caballo volador? —preguntó Tirian—. ¿Esa parte es verdad?
—Por cierto —contestó Dígory.
Pero los Perros ladraban: “¡Más rápido, más rápido!”
Corrieron, pues, más y más rápido hasta que pareció que volaban en lugar de correr, e incluso el Aguila que aleteaba encima no iba más ligero que ellos. Y cruzaron uno tras otro los serpenteantes valles y subieron las abruptas laderas de las colinas y, más rápido que nunca, descendieron al otro lado, siguiendo el curso del río y a veces atravesándolo y corriendo a ras del agua a través de los lagos de las montañas como si fueran vivientes lanchas a motor, hasta que finalmente, al otro extremo de un inmenso lago azul como una turquesa, divisaron una tersa colina verde. Sus laderas eran tan inclinadas como las de una pirámide y alrededor de su cumbre había un muro verde: y por encima del muro se alzaban las ramas de los árboles, cuyas hojas parecían ser de plata y sus frutos de oro.
—¡Más hacia arriba y más hacia adentro! —gritó el Unicornio, y nadie se quedó atrás.
Echaron a correr justo al pie de la colina y luego se encontraron subiendo casi como el agua de una ola al romper sube por una roca en la punta de alguna bahía. Aunque la ladera era tan inclinada como el techo de una casa y el pasto terso como un campo de golf, nadie resbaló. Sólo al llegar a la cumbre aminoraron la velocidad; fue porque se encontraron frente a enormes puertas de oro. Y por un momento nadie tuvo el valor de comprobar si estaban abiertas. Sentían la misma sensación que tuvieron con la fruta. “¿Nos atrevemos? ¿Será correcto? ¿Serán para *nosotros?”*
Pero mientras estaban en eso, un potente cuerno, maravillosamente bajo y dulce, sonó desde alguna parte dentro de aquel jardín amurallado y las puertas se abrieron de par en par.
Tirian se quedó reteniendo el aliento y preguntándose quién iría a salir. Y lo que salió fue lo último que hubiesen esperado: un pequeño y lustroso Ratón que Habla de ojos brillantes, con una pluma roja prendida en una diadema sobre su cabeza y su pata izquierda reposando sobre una larga espada. Hizo una reverencia, la más graciosa reverencia, y dijo con su voz chillona:
—Bienvenidos, en nombre del León. Vengan más arriba y más adentro.
Entonces Tirian vio al Rey Pedro y al Rey Edmundo y a la Reina Lucía precipitarse hacia adelante y arrodillarse y saludar al ratón gritando: “¡Rípichip!“ Y la respiración de Tirian se aceleró de puro asombro, pues se dio cuenta de que estaba contemplando a uno de los grandes héroes de Narnia, el Ratón Rípichip, que combatió en la gran Batalla de Beruna y después navegó hasta el Fin del Mundo con el Rey Caspian el Navegante. Pero antes de alcanzar a pensar en todo esto, sintió que dos fuertes brazos lo abrazaban y sintió el beso de unas barbas en sus mejillas y escuchó una voz tan recordada que decía:

—¿Qué tal, muchacho? Estáis más robusto y más alto desde la última vez que os abracé.
Era su propio padre, el buen Rey Erlian; pero no como Tirian lo viera la última vez cuando lo trajeron a casa pálido y herido a raíz de su lucha con el gigante, ni tampoco como lo recordaba Tirian en sus últimos años cuando era un guerrero de cabellos grises. Este era su padre joven y alegre como podía recordarlo de su infancia, cuando él era un niñito que jugaba con su padre en los jardines del castillo en Cair Paravel un poco antes de irse a la cama en las tardes de verano. Recordó el olor del pan con leche que acostumbraba comer a la cena.
Alhaja pensó para sí: "Los dejaré conversar un poco y luego iré a saludar al buen Rey Erlian. Hartas manzanas deliciosas me dio cuando no era más que un potrillo". Pero luego encontró otra cosa en qué pensar, pues por la puerta venía un caballo tan enorme y noble que hasta un Unicornio se sentiría tímido en su presencia: un gran caballo alado. Miró un momento al Señor Dígory y a la Señora Polly y relinchó: "¡Ustedes, mis amigos queridos!" y ambos gritaron: "¡Volante! ¡Mi querido Volante! " y se abalanzaron a besarlo.
Pero en ese momento el Ratón los urgía a entrar. De modo que todos entraron por las puertas de oro, al delicioso aroma que les llegaba desde ese jardín y a la fresca mezcla de luz de sol y sombra de árboles, caminando encima de un césped ligero enteramente salpicado de flores blancas. Lo primero que les impresionó a todos fue que el lugar era mucho más grande de lo que parecía desde afuera. Pero nadie tuvo tiempo de pensar en eso, porque de todas partes venía gente a recibir a los recién llegados.
Todos aquellos de quienes hayas oído hablar (si conoces la historia de esos países) parecían estar allí. Estaban el Búho Plumaluz y el Renacuajo del Pantano, Barroquejón, y el Rey Rilian el Desencantado, y su madre, la hija de la Estrella, y su abuelo, el propio Caspian. Y junto a él estaban el Señor Drinian y el Señor Berne y el Enano Trumpkin, y Cazatrufas el buen Tejón, con el Centauro Vendaval y una centena de otros héroes de la Gran Guerra de la Liberación. Y luego por otro lado venían Cor, el Rey de Archenland con el Rey Lune, su padre, y su esposa, la Reina Aravis y el valiente príncipe Corin Puño de Trueno, su hermano, y el Caballo Bri y la Yegua Juin. Y luego —lo que fue una maravilla por encima de todas las maravillas para Tirian venían desde el pasado más remoto los dos buenos Castores y Tumnus el Fauno. Y hubo un alboroto de saludos y besos y darse la mano y recordar viejos chistes (no tienes idea lo bien que suena un chiste viejo cuando lo vuelves a sacar a luz después de un reposo de quinientos o seiscientos años) y todo el grupo se encaminó hacia el centro del huerto donde el Fénix estaba sentado en un árbol mirándolos a todos hacia abajo y bajo aquel árbol había dos tronos y en esos tronos un Rey y una Reina tan grandes y hermosos que todos hicieron ante ellos una profunda reverencia. Y habían de hacerlo, pues eran el Rey Francisco y la Reina Elena, de quienes descendían todos los más antiguos Reyes de Narnia y de Archenland. Y Tirian se sintió como te sentirías tú si te llevaran delante de Adán y Eva en toda su gloria.
Cerca de una media hora más tarde, o también podría haber sido medio siglo más tarde, ya que allá el tiempo no se parece al tiempo de aquí, Lucía seguía con su querido amigo, su más antiguo amigo narniano, el Fauno Tumnus, mirando por la muralla de aquel jardín y viendo toda Narnia extendida a sus pies. Pero cuando

mirabas hacia abajo te dabas cuenta de que esta colina era mucho más alta de lo que habías pensado; se hundía en medio de imponentes acantilados a miles de metros debajo de ellos y los árboles en aquel mundo de las profundidades no parecían mayores a unos granitos de verde sal. Después se volvió hacia adentro nuevamente y apoyó la espalda en el muro y miró al jardín.

—Ya entiendo —dijo pensativamente al final—. Ahora entiendo. Este jardín es como el Establo. Es mucho más grande por dentro que por fuera.

—Por supuesto, Hija de Eva —dijo el Fauno—. Mientras más alto y más adentro llegas más grande es todo. El interior es más grande que el exterior.

Lucía miró atentamente el jardín y vio que no era en realidad un simple jardín, sino un mundo entero, con sus propios ríos y bosques y mar y montañas. Pero no le eran desconocidos: ella los conocía todos.

—Ya entiendo —dijo—. ¡Esto es todavía Narnia, y más real y más bella que la Narnia que hay abajo, tal como *esa* fue más real y más bella que la Narnia de afuera de la puerta del Establo! Ya entiendo..., un mundo dentro del mundo, Narnia dentro de Narnia...

—Sí —repuso el señor Tumnus—, como una cebolla, excepto que a medida que continúas adentrándote, cada rodela es más grande que la última.

Y Lucía miraba para este lado y para el otro y pronto descubrió que le había sucedido algo nuevo y hermoso. Doquiera que mirara por lejos que estuviese, una vez que ella fijaba sus *ojos* con firmeza, todo se hacía más claro y se acercaba como si ella estuviera mirando por un telescopio. Podía ver todo el desierto del sur y más allá la gran ciudad de Tashbaan; al este podía ver Cair Paravel a la orilla del mar y la misma ventana de la habitación que una vez fue la suya. Y muy lejos en el mar podía descubrir las islas, isla tras isla hasta el Fin del Mundo y más allá del fin, la inmensa montaña que ellos habían llamado el país de Aslan. Mas ahora veía que formaba parte de una gran cadena de montañas que rodeaban el mundo entero. Frente a ella parecía acercarse mucho. Después miró a su izquierda y vio algo que tomó por un gran banco de nubes de brillantes colores, que hubiera sido cortado y separado de ellas por un boquete. Pero miró con más atención y vio que no era una nube sino tierra. Y cuando fijó sus *ojos* en un sitio en particular, se puso a gritar inmediatamente: “¡Pedro! ¡Edmundo! ¡Vengan a ver! ¡Vengan rápido!” Y ellos vinieron y miraron, porque también sus ojos eran ahora como los de ella.

—¡Mira! —exclamó Pedro—. Es Inglaterra. ¡Y ahí está la casa, la vieja casa de campo del Profesor Kirke donde comenzaron todas nuestras aventuras!

—Pensé que esa casa había sido destruida —dijo Edmundo.

—Y así fue —murmuró el Fauno—. Pero ustedes ahora están mirando a la Inglaterra dentro de Inglaterra, la verdadera Inglaterra tal como esta es la verdadera Narnia. Y en el interior de aquella Inglaterra ninguna cosa buena es destruida.

De súbito desviaron sus ojos hacia otro lugar, y entonces Pedro, Edmundo y Lucía contuvieron el aliento, atónitos, y gritaron y empezaron a hacer señas: porque habían visto a sus propios padres que les hacían señas también a través del inmenso y profundo valle. Era como cuando ves gente que hace señas desde la cubierta de un gran barco cuando tú esperas en el muelle para recibirlos.

—¿Cómo podríamos ir donde están ellos? —preguntó Lucía.

—Es fácil —repuso el señor Tumnus—. Ese país y este país..., todos los países

reales..., son sólo contrafuertes de las grandes montañas de Aslan. Sólo tenemos que caminar por el borde, hacia arriba y hacia adentro, hasta que se juntan. ¡Y escuchen! Ese es el cuerno del Rey Francisco: debemos subir.

Y pronto se encontraron todos juntos caminando, y era una larga y brillante procesión subiendo montañas más altas que las que puedes ver en este mundo, incluso si las hubiese para poder verlas. Y no había nieve sobre esas montañas; había selvas y verdes laderas y dulces huertos y correntosas cataratas, una encima de otra, subiendo sin parar. Y la tierra por donde caminaban se hacía cada vez más estrecha, con un profundo valle a cada lado; y al otro lado de aquel valle la tierra que era la real Inglaterra se acercaba más y más.

La luz adelante se hacía más fuerte. Lucía vio que se elevaban frente a ellos una serie de acantilados de todos colores, semejantes a una escalera gigantesca. Y después se olvidó de todo, porque venía el propio Aslan saltando de acantilado en acantilado como una viviente catarata de poder y belleza.

Y a la primera persona a quien Aslan llamó fue al Burro Cándido. Nunca has visto un burro tan débil y tonto como Cándido caminando hacia Aslan; y se veía tan chico al lado de Aslan como un gatito al lado de un San Bernardo. El León inclinó su cabeza y murmuró algo a Cándido, que al escuchar bajó las largas orejas; pero luego le dijo algo más, al oír lo cual sus orejas se levantaron otra vez. Los humanos no pudieron escuchar lo que le había dicho en ambas ocasiones. Luego Aslan se volvió a ellos y dijo:

—Ustedes todavía no se ven todo lo felices que quiero que sean.

Lucia replicó:

—Tenemos tanto miedo de que nos eches de aquí, Aslan. Y tú nos has mandado tantas veces de vuelta a nuestro propio mundo.

—No hay nada que temer —dijo Aslan—. ¿No han adivinado?

Sus corazones dieron un vuelco y una salvaje esperanza nació en ellos.

—*Hubo* realmente un accidente de trenes —expresó Aslan, suavemente—. Tu padre y tu madre y todos ustedes están..., como solían decirlo en las Tierras Irreales..., muertos. Las clases han terminado: han comenzado las vacaciones. El sueño ha concluido: esta es la mañana.

Y en tanto El hablaba, ya no les parecía un león; mas las cosas que comenzaron a suceder de ahí en adelante fueron tan grandiosas y bellas que no puedo escribirlas. Y para nosotros este es el final de todas las historias, y podemos decir con toda verdad que ellos vivieron felices para siempre. Pero para ellos era sólo el comienzo de la historia real. Toda su vida en este mundo y todas sus aventuras en Narnia habían sido nada más que la tapa y el título: ahora, por fin, estaban comenzando el Capítulo Primero de la Gran Historia, que nadie en la tierra ha leído; que nunca se acaba; en la cual cada capítulo es mejor que el anterior.

COMENTARIO
Ana María Larraín

Hemos llegado al final. Al final de todas las historias. Ya sabemos, no obstante, que para los queridos personajes narnianos, para el inolvidable Barroquejón y el Búho Plumaluz, para Largavista, el Centauro, para Anavis, Cor y Corin, para Bri y su amiga Juin, para Volante, los Castores, el Ratón y

el Fauno Tumnus, *el fin no es más que el comienzo*. Y aunque esto no es un recordatorio, sino más bien un pase a la luminosa eternidad de la memoria, quiénes mejor que Lucía, Pedro y Edmundo, Jill y Eustaquio, Polly y Dígory (el profesor Kirke) para saberlo.
A ellos les ha sido dada, por gracia de Aslan, el de la melena de oro, una triple posibilidad de ser: una, la de ser -en-el-mundo (Inglaterra); otra, la de ser-en-la-fantasía (Narnia), y por último, la de ser-en-la-realidad-de-Narnia. (La *idea* de Narnia, como diría Platón por boca del profesor Kirke. O más claramente, la de ser en la Narnia arquetípica y eterna, que guarda entre sus potencialidades no sólo las cosas todas, sino los arquetipos de todas las cosas.)
Una cebolla adentro de otra cebolla adentro de otra cebolla. O, más literariamente —y a sabiendas de que Lewis rehúye los cultismos—, una de las más maravillosas de las siempre maravillosas cajas de Pandora.
Todos sabemos que existen. Digo, las cebollas..., pero también las cajas de Pandora. Nunca, sin embargo, las hemos visto. Ni tocado. Ni olido. Ni..., bueno, ni oído ni saboreado. Pero su forma, inagotable e inaprehensible para nosotros, resplandece en nuestra imaginación y se ha hecho carne del lenguaje.
Y bien, ¿alguien pondría en duda —alguien *cuerdo*, quiero decir— su magnífica existencia?
("¡Ay, qué trabajo me cuesta / quererte como te quiero / por tu amor me duele el aire / el corazón y el sombrero".)
¿Cómo poner entonces en duda la existencia, aún más esplendorosa y amable, del propio Aslan? Habría que pensar que los narnianos, en su decadencia moral y ontológica, en la reversión de su ser a los orígenes, preseñorío sobre la creación, están sencillamente locos de atar. Locos, es decir, *alienados. Y* alienados, quién lo duda: alienados *lo están* por el mal que se ha apoderado, como por arte de magia negra, de su alma. El *mal los ha des-animado*. Les ha robado ese "aire", ese "corazón" y ese "sombrero" que a García Lorca le duelen de AMOR y que a ellos ya ni siquiera les duele de ODIO.
La duda, la mentira, la usurpación, el egoísmo y la soberbia (sí, señor, la soberbia) han tomado por asalto, o quizás lentamente, el inmenso vacío dejado por el espíritu. Como lectores nos ha sido vedado seguir, no obstante, el proceso de desanimización, de degradación del propio ser. ¡Quién sabe si por proteger nuestro pudor! PORQUE NO ES AGRADABLE ESPECTACULO asistir a la degradación de nadie... ni de nada.
"¿No sería mejor estar muerto antes que tener este terrible miedo de que Aslan haya venido *y no se parezca* al Aslan en que hemos creído y a quien hemos anhelado?"
Sí, querido Tirian: antes la muerte. Pero el miedo a que no se parezca, ¡ojo!, a ese Aslan en el que has creído y al que has anhelado NO es lo mismo que la duda frente a su existencia. Tú crees en que Aslan existe, *y* porque *crees* saber que él ES y porque *sabes* que es (y cómo es) anhelas su presencia. Esa, la de tu fe, que para ti es "ciencia", y no la otra, la de la "opinión". *¡Ni* la de la simple evidencia!
Tú no necesitas, Tirian, último vástago del trono de Narnia (gloria a ti), tú no necesitas de evidencias. *Porque sólo tu fe puede salvarte.*
¿No te suenan conocidas estas palabras?
Bueno... Aslan es el camino (siempre hacia arriba y hacia adentro, síganlo), la verdad (un León y no la vieja piel de un león) y la vida ("una viviente catarata de poder y belleza").
Si también estas palabras te suenan conocidas..., vuélvete hacia Aslan y en sus ojos dulces, en su amoroso aliento encontrarás (tal vez) la respuesta.
"Si tú mueres y Aslan no es Aslan, ¿qué vida me queda?"
¡Pobre Unicornio, rico Unicornio! Te desprendes de tu único bien, la vida, porque sabes desde siempre, desde lo más hondo de tu lealtad *y* de tu fe, que no hay vida sin el amigo *y* que la muerte reina donde no está Aslan. Amor + Amor = fe en el amor.
¿Irías a ser ciego que Dios te dio esas alas?
(El poeta nos da permiso para la paráfrasis. Por algo se inventó a sí mismo, Huidobro y Altazor, como un pequeño Dios. Hombre caído, hombre ascendente... Y la palabra se desintegra, porque no cree en su propio poder. Porque NO CREE.)
Y Cándido, ¡tan burro! Cándido, gris *y* peludo *y* aterciopelado, como Platero. Por eso Aslan –porque de los cándidos es el reino de los cielos– se dirige a él, a Cándido, el avergonzado, el inocente..., ¡el primero! Si fueseis como uno solo de estos pequeñuelos...
Sólo Jill pareció comprenderlo con anticipación.

Y una tarea desagradable (¿pero más desagradable que un mono?): “Libertad no es hacer lo que quieres (viejo Kant), sino lo que yo te diga” (¡viejo tirano, al infierno irás, no ya por déspota, sino por men-ti-ro-so !). Tu gracia, maldito Truco, me cae mal. Porque no es gracia, sino desgracia. No eres un gracioso, maldito Truco, tramposo-truhán, sino un desgraciado. ¡Así te pudras en la caseta del monstruo! Entre monstruos, al fin y al cabo, se entienden. ¿Así que te creíste el cuento, mono trasquilado, de que “a río revuelto ganancia de pescadores”? El mal está en la confusión, el mal es el caos. Y quisiste aprovecharte no sólo de Cándido, bastardo de homínido, sino de todos los cándidos del mundo. ¿No sabías que *no se pueden alterar los nombres* de las cosas? Tash es Tash y Aslan es Aslan. Nombrar, ¿no lo sabías?, es aprehender el ser de las cosas.
Y la Dríade, con su maravillosa danza del cisne antes de la muerte... No canta, porque su voz es un quejido, ni siquiera un lamento. Pero ella baila, ¡y cómo baila la Dríade! , mientras le cercenan “el aire, el corazón y el sombrero”. Tres *ras* por tu sufrimiento, hermosa Dríade: nos has acercado, gracias a él, a la belleza.
Las pequeñas cosas son las más difíciles de soportar: la experiencia no es patrimonio de Tirian. ¿Hay alguien que pueda decir lo contrario? ¡Que dé un paso adelante... y le seque la sangre a Tirian! Ratones o conejos seréis, pero vuestra alma, pequeños míos, es del porte de un elefante. “Porque mucho has amado...”
Y una escena de antología: el traslado espacial desde el bosque de Narnia al comedor de Londres. Una vez más, en virtud de la palabra salvadora. “Pedid y se os dará”..., aunque el mundo quede al revés, como sucede con Tirian; ahora es él quien viaja en sueños a Londres, donde están reunidos sus amigos, o los amigos de sus antepasados, que son los amigos de Narnia.
Ya esto nos habla de fin. La hora, la hora se acerca. Y el mundo (Narnia) camina hacia su origen (Inglaterra), mientras Inglaterra (los amigos de Narnia) se encaminan hacia Narnia..., al encuentro decisivo e iluminador de los dos mundos, que no eran más que el *resplandor* de sus mundos hasta que traspasaron el umbral de la gran pequeña puerta.
Narnia es el país de lo extraordinario. Y en Narnia todo adquiere sentido, porque Narnia es el camino de la fe.
Otro sentido, el *verdadero* sentido, el sentido *definitivo.*
¿Para qué darle más vueltas a las cosas? ¿Y por qué no dar, mejor, nuestro brazo a torcer?
En la naturaleza silenciosa late la presencia soterrada de la vida..., salvo cuando “la melancolía y el temor reinan en Narnia”.
Sombrío. ¿Han visto, por casualidad, a algún creyente (en algo, en alguien, en cualquier cosa) que permanezca MUDO? Su alegría, la de depositar su confianza en otro lado, la de darle crédito —qué alivio, Dios, qué inmenso alivio— es infinita. Y claro: el descubrimiento de lo falso imposibilita la creencia en lo verdadero. El burro... y Aslan.
“Recuerda que todos los mundos llegan a su fin y que una muerte noble es un tesoro que nadie es tan pobre que no pueda comprar”. Tu nobleza, Centauro: el mundo está amoblado por tu nobleza (con segunda venia de Huidobro). Y por tu agorera sabiduría de vate. Que si Edipo le hubiera hecho caso a Tiresias, o a Layo, el padre de Edipo, otro gallo le hubiera cantado. Pero la ceguera y la soledad eran su destino, como la muerte y el paso a la otra vida son, cómo no, el destino de Narnia.
Apocalipsis now. El fin del mundo, por la puerta por la que todos caben, el juicio final, unos a la izquierda, otros a la derecha y más arriba y más adentro. ¡Al corazón del corazón, al núcleo del núcleo del amor! Por siempre. Porque llegó la hora. El *Tiempo,* dice Aslan, y viene la escena donde los elementos se juntan, un Génesis invertido de cara hacia la nada, pero de espeluznante fuerza poética, cósmica y caótica a la vez. Magnífica.
Porque el que busca encuentra, ¿verdad, Emeth?
¿Cómo, jamás, podrás olvidarlo? Tu peregrinaje, gentil calormene, calormene gentil, ha llegado ahora a su meta.
Y de la última batalla, ¡Aslan nos libre, qué batalla! —mejor ni hablar—. Allí los cabos se juntan. Realidad y fantasía por la muerte, que es vida eterna.
De modo que, ¡adelante! Hacia arriba y hacia adentro, a saltar cataratas, ríos y montes en pos de la melena dorada. Al encuentro definitivo de nuestra propia, verdadera historia.
Que no es otra historia que la de la Eternidad. ¡En el nombre de Aslan!